

MELODÍAS *del Alma*



María Elena Rangel-Hilda Rojas Correas
Taygeta Maia-Mariela Villegas-Freya Asgard
Marifer Jorquera-Cristina Brenes
Castalia Cabott-JM.Kyle

MELODÍAS

del

Alma

©Edición octubre 2019

Melodías del alma

Derechos e-Book “Multiautor” (Ver listado de autoras)

Diseño de portada: Pame Díaz

Prohibida su reproducción total o parcial sin autorización de las autoras.

Índice

[Introducción](#)

[Recuérdame](#)

[Si te perdiera](#)

[Nunca más](#)

[Pequeño Ángel Oscuro](#)

[Corazón gitano](#)

[Elígeme](#)

[Te Equivocaste](#)

[Esta no es una canción de adiós](#)

[Amor Inmortal](#)

Presentación

Al igual que los libros, las canciones nos cuentan historias; algunas son felices, otras tristes, pero todas nos hablan de sentimientos profundos expresados en palabras, armonía y melodía.

Para realizar esta antología, *Melodías del alma*, a cada escritora se le asignó una canción con la cual plasmar en la hoja la historia que su inspiración le reveló.

Y, tal como ocurre en las canciones, aquí podrás encontrar relatos de amor y desamor, de fracaso y superación, de historias que terminan y de otras que continúan; cada una de ellas, escrita con el alma.

Recuérdame

(María Elena Rangel)

Recuérdame... Ahora que ya decidiste ir con él. Que sea lo que deba ser, aunque a mí me toque perder.

Recuérdame... Ahora que tu piel ya se fundió con su piel. Su mundo gira en torno a ti, y tú no piensas volver.

Recuérdame. Pablo Alborán.

Pablo Monsalve se encontraba impaciente en la sala de espera del hospital aguardando ansioso a una enfermera, o médico, que lo sacara de su angustia. A media tarde, llamaron a su trabajo para informarle que su esposa había sufrido un accidente y se encontraba en coma, de eso hacía más de tres horas y aún nadie se había aparecido para explicarle el estado de Ana. No soportaba la incertidumbre. Para distraerse, se acercó a la máquina expendedora de café para comprar un mocaccino, regresó con su bebida a la Sala de Espera y tomó asiento, no tenía más opción que aguardar.

Sentado allí rogaba porque su Bluebird, así la llamaba cariñosamente ya que ella era su felicidad, aquella que siempre estuvo a su lado, saliera del estado en que se encontraba. Amaba a Ana desde que podía recordar, ella era su amor adolescente que se fue transformando en un amor sólido a medida que se hicieron adultos, por tanto, decidieron unir sus vidas para siempre y se casaron; de eso hacía ya cinco años. Ana estaba llena de vida, era una mujer preciosa: piel blanca, cabellos castaños, expresivos ojos marrones y una sensual boca que haría que cualquiera ardiera de deseo por besarla. Pablo estaba perdido en sus recuerdos cuando percibió una lejana voz que lo llamaba; fue solo cuando sintió una leve sacudida en su hombro que regresó a su realidad actual.

—¿Señor Monsalve? —preguntó un hombre vestido con un mono azul.

—Sí, soy yo —respondió un poco aturdido.

—Mucho gusto. Yo soy el doctor Adolfo Cáceres; estoy a cargo del caso de su esposa.

—Por favor, doctor, ¿dígame como se encuentra ella? ¿Qué pasó?

—Hubo un accidente, el otro conductor perdió el control de su auto e impactó el vehículo que conducía su esposa. A consecuencia de esto, ella tiene un traumatismo craneal que la mantiene en coma. Tuvo suerte, la otra persona falleció.

—¿Suerte? ¿Está en coma y tuvo suerte? —soltó indignado.

—Entiendo que esté alterado, no es para menos, pero piense que ella puede despertar. El otro conductor no.

—Disculpe mi arrebato, doctor. Usted tiene razón, ella tiene una oportunidad. ¿Dónde está? ¿Puedo verla?

—Me temo que en este momento no es posible. La señora Monsalve estará en cuidados intensivos hasta que su estado mejore. Le recomiendo que descanse y ahorre energía, esto puede durar días.

Las siguientes horas y días se sucedieron como en una especie de aturdimiento; Pablo solo iba a su casa a bañarse y cambiarse de ropa, de resto vivía, comía y dormía en el hospital. Le encomendó a su asistente que notificara el cierre de su consulta veterinaria hasta nuevo aviso. Mientras Ana estuviese grave, él no tenía cabeza para nada más.

Casi una semana después del desafortunado accidente, Pablo estaba sentado al lado de la cama de su esposa con la mano de ella en la suya. Se encontraba adormilado cuando sintió un leve movimiento que estremeció de manera imperceptible su mano, levantó su cabeza, miró a la joven y se encontró con la mirada confundida de ella. Pulsó de inmediato el botón para llamar a la enfermera y volvió a mirar de nuevo a su esposa.

—Ana, mi amor, ¿regresaste!

La chica lo miró extrañada.

—¿Quién es usted? —inquirió la mujer.

—Amor, soy Pablo, tu esposo.

—Perdone, no lo conozco —expresó angustiada y temerosa.

Pablo sintió un dolor profundo en el pecho. Se disponía a hablar de nuevo, cuando la puerta de la habitación se abrió dando paso a una enfermera y al doctor Cáceres.

—Señor Monsalve, por favor espere afuera, vamos a examinar a la paciente —pidió el doctor.

Al cabo de un rato, el doctor Cáceres se acercó al final del pasillo, donde se encontraba Pablo.

—Le hice un chequeo a su esposa, todo parece estar evolucionando como debe con excepción de la pérdida de memoria que presenta, que puede ser pasajera, aunque no puedo asegurarle cuánto tiempo tomará en recuperarla. Mandé a realizarle unos análisis, en cuanto tenga los resultados le aviso; mientras tanto, trate de que no se agite demasiado, tome en cuenta que para ella en este momento usted es un completo extraño.

Después de despertar y luego del chequeo del médico, Ana fue trasladada a una habitación. Pablo entró, se acercó con la intención de darle un beso, pero notó la angustia de su esposa, con tristeza en el corazón, se apartó de ella y se sentó en la silla junto a la cama.

—Amor, has evolucionado bien, si los resultados de los análisis son buenos, pronto podremos regresar a casa.

Ella lo miró sin responder. Pablo notó que sus palabras la habían agitado más.

—Cariño, ¿qué pasa? Puedes hablar conmigo.

Ana lo miró de nuevo. Vaciló por un momento y luego habló.

—Quiero volver a casa... sola.

—¿Sola? ¿Por qué?

—Estoy muy confundida. Sé quién soy, sé en qué trabajo; pero hay muchas cosas que no

recuerdo: tú eres una de ellas. Lo siento, pero es así. No recuerdo nuestro matrimonio, no recuerdo mi vida contigo; lo que es peor, no recuerdo amarte.

Pablo sintió como todo su mundo se hacía añicos tras esas palabras. Tragó fuerte para deshacer un poco el nudo que tenía en la garganta.

—Ana... ¿Cómo es posible que me hayas olvidado? ¿Has olvidado el amor que sentimos el uno por el otro? ¿Eso cómo nos deja?, ¿para ti es como si fuéramos dos desconocidos? —manifestó el chico con lágrimas formándose en sus ojos.

—Lo siento, Pablo, no es mi intención hacerte daño. Solo te pido tiempo, necesito estar sola para poner en orden mi vida, por favor.

—Está bien, Ana. Será como tú quieras —aceptó con el corazón hecho pedazos—. Cuando te den el alta, me mudaré de nuestro apartamento.

Luego de decir esas palabras, se levantó y salió de la habitación; no quería que su esposa lo viera llorar.

Los resultados de los exámenes fueron satisfactorios, solo la amnesia persistía. Ana fue dada de alta con el compromiso de asistir a sus consultas de control. Pablo la llevó al apartamento que habían compartido hasta el día del accidente.

—Ya estás en casa mi a... Ana. Yo recogeré mis cosas y me iré. Le pedí a tu hermana que se quede contigo hasta que mejores, no es conveniente que estés sola.

—¿Dónde irás, Pablo? No es mi intención causarte problemas.

—No te preocupes, me quedaré un tiempo en casa de mi amigo Arturo. Confío en que pronto podamos retomar nuestra vida y seguir adelante.

Pablo acarició la mejilla de su esposa con ternura, pero no se atrevió a darle un beso.

—Debo marcharme. Te daré el tiempo y el espacio que necesites, luego hablaremos de nuevo. ¡Hasta pronto, amor!

Ella solo asintió. Él tomó su equipaje y salió del apartamento con el corazón destrozado.

Tres meses pasaron, Pablo hizo un esfuerzo sobrehumano por no presentarse ante Ana, solo hablaba con ella por teléfono. Cada vez que llamaba, ella le decía que todavía necesitaba algo de tiempo, estaba recordando poco a poco pero aún se sentía confundida; él solamente suspiraba y le respondía que no había problema, esperaría un tiempo más.

Arturo, su amigo, lo miraba con reprobación.

—¿Qué sucede, Arturo? —espetó a su amigo, de malhumor.

—Perdona que sea tan directo, amigo, hay algo que no termina de cuadrarme.

—¿A qué te refieres? Termina de soltarlo.

—Esa evasiva de Ana a volver contigo me hace algo de ruido. Se supone que, cuando uno pasa por una tragedia así, busca el apoyo de las personas cercanas, a las que ama; Ana no, ella te mantiene lejos. En un principio puede que haya sido normal, pero a estas alturas no es lógico, menos si, como dice, ya está recordando. Te digo que no me gusta para nada, Pablo. Yo que tú la buscaría para aclarar las cosas de una vez.

Su amigo le palmeó el hombro y lo dejó para que meditara en lo que le dijo. Conocía muy bien a Pablo, sabía que sus palabras habían calado en él.

Pablo no pegó un ojo en toda la noche, las palabras de Arturo rondaban una y otra vez en su cabeza, si era sincero consigo mismo debía admitir que muy dentro de sí albergaba la misma duda, pero tenía miedo de enfrentarla. Se dio cuenta de que no podía postergar por más tiempo el asunto, así que decidió pasar por el apartamento para hablar con Ana después que terminara su consulta. El día se hizo especialmente lento; a media tarde, viendo que no tenía más mascotas que atender, dio el resto de la tarde libre a su asistente y se marchó. Pasó por la casa de su amigo, se duchó, se cambió de ropa y salió rumbo al apartamento donde había convivido con su esposa.

Al llegar estacionó el auto, se disponía a salir de él cuando vio algo que lo dejó sin aire en los pulmones: Ana, su amada esposa, estaba besando con pasión nada más y nada menos que... al doctor Adolfo Cáceres. Controlando la ira que sintió, se dirigió directo hacia ellos.

—¿Me pueden explicar qué significa esto? —interrogó con inusitada calma.

La pareja se sobresaltó y lo miraron sorprendidos.

—¡Pablo! —exclamó la joven con desconcierto.

El doctor Cáceres intentó hablar, pero Ana lo detuvo.

—Adolfo, es mejor que nos dejes solos, él y yo tenemos que hablar.

—¡Vaya! Siento mucho haberlos interrumpido. Si lo hubiera sabido, te hubiese llamado primero —manifestó Pablo con sarcasmo.

—Adolfo, por favor —rogó de nuevo Ana.

El doctor asintió y se dirigió a su vehículo. Ana se volteó hacia su esposo.

—Entremos al apartamento, allí podremos hablar.

Pablo la siguió sin decir una sola palabra. Ya en el apartamento la enfrentó.

—¿Por qué, Ana? ¿Cuánto tiempo llevas mintiéndome?

—¡No te he mentado! De verdad no recordaba nada. Hace solo unos pocos días que he empezado a recordar; todavía tengo muchas lagunas.

—¿Qué pasa con el doctor Cáceres? Mientras conmigo no has querido nada, ni siquiera hablar, mucho menos tenerme cerca, con él te muestras muy amorosa y apasionada.

—Adolfo me ha ayudado mucho en todo este proceso, nos hemos visto muy seguido; primero era solo en las consultas, luego empezó a visitarme para ver cómo me sentía, yo estaba muy ansiosa.

—Eso no explica lo que vi —soltó el joven con impaciencia.

—Una cosa llevó a la otra; nos enamoramos, Pablo. ¡Lo amo!

Si le hubieran dado un puntapié en la boca del estómago el dolor no hubiese sido tan fuerte como lo fueron esas palabras.

—¿Lo amas? Dime, Ana, ¿dónde quedamos nosotros? ¿A dónde se fue nuestro amor? —preguntó con dolor.

—No sé. Hace un tiempo que me pregunto si nos apresuramos en casarnos. Sé que te quiero, pero he tenido muchas dudas en cuanto a amarte. El día del accidente estaba muy distraída pensando en cómo plantearte mi inquietud, por eso no me di cuenta de lo que sucedía con el otro

vehículo.

—¿Después de todo el tiempo que nos conocemos? Después de cinco años de matrimonio, ¿no estás segura de amarme? Porque yo no tengo ninguna duda, Bluebird. Tú eres y serás el amor de mi vida.

—Lo siento, Pablo, no es mi intención herirte. A Adolfo le ofrecieron un trabajo en otro país y... pienso irme con él.

Pablo sintió como si le hubiesen clavado un puñal en medio del corazón. Le costaba respirar del dolor que se instaló en su pecho.

—¿Y cómo para cuándo pensabas decírmelo? ¿O pensabas escribirme un correo desde dónde sea que se vayan? —inquirió con ironía.

—No te queda bien el sarcasmo, Pablo. Tú no eres así.

—Por supuesto, pero no todos los días me sueltan en la cara que me abandonan por otro porque, después de cinco años de matrimonio, se dieron cuenta que no me aman. Dime, ¿estuviste con él mientras yo esperaba como un tonto a que te acordaras de mí?

La chica no respondió.

—¡Contesta!

—Sí

Pablo respiró profundo tratando de retener las lágrimas que brotaban de sus ojos.

—Muy bien, Ana, si ya decidiste ir con él no voy a retenerte; tampoco voy a buscarte y mucho menos rogarte, pero no pienses que voy a esperarte. Si alguna vez te arrepientes, no pienses que estaré aquí para ti.

—Pablo... podemos ser amigos —balbuceó Ana con voz temblorosa.

—¿Amigos? —Rio con amargura—. ¿No te das cuenta de que estás rompiendo mi corazón en pedazos? No seas cínica. Aun así, espero que tú si seas feliz, Bluebird; porque si no es así, todo mi sufrimiento no tendría sentido. ¡Adiós! No creo que nos volvamos a ver.

Pablo salió del apartamento sin mirar atrás, mientras gruesas lágrimas caían por sus mejillas, a lo lejos se escuchaba la canción *Recuérdame* de Pablo Alborán, como un doloroso reflejo de lo que su alma sentía:

Si supieras la agonía.
Decir adiós, perderte
y no volver a verte más...

Si te perdiera

(Hilda Rojas Correa)

Me moriría de dolor si te perdiera. Después de amarte la vida entera

Si te perdiera. Luis Miguel

El sol brillaba en toda su dorada magnificencia, la brisa fresca era un aliciente para el calor reinante que traía consigo el dulce aroma de las flores.

No era, precisamente, gracias a la primavera.

Maximiliano estaba frente a la lápida de mármol que decía:

«Leticia Antonia Gallardo Martínez.

»1 de octubre de 1982 – 1 de octubre de 2015.

»Tu recuerdo será imperecedero, te amo, con todo mi corazón.»

Inspiró hondo, el pecho dolía debido a sus esfuerzos por no derramar más lágrimas. Llevaba cuatro años intentando no hacerlo en ese lugar.

Sin embargo, ese primero de octubre, no fue la excepción, lloró amargamente. El dolor de haber perdido a su esposa todavía lo sentía como si fuera el día anterior.

Y él, sin saber cómo, seguía viviendo. Quería morir, acostarse un día y no despertar, porque era demasiado terco y cobarde para quitarse la vida. A él solo bastaba para ver los ojos de sus padres o sus hermanas para saber que, si decidía suicidarse, los dejaría tan rotos como él lo estaba en ese momento. Sabía que ellos estaban preocupados por él, a pesar de los años, su pena no remitía. Y, aunque intentara aparentar que estaba bien, ellos no le creían en absoluto. No, no estaba bien, estaba harto del dolor, de sentirse culpable por respirar.

Vivir se había vuelto algo mecánico, trabajaba, comía, dormía. Desde el accidente que tuvo Leticia el día de su cumpleaños, él no volvió al departamento que compartieron durante siete años. Desde ese entonces, Maximiliano se quedó en la casa de sus padres, y hasta el día de hoy no se sentía capaz de ver las pertenencias de su esposa.

Todo debía estar tal como lo había dejado ella. Su madre solo se había encargado de retirar la basura y botar lo que había en el refrigerador.

A veces, él despertaba pensando que todo había sido una pesadilla, que Leticia no se había distraído con la música alta de sus audífonos, ni que un automóvil no alcanzó a frenar cuando ella apareció de la nada cruzando la calle. Así se fue, al instante, sin avisar, sin despedidas, ni un minuto de piedad para decir una última vez: «te amo».

Pero era su realidad.

Maximiliano secó sus lágrimas con el dorso de su mano y comenzó con su ritual. En silencio, limpió la lápida con un trapo mojado, retiró las flores que él había dejado el año anterior que

estaban secas, llenó de agua el florero y sumergió en él las doce rosas blancas que llevaba todos los años, una por cada mes. No se atrevía a hacerlo más seguido, no tenía corazón para ello, reconocía que era un acto cobarde, pero no tenía fuerza para hacerlo el primer día de cada mes. Nadie más la visitaba, solo él. Leticia había sido huérfana y creció en un hogar de menores. Sin embargo, ese hecho la hizo ser una mujer digna de admiración, era de las que luchaba sin cesar, era inteligente, era alegre, era hermosa, era...

Irreemplazable.

—Leti —susurró. Por cuarto año consecutivo, su llamado no fue respondido.

Maximiliano sollozó. Debía estar resignado, ¡maldición! sabía que su vida debía continuar, ¡lo sabía! A Leticia no le hubiera gustado que él estuviera así, como un autómatas, respirando porque Dios había sido muy grande por darle un par de pulmones sanos. Ni siquiera le gustaba fumar para sentenciar su vida a muerte con un cáncer. Debía admitir que solo tenía miedo a vivir de verdad, no se sentía capaz de volver a ver la vida como lo había hecho antes. Leticia le había dejado un vacío imposible de llenar.

No se sentía capaz de arriesgarse y volver a pasar por ese tipo de pérdida una vez más.

¿Cómo iba hacerlo?

Lunes. Lo sabía porque el día anterior no había sonado la alarma.

Maximiliano se levantó, se bañó y se fue a trabajar. Era ingeniero en una empresa de telecomunicaciones. Su invariable rutina solo sufría leves cambios cuando el metro colapsaba, o cuando celebraba el cumpleaños de algún miembro de su familia, fiestas patrias o las de fin de año.

Pero ese lunes, ni el metro colapsó y no había nada que celebrar. Era igual a cada día.

El vagón estaba lleno de gente, Maximiliano solía mirar el oscuro túnel y ver cómo pasaban las luces y los andenes de la línea 1 del tren subterráneo. Pero un sonido metálico le llamó la atención, haciéndole desviar la mirada hacia el lado derecho.

Nada.

Luego, miró hacia su izquierda. Una mujer, nada del otro mundo. Detrás de ella un tipo...

¡Dios santo! ¡La estaba manoseando!

Miró a la mujer, sus nudillos estaban blancos, probablemente, no lo estaba disfrutando. No parecía ser ese juego furtivo que tantas veces hizo con su esposa, ella siempre esbozaba una sonrisa pícaras que él veía en el reflejo del vidrio. En cambio, la mujer desconocida miraba hacia abajo.

Sin pensar nada más, le tocó el hombro, la mujer alzó su vista, sus ojos estaban vidriosos.

—¡Hola, Pepita! —saludó Maximiliano, inventando un ridículo nombre en el momento, acompañado con una sonrisa de falsa alegría, interrumpiendo, con brusquedad, el flagrante abuso.

Pepita entendió en el acto lo que debía hacer.

—Hola, Lalo —replicó con voz trémula inventando también uno sobrenombre ridículo para él.

—Tanto tiempo —dijo actuando a la perfección. Llevaba cuatro años haciendo como que vivía con normalidad para no preocupar a su familia (esfuerzo inútil, por lo demás). Daba lo mismo si

lo hacía lo mismo con una desconocida.

Maximiliano volvió a sentir el sonido metálico. Miró de soslayo al sujeto; un cincuentón con cara de indigente emocional que estaba intentando subir con torpeza el cierre del pantalón. Se inclinó hacia él y le murmuró:

—Bájate ahora o te saco la *conchetumadre* —amenazó destilando indignación.

—Pero si yo no he hecho *na'á* —negó el tipo en el mismo tono. Siempre lo niegan, aunque estén *in fraganti*.

—¿Ah, sí? —cuestionó Maximiliano con severo sarcasmo.

—No... yo no...

«Estación Pedro de Valdivia», fue el anuncio de la voz femenina por los parlantes del vagón.

—¡Baja, degenerado de mierda! —vociferó Maximiliano tomándolo del cuello de la ropa y lo sacó a empujones del metro, provocando que todos miraran hacia él y le abrieran paso—. ¡Bájate, *conchetumadre*! —demandó, logrando salir con el abusador del vagón, buscando con la mirada un guardia de estación que acudiera en su ayuda.

—Pero si yo... —chillaba el sujeto, intentando defender lo indefendible, su pantalón todavía estaba abierto.

Objeción denegada, se permitió zamarrearlo y darle un artero sopapo en la nuca.

Los guardias llegaron antes de que el sujeto se envalentonara.

Maximiliano perdió dos horas de su vida, dando su declaración de los hechos y que llegaran los carabineros para que se hicieran cargo del asunto. Era la cuarta vez que arrestaban al tipo. Lamentablemente, el delincuente iba a salir luego, puesto que las víctimas no habían hecho la denuncia correspondiente.

Maximiliano maldijo. Estúpidas leyes.

Recordó a Pepita, solo sus ojos vidriosos vinieron a su mente. Ni siquiera podía decir de qué color eran. Deseó que estuviera bien. Ella jamás iba a olvidar el mal rato, pero Maximiliano supuso que, al menos, el trago no iba a ser del todo amargo.

Hacía muchos años que no se sentía bien consigo mismo.

Exactamente, cuatro lunes después, su rutina volvió a cambiar.

Uno de sus compañeros de trabajo, tenía un periódico sobre su escritorio. «Las últimas noticias», era uno que tenía como línea editorial ser amarillista, farandulero y lleno de noticias que a nadie le importaban. Tenía titulares del tipo «Cómo es por dentro el buque para ir de tour a la Antártica».

Pero esa mañana el titular era sorprendente —al menos para él—. Con letras amarillas sobre un fondo azul, decía...

«Usuaría de Twitter busca desesperadamente a “Lalo”».

Maximiliano parpadeó un par de veces y recordó de inmediato a su Pepita.

El subtítulo de la noticia decía: «Anónimo héroe sin capa ayudó a “Pepita” en el metro y ella desea agradecer como corresponde».

¡Estaban hablando de él!

¡Cielo santo!

Maximiliano sintió... ¡sintió! No sabía si reír a carcajadas o esconderse bajo un puente.

Era una soberana ridiculez, nadie sabía que él era el famoso «héroe sin capa», no obstante, se sentía observado.

Había dos opciones; Pepita era una mujer con un tornillo zafado, o de verdad quería agradecer lo que él había hecho, sin importar el medio para encontrarlo. ¿En serio era necesario eso? ¿Tan mal estaba el mundo? Para él, lo que había hecho, era solo impedir que un acto deleznable quedara impune. Era lo correcto, lo que se debía hacer.

Tal parecía que, actuar con integridad, no era tan normal como creía.

Por mera curiosidad —la cual hacía años no sentía— pidió prestado el periódico y se lo llevó a su puesto de trabajo para leer la noticia con tranquilidad.

En el artículo, Pepita —no daba su nombre real, ni salía su foto— explicaba que estaba siendo víctima de un abuso sexual en el metro. Era la primera vez que le pasaba y se había paralizado, al punto que sentía la garganta cerrada y no podía hablar. Un hombre la había ayudado, primero, simulando que la conocía para interrumpir el hecho, y acto seguido, se las arregló para expulsar al sujeto. Ella se había quedado en el vagón en estado de shock. Solo pudo reaccionar en la estación terminal, donde se quedó sentada en el andén durante hora y media esperando a calmar sus nervios. Después, se devolvió hasta donde se había bajado el hombre con el abusador, pero no los encontró. El guardia que estaba ahí solo sabía que los carabineros ya se habían llevado detenido al delincuente. Desde ese momento, Pepita intentó buscar a «Lalo» por medio de las redes sociales, solo para agradecer. Lo que no dimensionó, fue que su petición se había vuelto viral, al punto de ser llamada para dar una entrevista. La nota terminaba conminando a Lalo para que contactara a Pepita, dando su nombre de usuario de la red del pajarito azul.

Maximiliano, resopló al terminar de leer, dobló el periódico y lo lanzó sobre su escritorio. Su curiosidad había sido saciada. Pero esa sensación fue reemplazada por la indecisión.

Responder o no responder.

He ahí el dilema.

Siete días después, Maximiliano seguía indeciso. Pepita no se iba de su cabeza. No sabía si agradecer o no que esa mujer lo distrajera más seguido de lo que deseaba. Todos los días recordaba a Leticia, pero entremedio se colaba la curiosidad de responder al llamado de Pepita. Era una tontería, se sentía como si estuviera cometiendo una especie de adulterio al recuerdo de su mujer.

¡Estaba volviéndose loco! Era irracional su forma de pensar, de sentir.

Quería vivir y, a la vez, no quería.

Quería matar su rutina y, a la vez, quería sumergirse en ella hasta el fin de sus días.

Quería seguir amando a Leticia, pero solo estaba su recuerdo.

Quería saber si tendría otra oportunidad de ser el mismo de antes, pero estaba cagado de miedo.

Estaba aferrado a esperar una señal, una que le ordenara qué camino seguir.

La señal llegó al día siguiente en la estación «Los Héroe».

El rostro boquiabierto de una mujer de cabellos castaños apuntándolo, al tiempo que se había quedado abajo del vagón en el cual Maximiliano viajaba. Ella lo había reconocido primero, él después. Sus ojos eran los que él recordaba y, al verla, no pudo evitar alzar sus cejas.

Maximiliano se paralizó por diez segundos. Acto seguido, sacó su celular, abrió Twitter y le mandó un mensaje privado a @Pepita_Metro. Él no había olvidado que, en la noticia, ella decía que se había hecho una cuenta solo para tener otra red social en la cual encontrar a «Lalo».

Sin pensar, solo por el simple impulso, escribió:

«Soy Lalo».

Cinco segundos después, recibió la respuesta:

«¡Sabía que eras tú!... Espérame en Pedro de Valdivia, por favor, me subí en el tren que sigue al tuyo».

Las manos de Maximiliano temblaron. Una vocecilla cobarde y herida le reprendió por la estupidez que había cometido, pero, al mismo tiempo, la razón y su corazón intentaban acallarla diciéndole, ¡vive, lo que sea, pero vive!

No tenía ningún interés romántico en Pepita. Pero tenía unas monstruosas ganas de hacer algo diferente, de romper con esa rutina en la que estaba sepultado para morir de a poco. Dejar de autocondemnarse inútilmente.

Quería tener una historia divertida e inolvidable para contar a sus viejos, a sus hermanas. A quien fuera.

Saber que había más allá.

Y tal vez, solo tal vez, conocer a alguien diferente después de once años.

«Ok, te espero».

A medida que pasaban las estaciones, los nervios comenzaron a traicionarlo, recorriendo sus extremidades como oleadas calientes. Maximiliano comenzó a sudar frío, las palmas de sus manos estaban húmedas. Sintió el impulso de escapar, pero el vagón estaba repleto, debía esperar, tenía unas cuantas estaciones más para poder tranquilizarse.

Inspiró profundo, espiró largo.

Su corazón latía fuerte.

«Respira, Max, respira», era su nerviosa letanía para mantener la calma.

Baquadano, Salvador, Manuel Montt... Pedro de Valdivia.

Maximiliano bajó con la mitad del vagón que también bajaba en esa concurrida estación. Cuando el tren continuó con su trayecto y la gente se dispersó, se apegó a la muralla, al lado de una gigantografía publicitaria.

Y esperó. Intentó no pensar.

No alcanzó a pasar un minuto, cuando llegó el tren donde venía Pepita. Maximiliano secó el sudor de sus manos en sus pantalones. Una nueva oleada de gente salió del vagón, él optó por

mirar la punta de sus zapatos. Segundos después, en su campo visual aparecieron un par de pequeños zapatos del mismo color que los suyos. Alzó la vista.

Pepita le sonreía contenta, mostrándole una hilera de dientes blancos.

—Hola, Lalo.

—Hol... —vaciló, se aclaró la garganta—. Hola, Pepita...

Pepita rio, también estaba nerviosa.

—Soy Esperanza —aclaró, extendiendo su mano—. Un gusto conocerte al fin.

«Esperanza».

—Maximiliano —reveló su nombre y respondió el gesto. Un apretón firme y decidido por ambas partes—. El gusto es mío —dijo, sintiendo que esa frase no era una mera cortesía.

Un silencio se prolongó por unos segundos entre ellos, como si estuvieran intentando reconocerse, recordarse.

—Gracias —dijo Esperanza de pronto. Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Por ayudarme cuando más lo necesitaba.

—No fue nada... No me podía quedar sin hacer nada.

Esperanza negó vehementemente con la cabeza.

—Varios estaban viendo lo que ese cerdo asqueroso me estaba haciendo, pero se quedaron callados. Yo... yo, me sentía tan impotente, paralizada... —sollozó—. Solo, quería darte las gracias...

Para Maximiliano, leer el testimonio de Esperanza en el periódico no era lo mismo que escucharlo de sus propios labios, con aquella expresión de tanta indefensión y vulnerabilidad. Eso no se lo deseaba, ni siquiera, a su peor enemigo.

No sabía qué hacer, la única certeza que tenía era que no debía dejarla así sin más, no era decente ni apropiado. Esculó sus bolsillos, ¿dónde estaban los pañuelos desechables cuando los necesitaba? Ah, en su mochila. Ahí estaban.

Le entregó el paquetito a Esperanza quien, avergonzada por su llanto involuntario, los recibió, evadiendo el contacto visual. Se secó las lágrimas y limpió su pequeña y pecosa nariz con femenina discreción. No pensó que iba a llorar así, pero Maximiliano lo había visto todo. Sabía lo que ella había vivido. Ese hombre sabía que no era algo trivial, ni fácil de asimilar y olvidar.

—¿Quieres un café? —ofreció Maximiliano, sintiendo que el cobarde que tenía dentro se retiraba, dando paso al que era más osado y valiente.

El Maximiliano que quería seguir viviendo.

Esperanza asintió e intentó sonreír de nuevo. Un par de lagrimones se escaparon nuevamente.

—Perdón, solo salen —explicó sin saber qué más decir.

—Te entiendo perfectamente. No tienes que disculparte por sentir.

Salieron de la estación.

En ese momento, ninguno de los dos imaginó que ese café iba a ser el primero de muchos.

Once meses después, el mismo sol del año anterior brillaba con fuerza sobre su cabeza. La misma brisa y el mismo olor a flores le llenaban los pulmones.

Maximiliano repitió por quinta vez su ritual. Limpió la lápida, sacó las flores secas y puso doce nuevas rosas en el florero.

Lloró, no hizo el intento de reprimir sus lágrimas. Lo hizo durante largos minutos. El dolor era intenso, pero no era el mismo de antes.

Ese año estuvo lleno de cambios radicales. Se atrevió a vivir, había conocido a Esperanza.

No se arrepentía, se convirtió en su mejor amiga. Con ella no podía pedir más. Era divertida, inocente, enojona. Mala para el inglés, lectora voraz, era como una enciclopedia con patas. Si no lo sabía, lo inventaba.

Era lo opuesto a Leticia.

Sin darse cuenta, Maximiliano se volvió a enamorar. Pero todavía no se lo decía a Esperanza, aunque ella lo sospechaba, él lo sabía, sobre todo, cuando se miraban a los ojos. Pero Leticia debía saberlo primero.

—Leti —dijo su nombre. Nadie respondió, pero ya no se sentía desolado como el año anterior.

Antes de conocer a Esperanza, no decía el nombre de su esposa en voz alta. Ahora lo hacía. Ese año lo hizo muchas veces hablando de ella, contando su historia de amor. Recordándola con cariño, con nostalgia, aprendiendo a vivir con resignación.

—Leti... Ya lo sabes, ¿cierto?... Sabes que siempre estarás en mi corazón, en mis recuerdos... Solo quiero que sepas que te amo, pero también amo a Esperanza. —Suspiró entrecortado, secó sus lágrimas—. Una vez me preguntaste qué haría yo si te perdiera... Yo dije... dije... que me moriría de dolor, si te perdiera... Tú me abrazaste, me dijiste que nadie muere de dolor... Y lo hice, el Maximiliano que solía ser contigo, se murió de a poco durante cuatro años. Jamás volví a ser el mismo de antes... Pero desde la última vez que vine, me atreví a enfrentar la vida sin ti... estoy intentando ser otro, no sé si mejor. Diferente, menos introvertido, tal vez. Hablo más de lo que siento... Por eso mismo se lo diré a Esperanza, mañana. La amo... —Se quedó en silencio. No, no se sentía como un adúltero—. Deséame suerte, Leti... Te prometo que volveré siempre. Nunca, nunca te voy a olvidar.

Maximiliano dejó la tumba. Al año siguiente volvió acompañado por Esperanza, quien portaba un anillo de compromiso.

Las promesas se hacen para cumplirlas, y Maximiliano siempre lo hizo, y siempre lo acompañó su Esperanza.

Nunca más

(Taygeta Maia)

Nunca más volveré a enamorarme, a pedir por favor, que me quieran.

Nunca más. Pimpinela

Nunca más. Ya no. Sus diez años de matrimonio fueron iguales desde el primer día. Pero estaba enamorada y no escuchaba consejos. Todo el mundo se lo dijo: su hermano, sus amigas, incluso, su suegra que, durante esos diez años, le había demostrado un cariño sincero.

Giselle revivió en su mente la conversación que tuvo con ella unos días antes de la boda:

—*Giselle, hija, yo sé que amas a mi hijo y yo también lo amo con todo mi ser, estoy segura de que él no podría encontrar mejor mujer que tú; ni él ni nadie. Por lo mismo, quiero pedirte que pienses bien esta decisión de casarte.*

Giselle entrecerró los ojos, pensó que su suegra no la quería para su hijo.

—*Te lo digo por tu bien, hija, Matías es mi hijo, pero también es hombre y los hombres no cambian; yo no quiero que sufras.*

—*Matías ha cambiado, señora Irma, él y yo llevamos más de un año juntos, él me ama y dice que conmigo no necesita más mujeres.*

—*¿Y cuánto tiempo crees que le dure?*

—*No me cree capaz de haberlo enamorado?*

—*No es eso, hija, esto es más que amor. Tú sabes cómo es él. No sabe amar, es... Es como su padre.*

Giselle guardó silencio, no quiso discutir con su suegra, sabía que el tema del padre de Matías era algo delicado, ese hombre abandonó a su familia y nunca más supieron de él.

Muy pronto se daría cuenta de que debió escucharla. Apenas unos meses habían pasado cuando, para darle una sorpresa, llegó a su oficina sin avisar; quería darle la noticia en persona y no podía esperar a que llegara a casa. Pero la sorpresa se la llevó ella cuando vio a su esposo besándose con una trabajadora de la empresa.

—*¡Matías!* —gritó cuando despertó de su estupor; sintió que el mundo se le derrumbaba.

—*¿Qué haces aquí?* —preguntó sorprendido.

—*Yo venía... venía...*

La amante se fue en silencio en tanto Giselle rompía en llanto.

—Amor, lo que viste... No es lo que parece.

—Creo que lo vi muy claro, Matías.

—¡No! Esto no significa nada.

—No... No. Yo... Mejor me voy a casa.

—Espera, vámonos juntos. No quiero que te vayas así.

No quería irse con él, necesitaba pensar, tranquilizarse, recuperar las fuerzas que sentía se le habían caído al suelo.

Matías entró a la casa y vio a su esposa apoyada en el ventanal mirando el jardín en aquel lluvioso atardecer.

—¿Qué pasa? —le preguntó y la abrazó por la espalda, rodeando su cintura con sus brazos.

—Nada.

—¿Estás segura? Estás rara.

—No pasa nada, solo pensaba.

—¿En qué?

—Cosas mías.

Se zafó de los brazos de su marido y se fue a la cocina a preparar café, su fiel amigo el último tiempo.

—¿Quieres café?

—Bueno, pero dime en qué piensas —le pidió mientras la seguía a la otra habitación.

Giselle lo miró de reojo conteniendo las ganas de gritarle a la cara los recuerdos de aquellos diez años que no la atormentaban cada vez con más frecuencia.

—Por favor, mi amor, déjame ayudarte —rogó el hombre, preocupado por el semblante triste y molesto de su mujer.

—Por favor, mi amor, déjame ayudarte —le pidió él al verla de tan mal talante el día que lo descubrió con la otra mujer—. ¿Te sientes mal? Vámonos a casa, yo te llevo, no dejaré que te vayas sola, te puede pasar algo malo y no me lo perdonaría.

—¿No te lo perdonarías? Engañarme sí, eso es algo sin importancia, ¿no?

—No es así, por favor, vamos a casa y allí, con más calma, te explico todo.

Camino a casa fue todo llanto por parte de Giselle, que no podía comprender cómo su esposo le había sido infiel.

Llegaron a la casa y Matías entró el auto al garaje, pero no se movió de su asiento.

—¿Por qué? —lo interrogó ella una vez más.

—Por favor, mi amor, no es lo que parece, déjame explicarte.

—¡Los vi besándose, Matías! ¿Qué explicación tiene eso?

—Lo sé, pero no es lo que crees. Ella llegó a mi oficina y... me besó.

—¿Así? ¿De la nada?

—¡Sí! Ni siquiera me dio tiempo a reaccionar. Había entrado unos segundos antes que tú.

—¿Y esperas que te crea?

—Yo sé que es difícil de creer, pero es la verdad.

—No sé, imagínate si no llego.

—La habría despedido en ese mismo instante.

—Claro, seguro. Yo los pillé, Matías, por eso dejaste de besarla. Si yo no hubiese llegado...

—¡Eso! —exclamó él como si hubiese descifrado una gran incógnita—. ¿Quién te dice que no lo hizo porque te vio y esperaba que nos vieras?

—¿Por qué haría eso?

—Porque de hace un tiempo que ha venido a mi oficina con excusas baratas, me seduce, quiere que caiga en sus redes, pero yo nunca le he hecho caso, porque te amo a ti.

—Mientes.

—¿Por qué mentiría?

—Porque no quieres decirme la verdad de tu engaño.

—Amor, mi amor, ¿cómo podría engañarte? ¿Y con ella? Es insignificante, no puede compararse contigo. Además, si te engañara, me hubiera enojado porque fuiste a la oficina, y no, me alegra que lo hayas hecho. Yo soy tuyo y de nadie más.

—Me mientes.

—No llores, mi amor.

—No puedo, Matías, ¿cómo pudiste engañarme así? Todavía no cumplimos ni un año de casados.

Matías le tomó la cara entre sus manos y la obligó a mirarlo.

—Nunca te he engañado, mírame a los ojos y dime si te miento. Te amo, eres la única mujer de mi vida.

—¿Y esa mujer?

—No te preocupes por ella, mañana se va despedida, no volverá a molestarte. Y créeme que, si vuelve a ocurrir algo así, no esperaré a que lleguen tan lejos.

—¿De verdad?

—Te lo juro, no pensé que podría hacer algo así. Amor, lamento tanto que la linda sorpresa de tu visita se hubiera arruinado.

Ella largó de nuevo un doloroso llanto.

—No, mi amor, no llores, ya pasó, yo estoy contigo, te amo.

La abrazó a su pecho.

—Yo... Yo iba a darte una noticia.

—¿Una noticia? ¿Pasó algo malo?

—No. O ya no sé.

El hombre la separó un poco para mirarla a la cara.

—¿Qué pasó, amor? ¿Cuál es esa noticia?

—Estoy embarazada.

La felicidad de ese momento y de los meses que siguieron no tuvieron comparación con ningún otro tiempo de su matrimonio.

Matías observó a su mujer, hacía días que estaba rara, pensativa, metida en su mundo, casi no lo hablaba. En esa ocasión tampoco. Ella sirvió los cafés. Se sentaron uno frente a otro en la mesa del desayuno.

—¿Me vas a decir lo que te pasa? —dijo el hombre en un tono casi exigente.

—Ya te dije que nada.

—No puedes decir que nada, mírate, ni me hablas.

—No tengo nada qué decirte.

—¿Segura?

—Segura.

—Supongo que no te dio otro de tus ataques ni me vas a echar de la casa. No andas escuchando de nuevo esas canciones para que *pegue la vuelta* —dijo en un tono irónico.

—No, no te preocupes, no te voy a echar de la casa.

Se terminó el café de un trago y se fue a dar una ducha.

El esposo se sintió molesto por el desaire de su mujer. Él siempre le había dado todo, las mejores cosas, siempre le había demostrado que era la mujer más importante... entre todas las demás.

Cuando ella salió del baño, él se arreglaba para salir.

—¿A dónde vas?

—Se presentó un problema en la oficina.

—¿Un problema? Pero si acabas de llegar.

—Sí, necesito arreglar un asunto con el aniversario de mañana, tú sabes mañana es la fiesta de la empresa y me acaban de informar que el cáterin tiene dificultades para cumplir con el contrato.

Giselle suspiró, hacía semanas que salía con cualquier excusa.

—Bueno, si tienes que ir.

—Tú lo has dicho, *tengo*, si no fuera necesario, me quedaría contigo. ¿Quieres que te traiga un regalito como compensación? ¿Una flor, tal vez?

—No, no te preocupes. Ve tranquilo.

—Siempre me pides una flor.

—Ya no, ya no voy a pedirte una flor. No te preocupes.

Él la besó con suavidad, solo rozando sus labios, que ella tampoco abrió; no quería, ni una flor, ni un beso traidor.

—Acuéstate pronto, te ves cansada y hace frío.

—¿Te vas a demorar mucho?

—No creo, pero tú duerme, no te preocupes de nada. Te amo, cariño.

Ella no contestó. Los recuerdos cada vez la atormentaban más.

Cuando nació el pequeño Mati, la familia se puso feliz. Su suegra iba seguido a visitarla.

—¿Cómo andan las cosas con mi hijo? —solía preguntar.

—Bien, bien. Él se ha portado muy bien con nosotros —mentía porque no quería que nadie se entrometiera en su relación. Ella podía solucionar las cosas. Sí. Ella era capaz. Eso creía...

—¿Estás segura? Sabes que puedes contar conmigo.

—Todo está bien, suegra, todo —volvía a mentir, aun sabiendo que nada en su matrimonio andaba bien.

Se durmió muy tarde aquella noche; su marido no llegó.

En la mañana, mientras tomaba café, continuó con sus recuerdos.

Mati iba creciendo sano y feliz, pero ella no se sentía bien; volvieron las salidas nocturnas de su esposo: que el trabajo, que una reunión, que salidas con amigos. Nunca más se detuvieron sus salidas nocturnas y a veces, incluso, los fines de semana. ¡Que diferente su reacción de la noche anterior con las otras noches! Cuando le rogaba que se quedara con ella.

—No te vayas, Matías —le pidió una noche como tantas otras.

—Tengo cosas que hacer.

—Pero esta es la tercera noche que sales en esta semana. ¿Ya no me amas?

—Pero ¿qué dices? Claro que te amo.

—Pues... No lo parece.

—No digas tonterías. Sabes que te amo.

—Cuando uno ama, lo siente, lo dice, lo demuestra. ¿Hace cuánto que no me regalas una flor como al principio? Dime.

—Me voy. Me aburres siempre con el mismo tema.

—Matías...

—Tengo que salir, ojalá me comprendieras. Hay un problema en la oficina y soy el único que puede solucionarlo, podrías darme un poco más de apoyo en vez de recriminarme tanto.

Y salía dando un portazo.

Sonrió con amargura. Tantos recuerdos, tanto dolor.

Su teléfono sonó: Gwen. No quiso contestar. Ella era una de las que siempre la animó a terminar con esa farsa de matrimonio. Ella, sin que Giselle le dijera nada, lo sabía todo. Y así se lo hizo saber la última vez que se vieron.

—Déjalo —la aconsejó—, ese hombre no te quiere. Te entiendo, es un tipo súper lindo y todo, pero no te sirve como marido.

—Pienso en Mati...

—¿Y tú crees que es bueno que tenga un papá ausente? ¡Cuántas veces te ha engañado! No una ni dos. Cristian también te lo ha dicho muchas veces. Él lo ha visto con otras mujeres, Gise, ¡no puede negarlo!

—Sí, mi hermano siempre me lo dice, pero es difícil tomar una decisión tan drástica.

—Deberías hacerle caso, tú sabes que él siempre te va a apoyar.

—Pero, dime, Gwen, si me separo, ¿qué voy a hacer?

—Amiga, no serás ni la primera ni la última, y ¿sabes que vas a hacer cuando te liberes? Vas a ser feliz. Eso vas a hacer. Vas a encontrarle sentido a tu vida, vas a dejar de ser un parásito que solo sobrevive. Porque eso es lo que eres ahora, un zombi que no tiene vida.

—Tampoco es para que me ofendas —le reclamó divertida.

—Las amigas estamos para ofendernos y decirnos las verdades a la cara. Ese hombre no dejará nunca de engañarte, esa es su naturaleza.

Giselle asintió con la cabeza a sus pensamientos. En los últimos meses, él recibía misteriosas llamadas que lo hacían salir a cualquier hora. Y ella estaba segura de que no eran de trabajo.

Por la tarde, Matías llegó, se duchó y se vistió en silencio. Ella ya estaba terminando su arreglo. Se fueron sin cruzar una palabra. Llegaron a la celebración y él sonrió feliz. Se acercó una rubia y lo saludó muy entusiasmada, demasiado para el gusto de Giselle. Él la presentó como una compañera de trabajo. Después de compartir un rato, pasaron a las mesas para la cena. La rubia, llamada Karen, se sentó al lado de Matías. Durante la cena, conversaron animadamente, casi descarados, pensó Giselle, pues él la ignoró a ella por completo.

Tras la cena, comenzó el baile. Unas antiguas compañeras de trabajo y amigas se acercaron a Giselle.

—¿Cómo estás? Tanto tiempo que no te veíamos —le preguntó una.

—Bien, bien, todo normal.

—¿Y el Mati? El año pasado no pudiste venir porque el niño estaba enfermo, ¿no?

—Sí, el año pasado le dio la varicela, así que me quedé con él, estuvo malito con esa cuestión.

—Es terrible, amiga, y mientras más grandes, peor es.

—Sí, fue horrible. ¿Y ustedes?

—Aquí, trabajando como siempre —respondió una.

—Buscando pareja —agregó otra.

—A veces mejor sola que mal acompañada —repuso Giselle.

—Claro, como tú tienes la mejor compañía de todas —le reprochó otra con aire divertido.

—No todo lo que brilla es oro —respondió—. Permiso, que recién llegó mi suegra, voy a ver por qué se demoró.

En realidad, no le importaba ver a su suegra, la socia mayoritaria de la empresa de su marido, si no que quería saber dónde se había metido este.

—Giselle, hija, ¿cómo estás? ¿Y Matías?

—No sé, debe andar con sus socios —respondió con poco convencimiento.

—Claro, claro.

—¿Y usted? ¿Por qué se demoró?

—Nada. Tuve un pequeño contratiempo, nada importante. ¿Cómo se ha portado mi hijo?

—Bien. —Intentó sonreír con sinceridad.

—No me mientas, hija.

—Para que le voy a decir que bien, si no. En realidad, no sé.

—Irma, qué alegría verte, tanto tiempo, mujer, ¿qué te habías hecho?

Un socio se había acercado a ellas y Giselle aprovechó para ir en busca de su marido. Tomó una copa de una bandeja que un mozo repartía y caminó hacia el interior del recinto. Pero antes de llegar, lo vio a través del ventanal. Estaba con la rubia. Estaban muy cerca. Ella le decía algo al oído y él le acariciaba la mejilla. Giselle no hizo ni dijo nada, solo continuó mirando. De pronto, la rubia se empinó y le dio un pequeño beso en los labios a su marido.

Giselle sintió que se moría por dentro. Sentía rabia, dolor, pena. Mucha pena. Una cosa era saberlo y otra, muy distinta, verlo en directo.

Pero ya no más. Esa noche conversaría con él.

Iba a entrar cuando los vio salir. Se acercó a él.

—Nos vamos.

—No podemos.

—Si no te vas conmigo, pediré un taxi.

—No, no puedes irte sola.

—Claro que sí.

—Está bien, nos vamos, déjame arreglar todo para que terminen sin mí.

Giselle no dijo nada, esperó paciente a que él hablara con Tomás, su mano derecha, y le dejara las instrucciones para terminar la fiesta.

El regreso fue en silencio. ¿Cómo pudo ser tan ingenua? ¿Crear que él podría cambiar?

Ya no volvería a rogarlo ni a pedirle nada. No quería. No. Nunca más. Se había cansado. Se cansó de amar a quien nunca supo amarla de verdad, a quien no la respetó ni se comportó como un verdadero hombre. Nunca más volvería a enamorarse, viviría solo para su hijo. Prefería vivir sola y a su manera. Volvería a trabajar y se dedicaría a Mati. Sin ataduras.

Sería feliz. De eso estaba segura, tal como se lo había dicho su amiga. Ya no volvería a morir de pena cada noche, como tantas noches.

Él no dijo nada. Era mejor no hacerlo, esperaría a que a ella se le pasara el berrinche y todo volvería a ser como antes, como siempre. Se quedó en la sala hasta muy entrada la noche.

Giselle durmió mal. En realidad, no durmió. Había tomado una decisión. Ya no era la que una vez lo amó locamente. Todo el amor que sentía por él, se terminó por derrumbar esa noche.

El lunes siguiente, sola en la casa pues Mati estaba en el colegio, hizo las maletas y llamó a sus padres y a su suegra para que fueran a verla.

Cuando llegaron, la miraron con cara de interrogación, tanto a ella como a las maletas.

—Me voy, se acabó —dijo Giselle.

Su suegra la miró con una profunda tristeza. Sabía de qué se trataba: de las andanzas de su hijo. Ella la quería como a una hija, pero era la mejor decisión que podía tomar. No merecía que Matías se riera en su cara. Sabía, además, que Giselle no la privaría de ver a su nieto.

—¿Qué pasó? —preguntó su mamá, ajena a todo, como siempre.

—¿Qué va a ser? —contestó el padre con aire molesto—. Matías y sus aventuras. Hija —dijo hablándole a Giselle—, sabes que te ayudaremos y te apoyaremos en todas las decisiones que tomes, siempre estaremos a tu lado, sea lo que sea que quieras hacer.

—Perdón —dijo su suegra.

—¿Perdón por qué? —preguntó Giselle.

—Por lo poco hombre que resultó ser mi hijo. Como su padre. Tú no mereces todo lo que te ha hecho. Por eso te pido perdón y quiero decirte lo mismo que tus padres: siempre te apoyaré y ayudaré en todo, si me lo permites.

—Usted no tiene la culpa de nada, no me pida perdón. Y por supuesto que puede seguir a nuestro lado, Matías es su nieto y la queremos mucho.

La mujer le dio un abrazo a su nuera y lloró en silencio por el dolor que sabía tenía esa muchacha.

—Ahora les quiero pedir un favor. ¿Pueden ir a buscar al Mati al colegio y llevarlo con ustedes? Yo voy a salir ahora, tengo que hacer unas cuantas cosas y en la tarde lo voy a buscar.

—Por supuesto —respondió Irma—. Se pueden ir a mi casa, almorzamos allá y después, cuando lo vayas a buscar, Juan los lleva a donde quieran ir.

—Gracias.

Se fueron los tres y ella quedó sola. Necesitaba calmarse antes de hablar con su esposo. Él no la vería llorar. Ya no más. Pasó gran parte del día tirada en el sillón con café y cigarrillos.

A media tarde, entró a la ducha, se vistió cómoda y tomó su cabello en una cola. Se veía hermosa, pero con un dejo de dolor en la mirada.

A las seis llamó a Matías y le pidió que se juntaran en el café que quedaba en la esquina de la empresa, donde se vieron por primera vez.

Salió decidida. Ya nada la haría volver atrás.

Entró al café. Matías la esperaba. Hacía tiempo que la veía distinta. Ya no preguntaba, no lloraba. La veía indiferente. Pero se le pasaría, eso pensaba él. Ella lo amaba, ¿no?

—Hola —la saludó él, levantándose, quiso darle un beso, pero ella lo ignoró.

—Hola —respondió Giselle, al tiempo que se sentaba.

Pidieron café y después de que se los trajeron, él le preguntó:

—¿Qué pasa? Estás cambiada. Te ves hermosa, pero distinta.

—Me cansé, Matías, ya no soy la misma que conociste.

—¿Qué?

—Eso. Ya no soy la tonta que se casó contigo. Me cansé de rogarte, de pedirte que en las noches te quedaras conmigo, de pedirte una flor, ¡una simple flor! De pedir que me quisieras. Me cansé de estar al lado de un hombre que jamás supo amarme, me cansé de tus engaños, de tus mentiras, de tus maltratos.

El hombre se puso a la defensiva.

—Y tú piensas que yo soy el culpable de todo, ¿verdad?

—Eso lo verás tú.

—Tú también tienes la culpa, Giselle, no me culpes solo a mí. Desde que te embarazaste, pasé a segundo plano, ¿o no? ¿Lo vas a negar?

—No seas hipócrita, Matías, ¿o te olvidas de que la primera vez que te encontré en tu oficina con una *colega* recién estaba embarazada? Tú ni siquiera sabías que el Mati venía en camino.

—Pero fue una vez y te expliqué cómo fueron las cosas...

—¿Y todas las otras veces? ¿Y todos estos años? Todo lo soporté porque te amaba con el

alma. Pero ya no más. Nunca más.

—Giselle, son tantos años, cariño, ¿cómo vas a tirar todo por la borda por algo sin importancia? Por algo que no vale la pena. una tontera, mi amor.

—¡Una tontera! ¡Una! La primera vez te perdoné y volví a confiar en ti, ¿y cuántas más has tenido después? Todos estos años ha sido igual y peor. No tienes vergüenza, solo te importas tú y tus...

—¿Y qué hago yo ahora? No voy a dejar mi casa ni a mi hijo por una rabieta tuya. Yo también me cansé de que me echas de casa cada dos por tres.

—No te preocupes, Matías, la que se va soy yo.

—¿Qué?

—Eso. No tienes que dejar tu casa. Es tu casa. Yo me voy con el niño.

—¿Qué quieres que haga para que te quedes? Pídeme lo que quieras.

—Nada. Ya no puedes hacer nada. Solo esperar a que tu amiguita de turno se dé cuenta del poco hombre que tiene a su lado. Un mentiroso e infiel. ¿Hasta cuándo crees que podrás engañarla?

—¿Amiguita de turno?

—Sí, la rubia. Karen, ¿no? Y a ver a cuántas más infelices podrás engañar.

Giselle se puso de pie, él le tomó el brazo para detenerla.

—Estás equivocada. Tú también te equivocaste en esta relación.

Ella se soltó y lo miró con desprecio.

—Me equivoqué, sí, pero en darle mi amor a... cualquiera. Pero ya no, Matías. Nunca más.

—No me puedes dejar.

—Claro que sí, anda a engañar a otra tonta que te crea. A mí, ya no más.

—Soy tu esposo.

—Todavía. Espera los papeles de divorcio, ya comencé los trámites.

—No puedes hablar en serio.

—Hablo muy en serio, Matías, esta vez sí es *nunca más*.

Y salió de allí sintiendo una profunda tranquilidad. Más aún, cuando al abrir la puerta de vidrio polarizado de la cafetería, sintió el sol en su rostro como presagio de un nuevo amanecer.

Le sonrió a la vida...

Pequeño Ángel Oscuro

(Mariela Villegas)

El fuego, el hielo, la noche y el sol son los amos de su destino. Alma solitaria, aún espera el amor que la cuide por el camino. Golpearon tanto su corazón, que hoy vive con su dolor...

Pequeño Ángel Oscuro . Rata Blanca.

Mi corazón late con mucha fuerza dentro de mi pecho, como si deseara escapar de tanto dolor que agobia mi alma perdida, sumida en las penumbras de la soledad infinita y eterna. Fui creado como un *Nefilim* por el Poder Superior que causó el nacimiento de este universo y todas las cosas en él, con el tronar de los dedos y un par de palabras: “Hágase la luz”. Pero a toda acción le corresponde una reacción, y los seres como yo constituimos una de esas reacciones. En este caso, la luz es lo opuesto a las tinieblas, y nosotros somos esas tinieblas. Parafraseando, soy un ángel caído en desgracia, obligado a rondar la tierra sin hallar paz o descanso, atormentando a las almas mortales, siendo esa agonía que habita en ellos y no les da tregua, arrastrándolos al suicidio si no prueban su valor o tienen la mente débil. En el paraíso se nos conoce como “Lethal Whisperers” o “Susurradores Letales”, entes viles y endemoniados, condenados sin más razón que la de ser el balance entre las razas. Sin embargo, en mi caso particular, mi padre celestial fue mucho más allá de eso y en verdad me maldijo por atreverme a enamorarme de la única mujer que ha movido mi destino, flexionándolo a su antojo, transgrediéndolo de tal forma que rompió en mil pedazos mis entrañas y el corazón cuyas palpitaciones me atosigaban en esos instantes. Ahora, existe una línea muy clara e invisible que divide mi *antes* y mi *después* de su partida.

Respiro, o al menos trato de inhalar este aire húmedo del territorio desolado al que los humanos llaman vida, mientras mis lágrimas, como diamantes esquirolados, decoran con su despreciable fuego mi rostro que solía infundir terror a quienes lo admiraban justo antes de perecer por mano propia, no antes. Hoy, trasladándome como zombi por estas calles vacías, cruzándome únicamente con algunos peatones, solo provoca compasión y lástima. ¡Qué patético debo parecerles! ¡Qué patético soy!, me recrimino. Aunque, ¿cómo no serlo? Me gustaría que alguien en mis zapatos fuera capaz de asegurar que la real ruina no existe.

Me detengo unos segundos ante aquella casucha asquerosa y destartalada, el museo de mi tortura, mi mayor calvario. Cierro los ojos y veo los suyos, y de mis susurros nace la pregunta: ¿por qué me abandonaste?, ¿por qué me despojaste de ti para irte con él, saqueando mi sanidad? No encuentro respuesta en ninguna parte. Decido dar unos pasos hacia adelante y entrar por la puerta maltrecha llena de grafitis. La hierba crecida a mi alrededor refleja a la perfección lo lúgubre de mi sentir. Empujo levemente y se abre de par en par, dejando escapar un aroma familiar, muy a pesar del tiempo. Unos cuantos murciélagos que habían hecho de este su nido, salen volando ante mi presencia. El frío me envuelve y me veo a mí mismo anhelando su calor, el sol de aquellos días que hoy están nublados.

No se suponía que ella debía verme. No se suponía que podría tocarla, sentir su piel de seda martirizando las yemas de mis dedos con su indescriptible candor y pasión. La inmortalidad siempre me pareció una buena idea, hasta que me di cuenta de que la pasaría completamente solo. Por tanto, tuve la osadía de retar a mi Dios y posar mis pupilas en esa rosa oscura que era ella, cuya fuerza gravitacional era imparabile e inigualable.

Mariela debió ser mi víctima. Debí realizar mi trabajo con ella como *susurrador* y ya; enviar al Infierno su alma, ya que las puertas del Paraíso solamente se abrían para los que sí eran aptos para vivir en plenitud y fallecían con dignidad y esperanza, no para quienes destruían su propia existencia en un suicidio. Debí cumplir y largarme, ¡listo!, moverme en mi camino hacia la siguiente persona. Sin embargo, al deslizarme hacia su cuarto y contemplarla tirada en el piso hecha un ovillo, sufriendo lo indecible, temblando y sollozando, hundida en una desesperación que hasta entonces desconocía, por primera vez en la existencia, algo se movió en mi corazón marchito. No tenía manera de nombrar la emoción que me embargó, aunque pronto comprendería que se trataba de *amor*; un amor tan extremo que nos llevaría a la orilla del abismo, literalmente, y nos empujaría a ambos a hacer locura tras locura.

Han pasado ya treinta años y aún puedo percibir el perfume de su piel a flores y coco. Mi transparencia se convirtió en una anatomía evidente cuando mis iris atraparon los suyos. Me *aparecí* ante ella y mi mano, por un instinto sobrecogedor, se deslizó hacia sus mejillas sonrosadas para enjugar sus lágrimas. Entonces, desconcertada, levantó la vista, se sentó en el suelo echando el cuerpo hacia atrás, conectándose conmigo. Sí, me veía con toda claridad. La capa de invisibilidad que me cubría como ente de sombras que era, desapareció para dar paso a un organismo completo y pleno en funcionamiento, con sangre recorriéndole las venas y oxígeno en los pulmones, y una mente y vigor que traspasaba las barreras mortales; es decir, mis poderes y mi energía seguían ahí presentes, a pesar de que fuera ya parte humano, así como el hecho de que continuaría siendo perenne. Nunca moriría.

Me agaché a su lado y recorrí asombrado su estructura gloriosa.

—No te preocupes —susurré con cuidado de no espantarla más—. No te haré ningún daño.

Ella negó con la cabeza, como si tratara de sacudirse los pensamientos y reacomodarlos, y dijo:

—Dios nunca había respondido a mis oraciones antes.

Me quedé ahí, quieto unos segundos, pasmado. Había despertado mi curiosidad. Ladeé la cabeza y ella imitó mis movimientos por inercia, a lo cual respondí con una sonrisa. ¡Jamás había reído en la infinidad de tiempo que había vivido! ¡Era una sensación alucinante! Mariela frunció el entrecejo, preguntándose muy seguramente qué demonios me ocurría para reaccionar así, por lo que carraspeé y me calmé.

—¿Qué es lo que le pedías a Dios en tus plegarias, mortal?

—Mi nombre es Mariela. ¿Y el tuyo? —cuestionó como si yo no fuera real, corrigiéndome.

—No lo sé. Nunca he tenido un mote de ninguna clase —jadeé sonriendo de lado. Era verdad. En el Paraíso no teníamos necesidad de asignar etiquetas a nada, así que yo era sencillamente un *Nefilim* más. Ella dejó notar su confusión en una expresión un tanto rara. ¿Estaría molesta? Me era imposible descifrarla. Se limpió el rostro con la blusa, dejándome notar parte de su abdomen de mujer de treinta y seis años, y aún sublime, y la parte de debajo de sus pechos carnosos, sin cubrir. La sangre fluía por mis arterias hacia sitios inhóspitos y me calentó, pero debía concentrarme.

—Eso no es posible —dijo, rebuscando algo en su mente—. Te llamaré Ángel. Puedo ver un aura en ti que únicamente corresponde a esas criaturas. Y mira que he conocido vampiros, lycans, eskols, brujos y todo tipo de seres habidos y por haber, a pesar de ser una simple mortal.

¡Con razón no le molestaba mi presencia! Ella sabía que este mundo estaba habitado por decenas de razas, y no todas eran buenas...

—*Simple*, nunca serás. Intrigante, completamente intrigante, sí —aseguré en un murmullo—, pero no has contestado a mi pregunta. Coloqué mis palmas en el piso e, hincado como me encontraba, me aproximé más a su persona. Ella se puso de pie tan rápido como pudo y se pegó a la pared. Yo seguí sus movimientos y puse mis manos en el muro, atrapándola, olvidando por completo la idea de no intimidarla, cosa que no sucedió. No gritó ni nada por el estilo. No era una persona ordinaria. Pegué mi frente a la de ella sin previo aviso y me di cuenta de que no temía. Mariela poseía una infinidad de universos en el alma y ni siquiera se percataba de que fuera así. Sostuvo con mucha cautela mi cara entre sus palmas delgadas de dedos largos y femeninos, y entrelazó sus ojos con los míos.

—Le rogaba al Poder Superior que acabara con mi soledad y trajera a mí a alguien a quien adorar por el resto de mis días —jadeó sin más ni más, y caí en su hechizo de mujer de cabello negro y rizado, y pupilas tan profundas como las noches sin luna, cubiertas con unas pestañas que no encontraban fin.

No daba crédito a lo que me sucedía, pero ella sí. Jamás estuvo en su naturaleza negarlo. Se dejó llevar, me dejó llevar, y entre nuestro nexa hallamos la libertad. O, al menos, eso creía con fervor absoluto.

Le expliqué quién era yo y le conté mi historia a grandes rasgos, omitiendo el hecho de que, como la misma muerte, había ido por ella para martirizarla en sus pensamientos y, al final, provocar su exterminio. No obstante, ella ya pasaba sus días atormentada por sus propios demonios y yo no tenía cabida ahí. Nuestras polaridades iguales invirtieron nuestros roles y los dos acabamos infatuados el uno del otro. De nuevo, a cada acción, corresponde una reacción; a cada sombra se le entrega su cuota de luz y viceversa.

Las siguientes semanas, ella me enseñó a experimentar en complicidad los sabores, olores y sensaciones que de otra forma nunca hubiera entendido por completo, y esto se extendió por un año, para nuestra gloria y perdición. Vivíamos pegados a nuestras pieles sin darnos tregua, dejando que la desmedida pasión nos engullera y consumiera. Mi sabor predilecto era el del sudor que emanaba por sus poros cuando hacíamos el amor. ¡Ah!, tan solo por esa experiencia valía la pena estar vivo —o medio vivo, no entraré en esos detalles ahora—. Yo jamás había tocado, mucho menos besado a alguien en cientos de miles de años. En cambio, Mariela, por su parte, poseía una buena cuota de hombres en su haber, cosa que despertaba un instinto primitivo y salvaje en mí, conocido como *celos*. Su mejor amigo, por ejemplo, Mario, me causaba tendencias homicidas. Cada que asistíamos a alguna reunión social —obligatoria para mí porque intentaba encajar en su mundo—, él le provocaba carcajadas con sus insulsas bromas y sarcasmos, abrazándola cuando tenía oportunidad, siendo su *cómplice* en trastadas que mi cerebro de *Nefilim* no alcanzaba a descifrar. Eso fue motivo de varios pleitos y desánimos de su parte hacia mí, a pesar de que siempre solucionábamos nuestros conflictos de una forma u otra. Yo no sabía cómo controlar mi ira, puesto que nunca me vi en la necesidad de lidiar con ella, aunque Mariela lo comprendía y me confortaba, haciéndome ver que habíamos sido creados para estar juntos y que nadie cambiaría eso. No concebía la idea de perderla y mataría a cualquiera que se le acercara, con intención de deshonrarla, sin pensarlo dos veces. Si de todas maneras ya estaba condenado,

una muerte más en mis manos no marcaría ninguna diferencia.

Mariela me dio tiempo para acostumbrarme a mi nueva condición semi-mortal y, una vez que estuve listo para el acto de la copulación —palabra burda para describir la entrega tan increíble y maravillosa que ocurrió entre los dos—, ella se abrió a mí como una flor de fuerza restaurada. Todo aconteció como una danza en la que ambos conocíamos los pasos a la perfección.

Me tumbó sobre el lecho y, con extrema lentitud, rozando mi piel en cada movimiento, desarraigó las ropas que cubrían mi cuerpo, susurrándome al oído:

—Desde el primer día en que te vi, me enamoré perdidamente de ti. Todo este tiempo he soñado con estar contigo así, con besarte. Quiero saber si este amor es real y quiero ir de la mano contigo por todos los universos y el cosmos, porque solo en ti, mi ángel y mi demonio, he hallado la felicidad que tanto busqué.

Eso bastó para que me tuviera comiendo de su palma.

—Te amo, Mariela —solté en un jadeo mientras observaba cómo se desnudaba ante mí. Al principio deseó cubrirse con las manos, porque decía no sentirse digna de mi cariño y de mi *divinidad*, pero le ordené que me permitiera verla tal cual era, sin tapujos estúpidos, esos que la idiota sociedad humana le habían impuesto. Se advertía a sí misma inferior por su edad, por su estatus, por su propia mortalidad, que para mí eran falacias. Yo lucía como un chico de veintiún años, si fuera necesario colocar una edad a mis miles de años reales. Era rubio como todos los *Nefilim* y mis ojos fulguraban con un violeta adiamantado que sorprendía a todos los seres percederos. Mi estatura sobrepasaba el metro noventa y nueve, y mi corpulencia era recia y vigorosa, aunque delgada.

Sus senos voluminosos y erguidos me invitaban a todo tipo de pecados y esa piel canela cubierta por su larga cabellera rizada, me robaron suspiros que desaparecerían en el viento, pero mi idolatría hacia ella nunca se esfumaría.

Nuestros labios se unieron. ¿Era esa su lengua? ¿Era esa sensación de la que hablaban cuando se referían a las llamas que encendían los besos? Yo estaba muy nervioso y percibía la sangre dirigiéndose a mi entrepierna que se endurecía como una roca. Ella se montó sobre mí y aprecié la humectación de su exquisito centro, lo cual me hizo perder la cordura. ¿Cómo era posible que esto pasara con tan pequeños gestos que se magnificaban al darse entre dos? Porque, de ocurrir con uno solo, no significarían nada. ¡Qué intrigante prisión! ¡Qué magnífico vuelo sin despegar las alas del suelo!

Besé como poseo cada rincón de su anatomía ferviente. Ella elevaba las caderas, rindiéndose a mi merced. Extasiado y perverso, adelanté la parte media de mi cuerpo, resbalándome con gracilidad, abriéndome camino en ella, en su vientre, cual eco que se transforma después en un grito desenfrenado. ¿Cómo me era posible describir lo que sentí cuando sus paredes me atraparon el miembro, si jamás, alguien como yo, había estado sumergido en semejante éxtasis? Mariela me pertenecía en ese instante y en todos los que vendrían después. Era mía y yo era suyo. Mi organismo la reconocía, sabía quién era ella. Había un patrón en su persona, una forma que entendía, una precisión matemática que se complementaba con la mía.

Sin tregua, ambos nos movimos al unísono, bañándonos de nuestros líquidos y delirio, y, cuando por fin hallé el lugar en el que se producían los rayos que estremecían, mi mujer gimió y arqueó la espalda, explotando en un clímax que yo no tardé mucho en seguir. Ella era un laberinto en el que me perdía, hasta que, un fatídico día, todo, absolutamente todo mi ser, se vino abajo por razones lejanas a mi concepción del mundo. Y he de decir que, esta tierra tan ajena a mí, tan banal

y brutal, jamás pudo con el poder de nuestro fervor.

Yo, por sugerencia suya, escribía un diario en el que contaba todos los días las anécdotas de mi muy larga existencia. Encontré un trabajo como profesor de la materia de Religión en la universidad más importante del estado y estaba fuera desde la mañana hasta la tarde. Eso era lo que más detestaba, tener que separarme de ella para ayudarla a cumplir con deberes absolutamente inservibles como el sustento y las deudas, cosas de humanos que los mantienen atados a su sitio, prisioneros de un sistema cuya idiosincrasia es más que cuestionable y absolutamente absurda. Ella limpiaba la casa al terminar de escribir, porque se dedicaba por completo a eso gracias a mi excelente salario, y encontró mi diario entre las ropas que me había regalado. Lo abrió y comenzó a leer, al principio con inocencia, y después con toda intención de hallar *algo* que probara que yo no le era tan fiel como le demostraba ser. Así actuaba, era parte de su inseguridad y de su carácter descomunally vulnerable; ese cuestionarse todo sin dar prioridad a su propio provecho, a su bienestar y felicidad, dándose la oportunidad de disfrutar y solo eso. Ella no entendía... no entendía lo que significaba para mí. Su pensamiento humano no alcanzaba a integrar la dimensión de mi amor por ella. Se sentó en la orilla de la cama y continuó con su lectura por horas, hasta que dio con la razón real por la cual fui a buscarla aquella noche a su habitación. Como buen ángel caído, describí cada paso dado y por dar para llevarla hasta la muerte, y eso le afectó más que cualquier otra cosa que pudiera haber hecho en realidad.

Cuando llegué del trabajo, me confrontó como solo ella sabía hacerlo, con todas sus emociones descarriadas, golpeándome el pecho y el rostro, enfurecida, dolida al punto máximo. No logré decir nada para defenderme. Ya le había contado todo lo que era antes de conocerla, pero me fue imposible justificar el hecho de que, alguna vez, mi labor consistía en hacerle el mayor de los daños. Eso la llevó al borde de sus sentidos, perdiéndose en un sitio donde yo ya no podía alcanzarla.

Peleamos como nunca. Gritamos, destrozamos cada artefacto que adornaba nuestra habitación, con excepción de la cama. Mi desmedida fuerza de *Nefilim* seguía ahí y, eso, aunado a mi frustración, se fusionaron en una combinación letal. Lancé un golpe seco a la pared de concreto, haciéndole un hueco enorme, y cuando ella intentó detenerme, la empujé hasta tirarla al piso, dejándole un golpe que le sacó sangre en la comisura de la boca. Me arrepentí de inmediato, pero ya era demasiado tarde.

Mariela salió de la casa corriendo como alma que llevaba el Diablo, dirigiéndose al departamento de su mejor amigo, Mario. Yo no poseía la rapidez de los vampiros y mi anatomía me impedía trasladarme de ipso facto al sitio de mis peores pesadillas, así que la seguí con tanta celeridad como las piernas me permitían.

Llegó al departamento y casi derrumba la puerta a golpes, hasta que Mario le abrió. Ella se lanzó a su cuello, cubriéndolo con sus frágiles brazos, mientras él absorbía la escena que tenía enfrente.

—¡Suéltala, bastardo! —aullé como animal.

—No, ¡jamás! —gritó en respuesta el imbécil y la sujetó con más potencia, en lo que mis ojos de *Nefilim* notaban cómo sus dedos se deslizaban suavemente por su cabellera azabache, besándola en la frente—. Nadie te hará daño aquí —le aseguró y sus dedos le enjugaron las lágrimas tal como yo lo había hecho cuando la conocí. Se dispuso a estrellar la puerta en mi rostro, pero aquel gesto me transformó de nuevo en el demonio que solía ser y se lo impedí, porque esta vez poseía un cuerpo sustancial para actuar y reaccionar de acuerdo con la ocasión.

La rabia me cegó y di tres pasos hacia ellos, lanzando a Mariela hacia la nada. Sostuve del

cuello al hijo de puta aquel y lo elevé a un metro del suelo, observando complacido el gesto de horror que se dibujaba en su cara.

—Nadie toca lo que es mío —jadeé maquiavélico y le troné los huesos, despedazándoselo en un santiamén. Su carcaza sin vida cayó al suelo y nada me dio más regocijo, pero, entonces, me di cuenta de que mi mujer seguía tirada a varios metros, malherida. Ella susurró un “no” que resultó casi inaudible. La levanté como pluma para llevarla de regreso a nuestro hogar. Se resistió, aunque su energía había menguado gracias a mi brutalidad. Nunca me perdonaría aquello, por más furioso que estuviera. Nuestras lágrimas se deslizaban contra el otro donde caían y no me era posible hacer que se detuvieran, al menos las suyas.

Una vez arribando a la casa, la acosté en la cama y me acurruqué a espaldas de ella, le besé la nuca sin parar de disculparme, aunque no me arrepentía ni un poco de haberle quitado la vida a ese malnacido. Intenté, traté de explicarle que asesinar a ese desgraciado era la única forma de permanecer juntos, sin más dudas, sin más celos y, con el paso de las horas, ella se durmió en mi abrazo. La bóveda estelar comenzó a cubrirse de estrellas y la noche nos consumió como nunca antes, aunque nuestra unión era innegable. Su estómago tronó y recordé que no había nada para cenar. Esas cosas se me pasaban porque yo no las necesitaba, a pesar de que disfrutara de ellas, y decidí separarme de ella solo por un instante e ir al supermercado más cercano para comprar algo. Con tanta energía que había desgastado, necesitaba recuperarse. Me preocupaba sobremanera. No deseaba despertarla al pararme, pero abrió esos grandes ojos negros y me sostuvo de la muñeca, obligándome a mirarla. Sus pupilas estaban hinchadas e inyectadas de sangre por tanto llanto.

—Ángel —sollozó—, gracias por salvarme...

No terminó el enunciado y volvió a caer en el lecho para seguir durmiendo.

—Te amo, mi preciosa. Siempre haré lo necesario para estar contigo —respondí besándola en la mejilla ardiente.

No tardé ni media hora en ir al supermercado y regresar, y encontré todo como lo había dejado. Sin embargo, una opresión en mi pecho encendió una alarma en mi mente, haciéndome saber que algo andaba muy mal. Entré a la habitación que aún se hallaba sumergida en penumbras, y encendí la luz. Lo que contemplé me atormentaría para siempre, y un “para siempre” es infinito. Un infinito martirio y calvario. Mariela se había colgado del abanico del techo con uno de mis cinturones, ahorcándose. Solté como poseído lo que cargaba y la bajé a toda prisa, con la esperanza de poder revivirla, resucitarla a como diera lugar. Su cuerpo sin vida resonaba en el mío, podrido, asqueado y maltrecho. Me llegaron a la mente sus palabras cada que decía que me adoraba por sobre todo y todos. Resonaban cual reloj repitiendo un tic-tac inevitable, marcando un tiempo que ya no regresaría. Mi corazón se congeló en ese instante. La diosa de mi veneración había fallecido... se había fugado a un sitio donde jamás podría localizarla. El alcance de mi pena sería imposible de trazar.

La abracé y permanecí tres días así, sin moverme, sumergido en un profundo coma, sin pertenecer a un lado o al otro.

—Polvo de estrellas encenderán tu piel, mi amada —susurré cuando obtuve fuerza suficiente, aunque jamás sería igual. Nunca.

Me levanté para recostarla en la cama. Le cambié la ropa sucia y la bañé, le puse el vestido blanco que decía que usaría cuando nos casáramos. Arreglé su cabello ensortijado y la besé por última vez. Volteé para tomar su joyero de la mesita de noche que descansaba a mi costado y me

percaté de que había una nota encima de ella. Mi corazón se destrozó en latidos y me sentí enfermo de pronto. Me senté en la cama junto a ella, la abrí y leí:

“El amor que te tuve, el amor que me diste, solo fue un sueño. Mi camino ya no tiene dueño. Cumpliste tu propósito de destruirme y, a pesar de que sé que cometiendo este acto no me iré hacia donde mi amigo está, me quedo con él de corazón, porque él merecía más de mí que lo que tú alguna vez me brindaste. No hay descanso para los condenados. Fuiste mi razón de vivir y de morir. Atte: Tu pequeño ángel oscuro”.

Cientos de lunas han pasado desde entonces, y ese laberinto en el que Mariela me atrapó sigue consumiéndome. Ella era mi mapa de salida y lo perdí por la maldad de mi naturaleza. Ella era el camino que ahora soy yo, la perdición, la muerte.

Corazón gitano

(Freya Asgard)

Te quitarán del paso, me prohibirán nombrarte...
Tus fotos y tus cartas romperán, pero nunca lo que yo siento por ti.
Corazón Gitano, no te olvidaré.
Corazón Gitano, siempre te querré...

Corazón gitano. Pimpinela.

Abril de 1999

—¿Estás loco? ¿De verdad prefieres irte del campamento antes que hacer lo correcto? —le dijo Mirko a Spiro, con dolor en su voz.

—Yo no voy a disputar con Vadim, no voy a darle en el gusto a ese nuevo rey de nuestro pueblo. Y no me voy a disculpar.

—¡Fuiste en contra de las leyes de nuestro pueblo!

—El amor no sabe de leyes.

—Entonces te vas.

—Nos vamos.

—No dejarán irse a Dinka contigo.

—Nos *najelamos* y ya.

—¿Te piensas escapar con ella? ¿Qué van a hacer? ¿De qué van a vivir? Tú sabes que los *payos* no nos quieren con ellos.

—No tienen por qué saber que somos gitanos.

—¿Vas a dejar la ley gitana para vivir como uno de esos?

—Si aquí no me aceptan con el amor que siento por mi Dinka... El amor es lo más importante, siempre lo han dicho, pero cuando se tiene que poner en práctica, las cosas no funcionan como las enseñan, así es que sí, definitivamente, prefiero vivir como los *payos*.

—Te vas a arrepentir de esto.

—Jamás.

—¿Cuándo te irás?

—Esta noche.

—Entonces esta es la última vez que hablaremos.

—Así es, hermano.

Mirko abrazó a su hermano, sabía que sería inútil cualquier intento más de persuasión y

también sabía que no lo volvería a ver.

La mañana siguiente, el clan despertó alborotado a causa de la mala nueva: Spiro y Dinka habían huido del campamento.

Junio 2019

Perla corría desaforada, un hombre la había arrinconado y además de asaltarla quería abusar de ella. Su padre le había enseñado a defenderse, así que lo golpeó en la entrepierna, sin embargo, no estaba tan segura de poder seguir golpeándolo cuando se repusiera, así que optó por escapar.

Iba corriendo sin mirar y chocó con un hombre que la detuvo de los brazos antes de caer.

—Señorita, ¿qué le pasa?

—¿Está bien? —le preguntó otro.

Perla elevó sus ojos para encontrarse con los ojos negros más profundos que había visto en su vida. Pero, pronto, se dio cuenta de que tres gitanos estaban ante ella. Se asustó. Su padre siempre la previno de esos “mal ajustados, ladrones, violadores de mujeres y gente hipócrita que vive fuera de la ley”.

—¿Le pasa algo? ¿Alguien le hizo algo? —volvió a preguntar.

La joven se asustó más y se removió en los brazos de ese hombre, pensó que ya no sería solo uno quien quisiera aprovecharse, serían cuatro.

—Cálmese.

—No, por favor —rogó al tiempo que seguía luchando.

—No, señorita, va a tener un accidente si sigue corriendo así. No le vamos a hacer nada. Tranquila.

—El *pailló* ese tiene cara de que atacó a la *gachí* —mencionó uno que miraba hacia la esquina, donde se encontraba el tipo que le había robado.

—Yo arreglo altiro a ese *jambo* —dijo uno caminando hacia la esquina, otro lo siguió.

—Voy contigo, Lazlo —respondió el otro.

—Me debo ir —suplicó Perla.

—No puede irse así, ya le dije que le puede pasar algo si sigue corriendo sin mirar.

—Ya estoy bien, estoy segura de que ese hombre no me va a seguir.

—¡Perla!

La aludida miró hacia el lugar de donde la llamaron, su padre se acercaba a pasos agigantados hacia ellos.

—¿Qué haces aquí y con este gitano? —la interrogó enojado.

—Papá...

—Cálmese, señor, un *payo* quiso abusar de su hija y ella, por salir corriendo, casi tiene un accidente —explicó el gitano.

—Tú no me hables. Vamos a la casa. ¿Qué te he dicho todo el tiempo? No te acerques a estos

mugrientos.

El hombre la tomó del brazo y se la llevó casi a rastras. Perla le dio un último vistazo al gitano que la miraba de un modo extraño.

—¡Papá! —protestó la chica cuando no le pudo seguir el paso y el hombre se detuvo.

—Perdón, hija, me preocupé mucho al verte con ese tipo.

—Papi, ellos me salvaron.

—¿Ellos?

—Sí, eran tres, dos de ellos se fueron detrás del asaltante.

El hombre calló.

—Yo me asusté, pensé en que serían cuatro los que abusarían de mí —contó con la voz quebrada—. Me acordé de todas las cosas que me decías, pero no, ellos me ayudaron.

—No hablemos más de ellos. No le contaremos nada a tu mamá de tu encuentro con los gitanos, se preocuparía de más.

—¿Por qué se preocuparía de más si ellos me salvaron?

—Porque ella no ha tenido buenas experiencias con esa gente.

—No sabía.

—No es algo para andar contándolo. Así es que nos callaremos esto.

—Bueno —aceptó a regañadientes la muchacha—. ¿Y tú qué hacías ahí?

—Venía en la micro y te vi, salí antes de mi trabajo. ¿Quieres irte caminando o tomamos una micro?

—Estamos cerca, yo siempre me voy caminando.

El resto del trayecto lo hicieron en silencio. Perla pensaba en ese joven y en su mirada. A ella siempre le habían llamado la atención los gitanos, aunque nunca había visto a ninguno tan de cerca. No olía mal como le habían dicho ni tampoco era un ladrón, de serlo, ella habría sido una presa fácil, ¿y cómo pelear con tres hombres?

—¿Y ustedes? —preguntó la mamá al verlos llegar.

—Nos encontramos en la esquina —contestó el papá.

La hija no replicó, si su papá consideraba que no decir nada a su mamá era mejor, lo aceptaba, pese a que entre ella y su madre no había secretos. O eso pensaba ella, hasta que su papá mencionó lo de los gitanos y su mamá.

Perla se acostó temprano aquella noche, el tener que fingir que todo estaba bien delante de su madre la agotó más que todo. Su mente no dejó de pensar en lo sucedido. El hombre que la había querido asaltar se le aparecía en sueños. Así como esos ojos negros que la miraban con preocupación.

Al día siguiente, después de las clases en el instituto, Perla, en vez de caminar hacia arriba en dirección a su casa, cruzó la Costanera en dirección al campamento de los gitanos. No pensaba ir directo hacia allá, más bien, solo quería curiosear.

—¿Y usted? ¿Qué hace por aquí? ¿Se perdió o la quieren asaltar de nuevo?

Perla dio un respingo y se volvió para mirar a quien le hablaba.

—Ho... Hola... —balbuceó y se sintió como una tonta.

—¿Anda de paseo?

—Sí, sí, eso, vine a pasear.

El gitano de ojos negros sonrió con la sonrisa más maravillosa que Perla había visto en su vida.

—Nadie viene a pasear por estos rumbos, excepto para las Fiestas patrias, y eso porque ponen las ramadas en este sector, si no, nadie vendría por acá.

—Vengo a ver donde ponen las ramadas —contestó ella sin sentido.

El rio con ganas.

—En junio...

—¿Por qué no? —preguntó avergonzada, no sabía qué decir y él parecía burlarse de ella.

—Porque faltan tres meses. ¿Por qué no me dice mejor en qué anda por aquí?

—Vine a darte las gracias —respondió ella—. Por lo de ayer. Mi papá no me dejó ni despedirme.

—No se preocupe, mi *chai*, nosotros sabemos que no somos bien recibidos por los *payos*, todo bien.

—No es justo.

El gitano miró a la chica con gratitud.

—¿Quién dijo que la vida es justa? —comentó él.

—Bueno... Yo me tengo que ir.

—Si, claro, ¿quiere que la acompañe hasta su locomoción?

—No, no hace falta, vivo relativamente cerca, me voy caminando, aquí no hay peligro, ¿no?

—No, no, aquí está segura, es más arriba, con los de su raza con los que hay que tener cuidado.

—En todo caso. Tienes razón.

Una incómoda pausa fue rota por él, que estiró la mano. Ella la miró sin comprender y luego la estrechó.

—Cúidese, Perla —le dijo el gitano.

—Gracias.

Ella caminó un par de pasos y se volvió.

—No me has dicho tu nombre, tú ya sabes el mío.

—Branko. Ese es mi nombre.

—Branko, gracias por lo de ayer.

—No hay de qué.

Ella se fue, gran parte del camino sintió la mirada de él en su espalda, pero luego se sintió tonta, no tenía por qué sentir eso, quizás, él ni siquiera la miró.

—¡Branko! —lo llamó Vadim, su padre y rey de los gitanos.

—Dígame, *dadá*.

—¿Qué hacías con esa *gachi*? ¿Por qué andaba por acá?

—Nada, ayer la vi allí arriba, un *pailló* la quería asaltar y yo la ayudé, nada más, después llegó su *pale* y se la llevó.

—Claro, creyó que ustedes querían abusar de su niña.

—Sabemos que a los extranjeros no le gustamos, *dadá*, no es novedad.

—Por lo mismo, esa *gachí* ya te dio las gracias, espero que no se vuelva a aparecer por aquí.

—No creo, esa *chai* no volverá.

Branko caminó unos pasos y al pasar por el lado de su padre, este lo detuvo del brazo.

—Tienes que ocupar mi puesto algún día, tienes que casarte, tener hijos, ya no eres un niño y tú todavía no eliges a una *nibovia*, ¿hasta cuándo esperarás para buscar una buena mujer que te acompañe y te dé hijos y tener tu propia *chara*?

—No he encontrado a nadie todavía, *dadá*, lo sabes, cuando aparezca la mujer perfecta, me caso.

—Espero que no sea esa *gachí* —sentenció el rey de los gitanos soltando a su hijo.

Había pasado una semana desde la última vez que vio a Branko, y Perla, sin motivo aparente, lo extrañaba, quería verlo, por lo que, después de clases, bajó hasta la costa, se detuvo allí un momento y dudó en lo que debía hacer. Contempló las coloridas carpas a metros de allí y sintió que el corazón se le oprimió. Caminó en dirección a ese lugar sin miedo, como si algo, una fuerza invisible la atrajera hacia allá.

Conforme se acercaba, escuchó una música muy alegre, pero no era de radio, era en vivo. Los cantos y las risas se dejaban sentir y su pecho hervía en alegría. A Perla siempre le gustó esa cultura, de hecho, muchas veces la molestaban por la ropa que usaba, incluso a sus padres les fastidiaba que usara faldas largas y de colores, que hubiese adornado su habitación como una carpa y que amara tanto esa cultura.

La joven se quedó petrificada al ver a Branko con una guitarra, a otros hombres con otros instrumentos y a un corro de gitanos que cantaba a su son.

—Si no conociera a todas las gitanas de mi clan, diría que usted es una de ellas, pero no, solo es una imitadora. ¿Se le ofrece algo? ¿Quiere una sartén de cobre? O a lo mejor anda en busca de un auto —le preguntó un hombre mayor con algo de sorna.

—No, no, yo... Yo solo... Yo... —Fue incapaz de articular una oración.

—Si no necesita nada, no tiene razón de que esté aquí, si algo le pasa, nos echarán la culpa a nosotros de su insensatez, debería volver a su casa con sus padres.

Ella miró al hombre a los ojos y reprimió un puchero por la dureza de sus palabras.

—Perdón... Yo solo venía... Sí, tiene razón, debo irme —aceptó en un hilo de voz.

La música paró de golpe y sintió un montón de ojos sobre ella.

—¿Perla? —Branko caminó apresurado hasta ella.

—Branko, lo siento, yo...

La vergüenza llenó las mejillas femeninas.

El gitano le habló en romaní al hombre que estaba con ella y el hombre la miró curioso y le sonrió. Ella correspondió.

—Mi *chai*, no ande muy tarde en la calle, menos por estos lados —le aconsejó el hombre mayor.

—Voy a acompañar a la *gachí*, vengo al tiro, tío Mirko.

Los dos gitanos volvieron a hablar en romaní, dejando fuera a Perla de lo que decían.

—Si vas a tener problemas, no es necesario que me acompañes, vine sola, me voy sola —le dijo ella.

—No es problema para mí.

—Que vaya y se asegure que sale de este lugar sana y salva —dijo el primer hombre.

—Hola, ¿la andan asaltando de nuevo? —le preguntó un gitano joven con una amable sonrisa.

—¡Tú estabas ese día! —exclamó ella.

—Así pues, señorita.

—Muchas gracias por lo que hicieron.

—De nada, al *gachó* ese no le van a quedar ganas de volver a atacar a una *chai* tan linda como *usté*.

Ella sonrió como respuesta, sin saber qué decir.

— Estábamos pasando un buen rato, ¿no quiere compartir con nosotros? —ofreció el joven.

—Ella se tiene que ir, Lazlo —respondió Mirko por ella.

—Sí, sí, yo... ya me iba.

—Vamos, la acompaño —le dijo Branko.

—Venga a visitarnos cuando quiera —invitó Lazlo.

—Gracias —respondió más por compromiso, pues por la actitud de Mirko, ella no era bienvenida en el campamento.

Perla se despidió y Branko la acompañó.

—No hace falta que me acompañes —le dijo ella.

—Quiero hacerlo. ¿Por qué viniste al campamento?

—No sé.

—¿No? —preguntó algo burlesco.

—No.

—Yo creo que sí.

—¿A qué crees que vine?

—A verme —aseguró en tono divertido.

—Te quieres poco —bromeó ella.

—No es eso. Es que yo también quería verte, pero yo no sabía dónde buscarte.

Ella sostuvo la respiración. Él lo notó y, despacio, se acercó, subió su mano hasta la suave mejilla de la chica y la acarició, con lo que provocó un estremecimiento en ella.

—Te eché de menos —le confesó él y la besó, con dulzura, suavidad y mucha ternura.

Ella correspondió de igual forma, aquel beso la transportó a algún lugar lejano en la galaxia y sintió como si siempre hubiese pertenecido a esos brazos.

Él se separó de ella y la miró, seguía con sus ojos cerrados; sonrió. Él volvió a darle un beso, uno corto. Ella abrió los ojos.

—Entonces, ¿viniste a verme? —le preguntó él sin burla.

—Branko...

—A mí me alegra que vinieras y si hubiera sabido cómo encontrarte, créeme que te hubiera

buscado.

Ella sonrió.

—Tengo algo para ti. Toma. —El gitano le entregó unos sobres que ella iba a abrir—. Léelas cuando estés en tu casa. —Ella los guardó en su mochila

—Bueno, ahora mejor me voy, no vaya a ser que me pille mi papá.

—Sí, no quiero tener problema con tu *dadá* —dijo divertido.

Caminaron unas cuerdas más y se despidieron.

—¿Estás segura de que estarás bien?

—Sí, no te preocupes, yo siempre me voy sola.

—Igual me quedaré cerca por cualquier cosa.

Ella le dio un beso y caminó rumbo a su casa. Se volvió una vez para mirar a Branko, que seguía observándola.

Al llegar a casa, su madre la notó extraña, pero no dijo nada, supuso que quizás algún chico del instituto le había llamado la atención; hasta el momento, su hija no había querido a nadie, siempre decía que su corazón le pertenecería a un solo hombre, cosa que ella entendía, pues su corazón también le pertenecía a un hombre, su esposo.

Aquella noche Perla se quedó leyendo, una y otra vez, las cartas que él había escrito para ella en esos días. Y ella también se decidió a hacer lo mismo. Le gustaban las cartas, ella pensaba que ya nadie se escribía.

Los días pasaron y la atracción entre Branko y Perla crecía cada vez más, sentían que se pertenecían desde antes.

Una tarde, Perla fue al campamento, Branko no había llegado a su cita y hacía tres días que no sabía nada de él. No sabía si le había pasado algo, si se había enojado. Nada.

—*Chai*, ¿qué hace aquí? —Mirko fue el primero que la encontró.

Ella no contestó, solo se le quedó mirando con los ojos muy abiertos, sabía que ella no era bienvenida y que a él no le era agradable verla.

El hombre la tomó del brazo y la llevó en sentido contrario, en silencio, hasta que estuvieron lo suficientemente lejos de las carpas.

—No debería volver, señorita, este no es lugar para usted.

—¿Y Branko? Solo quiero saber si está bien.

—Él está bien, está ocupándose de sus responsabilidades, que no son andar con una extranjera; sin ánimo de ofender.

—Lo entiendo, pero... Señor, yo lo amo, quiero estar con él.

—¿Renunciaría a su gente por estar aquí? ¿Cuánto cree que duraría viviendo en una carpa? Usted tiene sus comodidades, su cama, sus cosas, aquí no hay nada de eso, vivimos como nómades, aunque no viajamos tan seguido como quisiéramos, andamos de un lado a otro. ¿Cree que podría amoldarse a nuestras leyes? Usted es una *gachí*, no es como nosotros.

—¿Branko se aburrió de mí?

Mirko tragó saliva.

—No. Él sigue enamorado, pero su padre, el rey de los gitanos, se enteró de su *jelen* y le prohibió volver a verla. Branko deberá hacerse cargo del clan cuando su padre muera, o quizás

antes si el rey así lo decide y no es bien visto que se meta con una chilena.

—¿Y si me hago gitana?

Mirko sonrió con tristeza.

—No funciona así, mi *chai*, no es llegar y ser gitana, para otro gitano a lo mejor se puede hacer una excepción, pero no para un hijo de rey y futuro rey. Lo podrían expulsar de la familia si insiste y créame que ha insistido, hemos tenido que detenerlo para que no cometa una locura. Así como usted no duraría ni un mes viviendo como nosotros, él no sería feliz viviendo como uno de ustedes.

Perla bajó los ojos, comprendía aquello y lo que menos quería era causarle dolor a Branko. Si su felicidad estaba en renunciar a su amor, lo haría por él.

—Lo siento, mi *chai*.

—¿Le puede decir que lo entiendo y que espero que sea muy feliz? Que lo amo más que a cualquier cosa y que lo dejo libre de su promesa de amor para que sea feliz con alguien más —lo último lo dijo con un nudo en su garganta.

—Es lo mejor, mi *chai*, ninguno sería feliz y traerían mucho dolor a mucha gente.

Ella hizo un puchero y él la abrazó. Ella se sintió reconfortada en los brazos de aquel gitano que sintió también en su pecho un enorme cariño por esa niña que los idealizaba y quería ser como ellos. Como si eso fuera posible. Gitano se nacía, el corazón gitano no era como el de los *payo*.

—¡Perla! —gritó su padre a lo lejos.

—Papá, ¿qué haces aquí? —Ella corrió hacia él, él la esperó a una gran distancia.

—Te seguí, andabas muy rara y quería saber qué pasaba. Vamos a la casa.

Perla miró hacia el gitano que comenzó a avanzar. El padre de Perla la agarró de la mano y la tironeó para sacarla de allí antes de que el gitano se acercara.

—¡Papá!

—No vas a salir, quedas castigada el resto de tu vida. Tu madre te vendrá a dejar y a buscar al instituto cada día, no volverás a andar sola en la calle.

—Pero, papá, ¿por qué tanto problema?

—Ya te dije que no quería que te juntaras con gitanos y ¿qué haces? No solo te haces amiga de ellos, si no que ¡andas con uno!

El padre le enseñó las cartas que había sacado de su habitación.

—¿Registraste mis cosas?

—Obvio, mira que andabas muy rara. ¿Qué querías que hiciera? Me preocupo por ti.

—Papá, baja el paso, no puedo seguirte.

—No, quiero llegar lo antes posible a la casa.

—¡Basta, papá!

—No. Esto se acabó.

Sin soltar a su hija, el hombre rompió las cartas que Branko le había escrito.

Perla se soltó y corrió de vuelta al campamento. Las lágrimas corrían por sus mejillas. No podía ser posible que los prejuicios la separaran del único amor de su vida. En su corazón sabía que era así. Ellos estaban hechos para vivir juntos. Nunca había sentido lo que sentía por Branko y sabía que nunca más lo sentiría.

—¡*Chai!* Pare, no corra así. —Oyó que le gritaban. Era Lazlo que se veía muy preocupado por ella.

—No te atrevas a hablarle —gritó su padre detrás.

El gitano no entendía lo que pasaba, pero sabía que, si la chica seguía corriendo de ese modo, algo malo pasaría. Corrió en su dirección, pero fue muy tarde. Perla cruzó la avenida sin mirar y un vehículo la lanzó lejos.

Los frenazos, los gritos y los bocinazos no tardaron en llenar el ambiente.

Los gitanos que habían escuchado el estruendo se acercaron a mirar. Branko vio a Lazlo junto a un cuerpo y corrió, por su cara, parecía ser alguien conocido. Era Perla, con su rostro ensangrentado y morado. Su cuerpo flácido no respondía a ningún estímulo. Su padre lloraba desesperado.

—¡Ustedes hicieron esto! —gritó el padre.

—¿Qué pasó? —preguntó Branko.

—Por tu culpa, ella jamás debió fijarse en un gitano despreciable como tú.

Los gitanos guardaron silencio, no podían irse en contra del padre de la chica en ese momento de tanto dolor.

La ambulancia llegó y se llevó a padre e hija.

—Tengo que ir —musitó Branko.

—Vamos al campamento, su padre no te quiere cerca de ella —le dijo Lazlo.

—Yo necesito verla, saber que estará bien.

Lazlo lo empujó, casi, hasta llegar al campamento y se detuvieron frente a la carpa de Lazlo, donde se encontraba su padre.

—¿Qué pasó? —le preguntó Mirko a su hijo.

—La *gachí*... la atropellaron.

—¿Qué?

—No sé qué pasó, venía escapando de su padre y cruzó sin mirar.

A Mirko se le llenaron los ojos de lágrimas, se sentía culpable, él había visto que ese hombre estaba furioso, pero no pensó que eso provocara un accidente en su hija.

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué pasó allá arriba? —preguntó Vadim, el rey, a los gitanos—. ¿Le pasó algo a uno de los nuestros? —Se alteró al verlos así.

—No, padre, no le pasó nada a nadie que te importe —lloró Branko y se fue a su carpa.

—¿Qué pasó? —le preguntó a Mirko.

—La *gachí*. Eso pasó —respondió el hombre con cierto rencor.

—¿Qué pasó?

—Ella estuvo aquí hace un rato, venía a saber de tu hijo, yo le dije que se tenía que ir, que no le hacían ningún bien a nadie con su relación. Ella estaba dispuesta a hacerse gitana, pero yo le dije que no era viable, que no podría con esto. Ella lo aceptó, se veía tan desolada, la abracé y sentí que me equivocaba, que esa *chai* sí pertenecía aquí, sí era la indicada para tu hijo, pero llegó su padre... Se la llevó a rastras. No sé qué pasaría que ella corrió de vuelta y la atropellaron.

—Su papá venía muy enojado, tenía un montón de papeles en la mano por los que discutían, los

tiró al piso furioso cuando la vio saltar por los aires —contó Lazlo—. Fue horrible. No creo que sobreviva.

Vadim resopló, no sabía qué hacer. Por un lado, estaba su hijo, que a sus veintiséis años era a la única mujer a la que había amado y, por otro, ella no era gitana y él debía continuar con su legado. Su mente intentaba tomar la mejor decisión.

—Lo voy a llevar al hospital, él necesita estar con ella en este momento —concluyó por fin.

—Bien dicho, tu hijo te necesita, Vadim.

—Sí.

El rey de los gitanos entró a la carpa, su hijo miraba la única foto que le había quedado de Perla, el resto de las cartas y fotos se las habían quemado.

—Te llevo al hospital, hijo.

—¿Padre?

—Vamos, ella te necesitará. Y tú la necesitas a ella.

No se lo tuvo que decir dos veces.

Entraron corriendo a urgencia, Branko se dirigió a la ventanilla para saber de ella, le dijeron que los padres de la joven estaban adentro hablando con el médico.

Vadim vio salir a Spiro y a Dinka, llorando y con sus manos entrelazadas.

—¿Spiro?

El hombre levantó la vista y vio a su antiguo amigo, no le llamó la atención, luego fijó su vista en Branko. La mujer se notaba confusa.

—¿Lo conoces, padre? Este es el *payo* papá de Perla.

—¿Perla es tu hija?

—Sí, quise alejarla de todo ese mundo que tanto daño nos hizo, sin embargo, nunca pude cambiar su corazón gitano. Desde niña ella quiso ser gitana, si vieras su cuarto, es una mini *chara*; su ropa, sus cosas, ella jamás ha sido una *gachí*. Su corazón siempre ha sido gitano.

—¿Por qué tanto odio hacia nosotros? —Quiso saber Branko.

—Porque tuvimos que escaparnos para poder vivir nuestro amor, el rey de los gitanos no aceptaba nuestra relación —explicó con ironía.

—Estaba prohibido, pero se te dio la oportunidad de luchar por ella, de hacer las cosas bien. Tú no quisiste.

—No estamos hablando de eso.

—¿Cómo está? —Quiso saber Branko.

—No creen que sobreviva —intervino la madre y largó un amargo llanto.

Branko se mesó el cabello y salió de allí, encendió un cigarrillo tras otro mientras rogaba a la Virgen por la recuperación de su niña.

—¿Cómo está? —Lazlo llegó hasta Branko con la preocupación estampada en el rostro. Mirko venía detrás, habían ido a acompañarlos.

—Mal.

—Lazlo, Mirko... —habló Vadim que salió de Urgencias con los ojos rojos por el llanto—. Necesito que vayan al campamento y les pidan a las mujeres que recen por Perla, ella es una de las nuestras, la futura esposa de mi hijo.

Los dos gitanos se miraron confundidos y, sin hacer preguntas, volvieron a su camioneta y enfilaron a toda velocidad hasta el campamento, donde un grupo de mujeres formaron un círculo para pedir por la recuperación de la joven que estaba destinada a ser la esposa de su futuro rey.

Elígeme

(Marifer Jorquera)

Cuántas lágrimas van a correr por tus mentiras

Cuántas noches más vas a dejar a la mitad.

Dime cómo hacer para adueñarme de tu vida.

Convéncete, elígeme o déjame,

Que ya no tengo nada que perder

Elígeme. Luis Fonsi.

Javiera tomó su celular apenas abrió los ojos, como todas las mañanas, eso era parte de su ritual antes de levantarse. A su lado, aún dormido, su marido Cristian aprovechaba el único día en la semana en el que podía dormir un poco más.

Los domingos estaban llenos de rutinas para ambos. Javiera salía a trotar en las mañanas y llegaba cerca del mediodía, Cristian se levantaba a esa hora, se duchaba y revisaba su computador en busca de algo que debiera resolver de manera urgente. En su carrera, aquello era algo común.

A sus cuarenta y cuatro años, Cristian Aravena era un reputado productor musical, descubridor de talentos y representante de variados artistas. Su trabajo era mantener todo bajo control.

Su esposa, Javiera Smith, se dedicaba exclusivamente a su marido, a estar disponible y guapa para él y a hacerle compañía en sus múltiples citas de negocios. Era una mujer inteligente, le gustaba leer y disfrutaba de una buena conversación. No tenían hijos porque ambos pensaban que aún no era el momento, aunque llevaban cinco años casados y ambas familias insistían en que debían tener hijos pronto.

Luego de revisar todos sus pendientes, hacer unas llamadas telefónicas y devolver unos correos electrónicos, Cristian se sentó a esperar a su mujer algo impaciente, puesto que, como cada domingo, almorzarían en casa de su madre y ella no toleraba la impuntualidad.

Javiera entró apresurada, dejó caer sus llaves en la mesa de la entrada y subió corriendo las escaleras, se metió a la ducha mientras hacía oídos sordos a los reclamos de su marido por su retraso, se duchó de manera rápida e intentó olvidar todo lo ocurrido momentos antes, debía centrarse, tener en claro que debía mantener fuera de su vida cualquier cosa que se interpusiera entre ella y el estatus de vida que siempre había querido...

Salió de la ducha y Cristian la esperaba sentado en la cama de ambos, le extendió un colgador que contenía un vestido negro, de manga tres cuartos, de largo hasta la rodilla.

—Ponte ese vestido y apúrate, no quiero tener que pelear con mi madre porque nunca llegas a tiempo —comentó molesto—. Por lo demás, ¿por qué te demoras tanto en ir a correr?

—Todo el tiempo te digo lo mismo —habló con voz conciliadora—, corro un buen rato y luego

me devuelvo de la misma manera.

Se acercó y besó a su marido en los labios, él no dijo nada, no quería dejarse provocar, aunque deseara más que nunca hacer el amor con su mujer; con tanto trabajo, nunca tenía tiempo para ella.

—Te prometo que la próxima semana tendré más tiempo libre y nos iremos a la playa.

—No quiero ilusionarme, siempre dices lo mismo.

—Esta vez sí lo haré, te lo juro.

Ella asintió, aunque en su interior esperaba que no pudiera cumplir con su promesa...

Martín se levantó de la cama luego de intentar desperezarse, había dormido algunas horas - demasiado pocas para su gusto-, pero su trabajo y sus ocupaciones le hacían escasas las horas de sueño.

Encendió la cafetera y caminó a la ducha, un poco de agua helada lo ayudaría a salir de ese estado de sopor con el que quedaba todos los domingos en la mañana. Luego, se vistió, bebió café y sonrió... una sonrisa amarga, porque lo que ocurría cada domingo en su casa era solo una fantasía, algo que nunca podría ser real.

Javiera llegó a la casa de su suegra intentado disimular su molestia, no era que la madre de su marido le cayera excesivamente mal, sin embargo, ese afán de controlar cada aspecto de la vida de su hijo era lo que la tenía harta.

Saludó a la mujer con una sonrisa fingida en el rostro, estaba acostumbrada a hacerlo, todos y cada uno de los domingos le tocaba actuar delante de la familia.

Javiera nunca fue una mujer de mucho dinero, más bien, su familia aparentaba tener mucho más de lo que en realidad poseían, por eso, desde pequeña, ella se acostumbró a buscar la forma de obtener lo que deseaba o creía que merecía.

Sin pudor reconocería que fue capaz de aprovecharse de la amistad sincera de Natalie, solo porque su familia era de mayores recursos económicos. Destruyó sin pudor la familia de la única persona que le tendió la mano en su adolescencia, cuando ni siquiera sabía si tendría para comer al día siguiente. No le importó nada más que sus propias necesidades... y eso seguía siendo su lema de vida.

El almuerzo transcurrió entre conversaciones acerca de negocios, entre la matriarca de la familia y sus hijos. Cristian era el mayor de los tres hijos de Elisa Winkler y Esteban Aravena. El padre de familia había muerto hacía muchos años, cuando los hermanos aún estaban en la adolescencia, por ello, la madre se transformó en el pilar de esa familia y sus hijos, más que quererla, la idolatraban, puesto que ella había logrado mantener en pie una familia y una empresa completamente sola.

Javiera miraba su costoso reloj en cada momento, esperando que por fin se acabara ese almuerzo. Cristian no pudo evitar mirarla y mover la cabeza de manera reprobatoria.

Después de unas horas en casa de su madre, Cristian tomó a su esposa del brazo y se despidió de manera general de todos, salió con ella sin decir nada. Ya fuera de la casa, no dudó en

recriminarle su actitud a Javiera.

—¡No quiero que se vuelva a repetir esa actitud tuya con mi familia! —habló con rabia—. Ya sabes, no me hagas escoger Javiera, puedes salir perdiendo.

La mujer cayó en cuenta de su realidad, estaba presa en una jaula de cristal que ella misma había escogido, llena de barrotes dorados, con lujos impensados, pero jaula, al fin y al cabo. No podía decir nada, aunque cada vez le costara más actuar como la fiel esposa del gran productor musical.

Martin caminó de manera lenta por las calles de Santiago, el viento lo acompañaba con esa frialdad que caracterizaba al clima en invierno, ya no quedaban hojas en los árboles, así que el viento solo mecía las ramas desnudas de los pocos ejemplares de la naturaleza que quedaban en la zona. Martín reflexionaba acerca de aquella ciudad cada vez más parecida a una selva de cemento.

Llegó hasta el pequeño bar en donde se presentaba algunos días a la semana, los otros días, se presentaba en exclusivos bares del barrio alto, en donde esperaba que alguien lo descubriera. Esta vez, no iba por alguna presentación, quería ver a sus amigos y no pasar tanto tiempo en soledad en su departamento.

La chica en la barra se acercó a saludarlo, él le respondió con un abrazo y luego, Martín tomó en brazos a la pequeña hija de su amiga, Azucena.

—¡Tío! —La niña siempre utilizaba ese apelativo cariñoso con él—. Mira, estoy aprendiendo a leer.

Y comenzó a inventar que leía un texto de una hoja de papel.

—Eres maravillosa, lees muy bien —comentó dejándola en el suelo.

Natalie se volvió hacia su pequeña hija y le pidió que fuera adentro con su abuela.

—Tienes un encanto natural con los niños —habló la chica—. ¿No piensas tener hijos algún día?

Martín pensaba en que era muy difícil que algo así le pasara.

—No creo que todavía, aun puedo esperar algunos años.

—La guitarra te está esperando, anda, se ve que necesitas despejarte.

—¿Se me nota mucho?

—Tienes las ojeras que te llegan al piso...

—¡Que graciosa! —mencionó lanzándole un suave manotazo en el hombro.

Martín se fue a tocar la guitarra, su mejor compañera, aquella que no lo juzgaba, ni le decía que era un estúpido por estar enamorado de una mujer casada que nunca dejaría su vida de privilegios por él. Martín lo tenía claro, pero su corazón no dejaba de tener una pequeña luz de esperanza.

Tomó la guitarra y se perdió en sus cuerdas, sus dedos, sin explicación, lo llevaron a esa melodía que le recordaba a Javiera, la mujer de sus sueños. No supo cómo terminó la canción, solo se dio cuenta cuando todos los que estaban en el bar detuvieron sus ocupaciones para escucharlo y maravillarse con la voz, sobre todo por lo que transmitía, un sentimiento de amor desgarrador. Un aplauso cerrado terminó con aquella improvisada presentación. Martín agradeció

a quienes lo escuchaban y dejó la guitarra en el lugar en donde estaba, sin hablar con nadie salió de allí, aquella canción había removido sus sentimientos.

Javiera decidió aprovechar el viaje de su esposo al extranjero para poder ver a Martín, aquel chico le encantaba, sin embargo, no lo amaba, no de la manera que él esperaba, por lo que decidió que sería la última vez que lo vería.

Lo llamó por teléfono y él, como siempre, estaba dispuesto para ella. Esperó en su departamento a que llegara. Apenas sintió el timbre, abrió la puerta y se abalanzó sobre ella y la besó desesperado, hambriento por sus besos, por su cuerpo. Ella se dejó querer, como siempre, porque ese chico era el mejor de los amantes, siempre preocupado por ella, siempre dispuesto.

Martín se sacó la camisa por encima de la cabeza y la lanzó al suelo, la apoyó contra la pared y comenzó a desabrocharle la blusa, se la sacó de prisa y siguió besándola hasta que ella desesperada por él, se desnudó y comenzó a sacarle la ropa que le quedaba.

—¿Estas ansiosa? —habló con una voz ronca producto de la excitación—. Yo también lo estoy.

Martín entró en ella deprisa, sin mediar preámbulos, excitado, deseoso de marcarla, de hacerle ver que nadie la amaría como él, para que no lo dejara.

Javiera se sentía increíble, ese hombre la volvía loca, su forma de amarla era increíble, si solo pudiera darle lo que ella necesitaba...

Luego de aquella espectacular entrada, siguieron teniendo sexo, para Javiera era un desahogo a su complicada vida, para Martín era hacer el amor con la mujer que amaba.

Después de un par de horas, Javiera se levantó de la cama y buscó su ropa apresurada, no podía permanecer tanto tiempo fuera de su casa o el personal de servicio podría comentarle algo a su marido.

—No te vayas Javi... —Martín rogó con tono dulce, necesitado.

—Olvidalo, no puedo hacerlo, ya sabes. —respondió molesta.

—¿Nunca va a cambiar nada entre nosotros?

—Tu sabías las reglas del juego y las aceptaste. No me vengas con estos chantajes emocionales ahora.

—Todo el mundo tiene razón, soy el único equivocado contigo.

—Hazle caso al mundo... es lo mejor.

Javiera salió de la casa de Martín bastante confundida, molesta. No era fácil para ella lidiar con los sentimientos que le provocaba ese chico, sin embargo, era más fuerte su necesidad de seguir su vida como estaba.

Los días pasaban y Martín sufría la ausencia en su vida de esa mujer, no podía pensar en no volver a verla.

Decidido a no dejarla escapar, la buscó en su casa, haciéndose pasar por un mensajero. Ahí se dio de bruces con la realidad. Ella vivía en una gran casa, con un amplio jardín, con gente a su servicio y él no era más que un simple cantante de bares, buscando un tardío éxito.

No pudo verla, según el personal de servicio la señora estaba fuera de la casa y fue lo mejor... No podría mirarla a la cara y entender que jamás ella dejaría esa vida, lo peor, él nunca sería el elegido.

«Qué más puedo inventarle al corazón
Cómo le explico que tú tienes otro amor»

Decidió dejarla ir, tomar el poco de dignidad que le quedaba e intentar engañar a su corazón haciéndole creer que estarían mejor sin ella.

Se dedicó solo a trabajar, aceptaba cualquier llamado, desde cantar en cumpleaños; hacer serenatas; noches en los bares, donde en más de una ocasión termino alcoholizado, al borde de las lágrimas, sin embargo, estaba decidido a no llamarla.

La ocasión de volver a verse fue en una fiesta en la que él fue contratado como cantante y Javiera, junto a su esposo, asistían como invitados.

Martín la vio y su corazón latía intensamente, sus manos sudaban, temblaba. Tuvo que apoyarse en una pared, respirar profundo y preocuparse solo de su actuación.

La canción que interpretaría lo reflejaba profundamente, era casi una biografía suya, así que miró a Javiera directo a los ojos, ella pudo sentir su mirada como si fueran rayos adentrándose en su cuerpo. Lo vio tan guapo vestido de traje negro y se quedó, por un momento, mirándolo fijamente.

—¿Qué le ves al *cantantucho* ese? —inquirió su marido cayendo en cuenta del cruce de miradas entre ambos.

—Nada, que le voy a ver yo a alguien como él —respondió a la defensiva.

La voz de Martín comenzó a sonar, en primer lugar, despacio, y subía de intensidad con cada frase, veía su reflejo en aquella canción: *Eligeme* de Luis Fonsi.

«Unos minutos y después te irás
Con unas gotas de perfume borrarás
Mis mejores besos, tu mayor secreto
Y a tu disfraz regresarás»

—No canta mal —comentó Cristian—. Tiene talento.

Javiera sonrió, para ocultar sus nervios, sabía que la canción era para ella, la letra lo decía todo...

«Cuántas lágrimas van a correr por tus mentiras...»

Luego de entonar esa canción se vinieron otras, en todas ellas mostraba su talento vocal y su capacidad histriónica. Javiera lo miraba -en ocasiones- con un dejo de tristeza. Ella quería a ese chico, pero era mejor tenerlo lejos, no podría tomar decisiones con la cabeza fría si lo tenía cerca.

Martín terminó su cometido y salió tras el escenario, tomó un vaso con agua y se quedó intentando pasar desapercibido. Se fue al baño y se afirmó en el lavamanos, respiró con profundidad y cerró los ojos. El golpe de la puerta lo sacó de sus cavilaciones. Abrió y se encontró de golpe con el marido de la mujer que amaba.

—Perdón, necesito el baño —habló el hombre—, creo que bebí demasiado *champagne*.

—Pase —habló Martín mientras salía para dejarle el espacio a él—. No tengo nada más que

hacer aquí.

Martín caminó buscando a la festejada para despedirse, le habían pagado por adelantado, por lo que podía irse de ese lugar sin ningún problema.

La vio hablando con Javiera y otras mujeres más. Dudó en acercarse, sin embargo, su ego lastimado decidió intentar vengarse. Se acercó a ellas, saludó a la festejada con un beso en la mejilla y a las demás solo con un ademán. Javiera lo miró extrañada y un poco celosa por la cercanía de él y su amiga, ya que Martín la tenía abrazada por la cintura.

—Querida —habló él—. Debo retirarme.

—¿Por qué no te quedas? —preguntó la interlocutora.

—Me esperan en casa —comentó mirando directamente a Javiera, quería que creyera que la había superado, que estaba bien, que tenía otro amor.

La rabia se mostraba en Javiera a través de sus ojos, no podía disimular su enojo y su amiga no entendía la situación.

Martín emprendió el camino a la salida, de manera lenta, lo hacía porque en su interior estaba tranquilo, hasta sentía cumplida su pequeña venganza. En ese momento, Javiera era quien lo imaginaba en brazos de otra, así como tantas veces él sufrió al saberla en brazos de su marido.

Javiera salió caminando, intentaba buscar a Martín para saber quién era esa mujer que lo esperaba, tenía claro que no debía pedir explicaciones, sin embargo, los celos la invadían. Todos sus pensamientos eran irracionales. Necesitaba salir de ese lugar, hablar con Martín, pedirle que no estuviera con otra mujer.

—¿En que piensas! ¿Eres estúpida? Sabes que podrías perderlo todo —hablaba a si misma esperando que su cerebro dejara de confundirla.

Las lágrimas de rabia inundaron sus ojos, estaba devastada, pero necesitaba volver a la calma.

—¿Qué haces Javiera? —preguntó a lo lejos su marido.

Ella respiró fuertemente para calmarse, se secó disimuladamente las lágrimas de sus ojos y habló sin darse vuelta.

—Creo que tomé mucho *champagne*, necesitaba salir antes de dar un espectáculo —habló disimulando sus nervios—. Enseguida regreso, ya me siento mejor.

—Te espero, no es posible que este ahí solo, la gente espera verte a mi lado, como mi esposa que eres.

—Dame unos minutos, voy al baño y te busco.

—Tienes dos minutos y te quiero sonriente, nada de malas caras, ya sabes que es lo que debes hacer, no tengo por qué estar recordándote.

Se alejó caminando lentamente, Javiera esperó a sentirlo lejos y se volteó. Caminó rápido hacia el baño intentando pasar desapercibida y lo logró. Miró su rostro en el espejo, intentó borrar todo rastro del llanto y en su interior afloró la máscara que usaba para poder seguir su vida como la había planeado. Salió al exterior y se fue al lado de su marido, sonriendo, como sabía que debía hacerlo. Hizo exactamente el papel que debía, cumplió con su trabajo.

Al volver a casa, Cristian estaba más relajado, sus negocios iban bien, intentaba invertir en otros ámbitos, ya que ser productor musical no le daría por siempre para llevar la vida que estaba acostumbrado y todo estaba funcionando bien, eso lo tenía tranquilo.

—Ese cantante de la fiesta —comentó mientras manejaba su auto último modelo—, no era

malo, es más, es bastante bueno, voy a ver si se puede hacer algo con él. Tiene carisma, canta bien y hace rato que no tengo a un cantante de ese estilo en la firma.

Javiera se sorprendió con las palabras de su marido, no podía llamar a Martín, no debía hacerlo.

Sería imposible convencer a Cristian sin develarse, por lo que, debía hablar con Martín y suplicarle -si es que fuera necesario- que rechazara la oferta de su marido.

Martín llegó a su departamento y se sacó la ropa formal con la que andaba, no era su costumbre andar (vestir) así, pero el pago por cantar en ese evento había sido muy bueno y le permitiría unos meses de tranquilidad.

Ver a Javiera lo afectó, tan linda como era, sobresalía del resto o eso pensaba él, que la amaba...

Se puso un pantalón deportivo y con el torso desnudo caminó a la cocina a buscar una cerveza; luego, se acercó a su guitarra y decidió tocar un poco, necesitaba relajarse y ojalá dejar de pensar en ella. Estaba seguro de que no lo lograría...

«Unos minutos y después de irás
Con unas gotas de perfume borrarás
Mis mejores besos, tu mayor secreto
Y a tu disfraz regresarás»

La canción lo reflejaba tanto, era como si él la hubiese escrito.

Terminó de cantarla, se bebió lo que quedaba de su cerveza y se fue a acostar, necesitaba dejar de pensar en lo que no podía ser.

Al día siguiente, despertó temprano, preparó un café y se dispuso a revisar lo que haría en las clases del taller de música que impartía en un colegio, eso le ayudaba a mantenerse, junto con cantar en bares y locales comerciales. Miraba distraído las hojas mientras bebía café. Eso hasta que unos golpes en la puerta lo distrajeron.

Abrió la puerta y Javiera estaba ahí, mirándolo nerviosa.

—¿Qué quieres? —preguntó molesto—. Se supone que nunca más vendrías por aquí, tu vida es perfecta, no me necesitas...

—Martín, necesito pedirte algo.

—¿Qué quieres? Dilo de una vez y ándate.

—Mi marido quiere hablar contigo, le llamó la atención tu voz y al parecer quiere proponerte que grabes con él. Tienes que decirle que no.

—¿Qué? —habló extrañado—. Así que a tu marido le gustó mi voz y quiere proponerme trabajo.

—¡Sí!, pero no puedes aceptarlo.

—¡Estás loca! ¿Oyes lo que me pides? ¿Quieres que deje la única posibilidad de triunfar?

—No puedes trabajar con él —señaló molesta—. Si me quieres de verdad vas a rechazar esa

oferta.

Ella estaba convencida que podría hacerlo desistir y lo haría como fuera.

—Olvidalo Javiera, si tu marido me propone trabajo lo voy a aceptar.

—¡No puedes hacerlo! —. Se lanzó a sus brazos y lloró en su hombro, en una actuación digna de un premio de la academia.

Martín no podía escucharla llorar, sin embargo, se daba cuenta del egoísmo de Javiera.

La soltó mientras ella se aferraba a él, no quería soltarlo.

—Nunca dejas de pensar en ti... Solo esperas que desista del gran sueño de mi vida para que tu marido no pueda descubrir que ha sido un cornudo por años.

—No es así —dijo enojada—. No es por eso.

—¿Entonces por qué? —Martín estaba furioso, no reconocía a la mujer de la cual se había enamorado tan profundamente, sabía que era egoísta, pero nunca pensó que tanto.

Ella lo besó, de manera demandante. Si el sexo era la forma de ganar lo haría, así que usó todos sus encantos para que el joven cantante desistiera de aquel ofrecimiento.

Martín se emborrachó de ella, aunque estaba seguro del porqué de esa entrega extrema, sin embargo, tomó lo que le daban.

La aprisionó contra la pared y, sin siquiera medir sus movimientos, le subió el vestido y le bajó la ropa interior, con una mano liberó su miembro y con la otra sujetaba las manos de Javiera, sería el quien llevaría en mando de ese acto sexual y sería primitivo e irracional. Sin soltarle las manos la dio vuelta y se puso tras ella. Buscó su hendidura y entró en ella sin contemplaciones, fue rudo y ella gritaba de placer, estaba altamente excitada por ese hombre que entraba y salía de ella de manera fuerte, aunque no podía ver sus ojos, estaba segura de que lograría convencerlo.

Martín se dejó llevar por su propio orgasmo sin pensar en ella, no uso preservativo y no le importó. Esa era su forma de despedirse de ella.

Salió de su interior y caminó hacia el baño.

—Cuando salgas cierra la puerta —habló de manera agresiva—. Y no creas ni por un segundo que me convenciste.

Ella se sintió frustrada; no tuvo un orgasmo, él fue agresivo y aun así no consiguió su propósito, debía pensar en algo.

Los días siguientes fueron extraños para Martín. El marido de Javiera lo llamó para concretar una reunión y lo citó en su casa. Martín estaba decidido a ir, aunque Javiera lo odiara, esa era su oportunidad y no la desaprovecharía.

Pidió un Uber y se dirigió a la casa que compartían Cristian y Javiera, al llegar tocó el timbre y una mujer lo hizo pasar, le pidió que esperara en la sala.

Javiera bajó en primer lugar, lo miró como pidiéndole explicaciones, ella no sabía que él estaría ahí, fue toda una sorpresa.

El chico solo la miró sin dar ningún tipo de explicación, ella no se las merecía y él estaba decidido a forjar su futuro, aunque eso significara tener que ver al marido de la mujer que -a pesar de todo-, seguía amando.

Cristian bajó rápidamente las escaleras y le ofreció un vaso de whisky. Martín lo rechazó aduciendo que era muy fuerte para él, pero Cristian le dijo que los negocios se hacían con alcohol fuerte. Cristian bebió su vaso de una sola vez, mientras que el joven lo bebía despacio, ya que el

licor quemaba su garganta. Sin darse cuenta, terminó con el alcohol del vaso.

Después de unos segundos, Martín comenzó a sentirse cansado, con mucho sueño y estaba seguro de que ese no era un efecto del whisky.

—¿Qué pasa? Estoy un poco mareado —preguntó desconcertado.

—Eso es el efecto de un somnífero —respondió con sinceridad Cristian—. No sabes con quien te metiste.

—¿Por qué dices eso? —Javiera hablaba intrigada.

—¿Pensaste que nunca te descubriría querida?

Javiera se dio cuenta de que su marido había desentrañado toda la verdad, esa que intentó ocultar. No sabía qué decir, ni qué hacer.

—No es lo que crees... —habló nerviosa—. Nada es lo que parece.

—¿Crees que soy estúpido?! —gritó el hombre mientras Martín observaba la escena sin poder hacer nada, estaba inmovilizado producto del sedante—. Todas esas idas a correr los domingos, todas esas salidas misteriosas, todo... lo sé todo.

Javiera se acercó a su marido para intentar contenerlo, sin embargo, Cristian sacó un arma de su bolsillo.

—¡Ni se te ocurra acercarte, maldita perra! —Cristian estaba descontrolado, ni él se reconocía, ya que no le dolía tanto perder a Javiera, sino la traición, nunca nadie le había jugado tan sucio como esa mujer y durante mucho tiempo la amó con el alma, habría dado su vida por ella, sin embargo, ella lo había traicionado.

—¡Por favor! ¡No hagas nada! —gritaba la mujer desesperada.

—¿Lo proteges?! ¡Te lo di todo! ¡Una vida de lujos! ¡Todo lo que deseabas! Y me pagas de la peor forma.

—No es así... —comentó con la voz gastada por los nervios que la seguían invadiendo—. Te amo a ti, esto nunca fue nada importante.

Martín escuchaba esas palabras y le dolían, nunca lo habría elegido, estaba seguro de eso.

—Toma. —Cristian le extendió la pistola a Javiera—. Si es así como dices le vas a disparar.

—Pero... —ella se mostraba incrédula, no esperaba que su marido tomara esa decisión.

—¿Quieres que te crea?! ¡Hazlo! ¡Dispara!

Ella temblaba, ni siquiera el terremoto más grande se equiparaba al temblor de su cuerpo cuando recibió la pistola de manos de su esposo. Su cabeza divagaba, de un lado estaba todo por lo que luchó, en contra de sí misma en ocasiones, para verse libre de la pobreza material y por el otro lado, estaba aquel chico que logró conquistarla con canciones románticas y su personalidad tierna...

Javiera tomó la decisión que haría que su mundo cambiara en ciento ochenta grados. Miró la pistola y la disparó hiriendo a Martín en el pecho.

Se acercó a él llorando para pedirle que la perdonara. Cristian la observaba con una mirada reprobatoria.

—Solo quería que me eligieras a mi... nunca quise nada más, solo que me quisieras... Javiera. ¿Por qué me hiciste esto?

Martín cerró sus ojos para no verla, si iba a morir prefería recordar cosas felices, como su infancia y esos largos paseos por la playa con sus primos, ver el atardecer cuando el sol se

escondía en el mar, esos fueron sus últimos recuerdos antes de cerrar los ojos y despedirse del plano terrenal.

Javiera dejó caer la pistola al lado del cadáver de Martín. Nunca se perdonaría lo que acababa de hacer...

—Bien, déjame llamar a la policía. Diremos que fue un robo y que tú te defendiste, yo hablaré, tu no digas nada. Solo siéntate.

Ella obedeció y se sentó en el sillón de la sala. Había tomado su decisión, ahora debía asumir las consecuencias de estas mismas decisiones y de sus propios actos.

Observaba el cadáver de Martín y no aguantaba las ganas de llorar, las lágrimas salían a borbotones de sus ojos y el arrepentimiento no la dejaba en paz.

Tomó la pistola del suelo, ya en sus manos, la observó y decidió acabar con la fuente de su sufrimiento.

Cristian no pudo hacer nada; la observó mientras ella apretaba el gatillo y caía al suelo.

Eligió su destino.

Te Equivocaste

(Cristina Brenes)

Te equivocaste... Te reíste cuando hablamos de extrañarme. Te quisiste hacer como siempre el importante. Tu estrategia infalible pisoteé.

Te equivocaste... Pensaste que yo siempre iba a necesitarte. Hoy resulta que nadie es indispensable. Y planeabas regresar como si nada con tu cara de perdón. Qué bueno que volviste. Tenía muchas ganas de decirte que no.

Te equivocaste. Yuridia.

—¡Despierta, princesa, es tarde!

—Mmmm...

—Debbie, preciosa..., pasan de las diez.

—Toño... ¿Qué... qué haces en mi habitación? —preguntó Débora desconcertada, levantándose en el acto y, al darse cuenta de su desnudez, haló la sábana para cubrirse.

—Es el mío y ésta —señaló lo obvio— es mi cama...

Cabizbajo, se levantó y le dio la espalda. Desde que le hizo el amor a esa mujer que había dormido en sus brazos, habían pasado pocas horas. Sin embargo, se dio cuenta de que ya la estaba empezando a amar

Antonio comprendió que la borrachera de la noche anterior le provocó casi un coma etílico y olvidó que fue ella quien lo buscó, se le insinuó y casi le rogó que la hiciera suya y él, como un torpe enamorado, volvió a abrirle las puertas de su casa y de su corazón.

El día anterior, la firma Dolce & Gabbana promovió la fiesta del año, luego del lanzamiento de su colección otoño/invierno. Las celebridades más populares y los altos ejecutivos de la moda se vislumbraban entre los concurrentes. La prensa nacional e internacional estaba presente televisando hasta el último detalle y el canal de E Entertainment, transmitía en vivo desde la alfombra roja.

Una a una, iban desfilando estrellas de cine, música, teatro y modelos de todas las agencias del país y del extranjero. De pronto, ahí estaba frente a la pantalla, en un vestido de transparencias en tonos nude y negros de Dior que combinó con una sencilla coleta y espectaculares pendientes dorados. No tenía nada que envidiarle a cuanta modelo que pasaba a su lado. Incluso uno que otro periodista la asechó para entrevistarla.

¿Has modelado antes? Ante esas preguntas Débora les correspondía con una sonrisa.

Cuando Antonio la vio, su único pensamiento fue: “Es tan hermosa”.

Débora Reynolds era una de las mujeres más bellas que había visto en su vida. De hecho, solo una mujer antes le había hecho sentir lo que esa rubia altanera le provocaba.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que una mujer fuera la causa de tantas emociones en su vida. Años en los que le había negado a su corazón latir desbocado como lo hacía en ese momento; sonreír como un bobo quinceañero, al verla a través del plasma. Sonrisa que se apagó en un dos por tres, en el mismo instante en que notó quién era el acompañante misterioso que se había negado a revelar días atrás, cuando conversaron cerca de la fecha a la pasarela y de las puertas que se le abrirían, con todos los contactos que haría ese día. Ejecutivos de las más famosas casas de modas.

A su lado estaba Gino Capella, el dueño de la agencia Elite, para la que ella trabajaba y donde él era uno de los modelos. El viejo la sujetaba de la cintura con una confianza más allá de la que un patrono y una colaboradora deberían de demostrar en público. Prácticamente, estaba confirmando ante sus ojos lo que ya desde hacía un tiempo atrás tenía sospechas, y delante de todo el mundo, no solo los presentes, también los que, al igual que él, seguían la programación del canal que transmitía a nivel mundial, que ella era su “cana al aire”.

El apellido Capella en la ciudad de New York, era una de los más respetables y el peso de poseerlo recaía en los hombros del mayor de la familia. Por un lado, magnates en la industria de la moda y por el otro, en la orfebrería. Capelline era la joyería más exclusiva de la gran manzana; con sucursales en los países más influyentes, desde Italia, Francia, España y gran parte del medio oriente; y, si, por si fuera poco, a toda esa gran imagen también destacaba el ser nombrada la familia con los más altos estándares y principios morales; al menos así fue, con la generación anterior a la del distinguido Gino Capella, el gran padre y esposo que estaba en ese mismo momento declarando ante todos, que la mujer que le robaba a Antonio todos y cada uno de sus pensamientos, era la de turno del magnate del modelaje.

Una vez más, el corazón traicionero de Antonio se equivocaba.

Apagó el televisor y prendió el minicomponente. La voz fuerte e imponente de una mujer que cantaba en español llamó de inmediato su atención. Era poco lo que sabía del idioma, pero de las pocas palabras que comprendió, fueron como un WhatsApp a su corazón. El mensaje le llegó directo y atravesó su pecho. Parecía que eran dedicadas a él. De inmediato se dio a la tarea de buscar quien era la interprete. Buscó dentro de sus cajas viejas un diccionario inglés/español para entender cada palabra. Durante toda la noche escuchó la melodiosa entonación de cada estrofa.

Ya en horas de la madrugada, aún despierto, pero acostado sobre las sábanas de su cama, tarareaba la letra de la canción que más mella hizo en su ser...

“Estás acostumbrada a lastimar sin intención... A jugar con las palabras, las personas y el amor...”.

Cambió el género de las palabras como si fueran dedicadas a una mujer y él se la estaba dedicando con toda el alma a la desalmada que jugaba con él.

La luz parpadeante de su celular interrumpió su interpretación. Sabía quién era la única persona que era capaz de llamarle a esas horas, pero le entró la curiosidad por saber el motivo que la llevaba a hacerlo. En especial porque, horas antes, se suponía estaba en muy buena compañía o eso era lo que le pareció. De un salto salió de su cama para alcanzar el aparato que se cargaba sobre el escritorio y al tenerlo entre sus manos, se debatió entre atender o no, hasta que la llamada se cortó. Dejó el aparato en su lugar y ya iba de vuelta a su cama, cuando

la luz volvió a anunciar la llamada entrante. Consciente de que, si no atendía las llamadas, seguirían una y otra vez, toda la madrugada.

—¿Qué quieres?

—Antoniooooo... —dijo arrastrando la “o”. Se notaba a leguas que el alcohol corría por su torrente sanguíneo—. Toñito, ábreme... Estoy abajo... Toñito, mi amor...

—Débora, vete a tu casa o a la de Capella. Ohhh, es verdad, no puedes ir a molestar a esa, de seguro a la mujer del hombre no le hace gracia hacer un trío contigo.

—Toñito, no seas así... tú sabes que te amo y tú también me amas... no me dejes aquí en la calle...

Antonio colgó el celular y se dispuso a dormir.

Vuelta tras vuelta en la cama y el sueño no llegaba. Se levantó, se encaminó hasta la cocina y abrió el refrigerador para servirse un vaso con agua. Al fondo de la primera rejilla, la caja de pollo frito le llamó la atención y le despertó el apetito, su estómago así se lo hizo saber. La sacó y prácticamente estaba congelado. Lo metió al microondas y dejó el vaso con agua en una de las encimeras. Cambió el agua por una cerveza y al momento de empujar con el pie la puerta del frigorífico, un sonido extraño llamó su atención. Dejó todo en la encimera y se fue en busca de la causa. Al llegar a la sala, el ruido de nuevo se escuchó y descubrió que provenía del corredor. Se asomó por la mirilla y no vio a nadie frente a su puerta. Lo dejó pasar y regresó por su cena de más de medianoche, el ruido se escuchó más cerca y acompañado de un quejido que, definitivamente, llamó su atención. Abrió la puerta sin ningún miramiento y la culpable, que estaba sentada contra la entrada, cayó de espaldas en el recibidor.

Una risa tonta salió luego de tratar de decir algo y de levantarse al mismo tiempo y volvió a irse de espaldas. Varias veces lo intentó y la última vez que lo hizo, su mano resbaló, haciendo que se golpeará la cabeza contra el perfil del marco de la puerta, lo que hizo que Antonio reaccionara preocupado. La levantó entre sus brazos antes de que volviera a rebotar contra el suelo.

—Yoooo... puedo sola... Bájame. —La lluvia de manotazos contra su pecho fue el inicio de la batalla que se desató después, cuando la llevó hasta la habitación. Al dejarla en la cama y antes que pudiera alejarse lo suficiente, Débora se le colgó del cuello y de forma torpe quiso provocarlo para que le besara.

El aroma a alcohol inundó las fosas nasales masculinas y le provocó unas desagradables náuseas. La tomó de las muñecas y la apartó de su cuerpo lo suficiente para recostarla y con más fuerza de la que necesitaba le dejó caer las manos a sus costados.

—¡Bruto, me lastimaste! —le gritó al tiempo que se acariciaba donde la había sujetado antes y trataba de levantarse.

No quiso contestarle, solo se quedó viendo la imagen que tenía al frente y la comparó con la que vio antes a través de la pantalla del televisor.

El cabello ya no lucía arreglado y el maquillaje se había corrido por todo su rostro. Su vestido estaba desgarrado en varias partes y el ruedo estaba sucio, como si lo hubiese arrastrado por un charco.

—Vamos, hay que limpiarte la cara, sino mañana lucirás como un mapache.

—Déjalo así... qué te importa cómo luce mi rostro si igual no quieres besarme. A nadie le importa si me arreglo o no, igual por las noches paso sola en mi cama.

Su comentario entristeció a Antonio. Sintió pena por la rubia frente a él, se escuchaba dolida, como si la hubiesen humillado, y él no la estaba tratando de la mejor manera. Volvió a acostarla y con cuidado tomó sus pies, para sacar sus zapatos, que dejó a un lado. Se encaminó hasta su armario y tomó una de sus camisetas y con un gran esfuerzo, logró sacar el carísimo vestido o por lo menos lo que quedaba de él, porque de algo sí estaba seguro y era que ese vestido no vería una segunda puesta. Le colocó la camiseta y volvió a acostarla en el lado contrario al que él solía dormir.

Del cuarto de baño sacó una toalla de mano, la humedeció con agua tibia y le impregnó uno de los aceites que le habían obsequiado de muestra para hacerse limpiezas faciales.

—Esto debe servir, si funciona para limpiar la piel, también debe hacerlo para quitar toda la merula que tiene encima—. Al regresar, Debbie estaba casi en estado comatoso. Se sentó a su lado y con una delicadeza más allá de la que antes utilizó, le tomó el rostro y le limpió las huellas de lo que fue maquillaje.

Débora, por su parte, apretaba los ojos al sentir la toalla rozar su piel y dejaba salir de unos quejidos quedos que despertaron todos los sentidos en Antonio, pero se contuvo. Lo suyo no era la necrofilia.

Al terminar, pensó que un vaso con agua no le caería mal, pero el ronquido que salió del pecho femenino le hizo desistir. Sin más que hacer, dejó todo en la canasta de ropa sucia y se acostó del lado de la cama en la que acostumbraba a dormir. Antes de apagar la luz de lámpara, arrojó de nuevo a Débora y se giró dándole la espalda.

Podría haber pasado una hora o cinco minutos, no sabía bien, pero el sueño le pasó factura. De pronto, sintió que el aire le faltaba y despertó sobresaltado, para descubrir la figura femenina despojada de la camiseta que antes le había colocado. Las sábanas las tenía enredadas en su cuello y ella batallaba para girarlo sobre su espalda. Tuvo que ayudarle a darse la vuelta para no terminar ahorcado. Una vez logrado su objetivo, Débora magistralmente subió hasta su cadera y acarició con su cuerpo desnudo el del hombre que la veía con el estupor de sentirse asfixiar y por lo que trataba de hacer la mujer sobre él; al acercarse a su rostro, él pudo notar que el aliento femenino ya no hedía a alcohol sino a la menta de su dentífrico.

Rechazarla fue su primera intención, pero el juego de seducción de Débora le estaba ganando la batalla y aunque su mente decía una cosa, su cuerpo reaccionó y decidió otra.

Audaz y raudo tomó a la mujer por la cintura y la giró, dejándola bajo su cuerpo. Se desprendió de su pantaloncillo y sin preámbulo se hundió en el interior caliente y húmedo que le recibió. La satisfacción que experimentaba cada vez era como si fuera la primera, aunque ya llevaban en ese mismo juego casi un año.

Antonio no podía negar que la deseaba. Que hacerle el amor a ese cuerpo delgado de piel tersa era una de las mejores cosas que la vida le ponía al frente y era suficiente para él. Los minutos pasaban y parecía que no acabarían de saciarse el uno del otro. Hasta que, exhaustos, cayeron en los brazos del otro, dormidos.

—Levántate de una vez. Es tarde, tienes la reunión para el casting de Dolce. Te esperan a las once y ya es hora de que, de una vez por todas, me consigas trabajos decentes. Gánate la comisión que me descuentan por mes de mis ganancias como debe ser y dejar de cobrarte con favores sexuales.

—¡Estúpido, grosero e imbécil! —le gritó al salir de la cama envuelta con las sábanas. Antes de entrar al baño, vio el vestido del día anterior dentro del cesto de la ropa sucia. Lo tomó con la intención de usarlo y salir corriendo hasta su apartamento, tomar una ducha rápida y volar hasta las oficinas de Marc Jacobs.

—¿Crees que sea buena idea que uses el traje de ayer? Todos lo vieron ayer, además de otras cosas. Tampoco creo que sea buena idea que aparezcas vestida en traje de Eva.

—Estúpido.

—Seré muy estúpido y todo lo que quieras, pero te aseguro que vas a extrañarme el día que ya no conteste tus llamadas o que, al llegar, como llegaste ayer de ebria, no te abra la puerta o que del todo, ya no me encuentres.

—Sigue diciéndolo. ¿Cuántas veces van con estas que lo dices? ¿Dos, tres, cinco? Anda con tu cantaleta a alguien más. Golpes de pecho deberías de darte de tener a una mujer como yo a tu lado y no la insulsa que te rompió el corazón.

Débora se calló al ver el top del vestido desgarrado. Trató de recordar qué ocurrió y su cabeza dio de giros y tumbos. Su mente estaba en blanco.

Antonio guardó silencio por un motivo distinto. Las lágrimas salieron sin proponérselo. Debbie sabía exactamente cómo golpearlo dónde más dolía. Él confió, en un momento de debilidad, de soledad, en el que se sentía susceptible, y le contó su pasado. Su mal de amores y sus dudas respecto a ese sentimiento que ya había hecho mella en su corazón.

Prefirió hacer la de los cobardes y sin bañarse siquiera, se calzó y se puso una remera encima, tomó las llaves de su auto y salió huyendo de su propio apartamento. Después de todo, Débora al salir solo debía cerrar la puerta, ya dejaría instrucciones en la recepción del edificio para que le avisaran cuando la vieran salir.

Al salir del baño, Débora se encontró sola. Se sintió mal al darse cuenta de que había vuelto a herir a Antonio, pero no tanto como la herida que le causó recordar como Gino Capella la había humillado una vez más. No aprendía la lección y seguía permitiendo que él hiciera con ella lo que quisiera, solo por tomar ventaja de su experiencia y de sus contactos en el campo del modelaje.

Se dejaba utilizar para alcanzar una meta personal y estaba arrastrando con ella a otros como lo hacía con Antonio. Sabía que le había *jalado mucho la cola a la marrana*, como dicen por ahí, al hacer con él, lo que hacían con ella, aprovechándose de los sentimientos que sabía despertó en él.

¿Y si era cierto? ¿Qué pasaría si algún día él ya no estaba para ella? ¿Que un día llegara y él no estuviese más para ella al otro lado de una línea telefónica o de una puerta?

—No seas ingenua, ni hagas un mundo de una estupidez como esa. Antonio te necesita más de lo que tú a él.

Antonio vagó por casi una hora hasta llegar a una de las zonas más alejadas de Los Ángeles. Un pequeño mall llamó su atención. Se veía discreto y aunque no tenía muchos trabajos a su haber, ya era conocido en algunos establecimientos de perfumerías y tiendas departamentales, al ser el modelo de la última campaña de Hugo Boss.

Entró al parqueo y de la guantera sacó unos lentes oscuros, se vio en el retrovisor y acomodó un poco su cabello, respiró profundo y el aroma a sexo se hizo presente, así como la imagen de Debbie contorsionándose entre sus brazos, aceptando cada uno de sus envistes profundos y caricias. Sintió de nuevo el ardor que las uñas femeninas dejaron en la piel de su espalda, el temblor de las piernas que le rodeaban la cadera al alcanzar el éxtasis y las palabras de amor que

en su mente existían, pero que no se atrevía a pronunciar por temor al rechazo.

Ser consciente de que Débora jamás lo tomaría en serio, cuando su mayor oponente era el hombre que ella quería a su lado, no por amor, porque sabía que no era ese el sentimiento que sentía por él; sino por ambición. Nunca había conocido a alguien con tanto apetito de éxito. Arrasaría primero con cualquiera que se interpusiera en sus sueños y metas.

Dejó de lado las imágenes, en su cuerpo ya se hacía evidente el deseo y la excitación. Inspeccionó el parqueo bajo techo y cerca de los elevadores descubrió el cuarto del conserje, del que salía un hombre en un mono de mantenimiento. Salió del auto y, sin vergüenza alguna, lo alcanzó y le solicitó poder hacer uso de la ducha. Le inventó un cuento, en el que venía de ponerle los cuernos a su esposa. Llegar en ese estado a su casa era de seguro que lo descubrirían y, como entre hombres se entienden, ya saben *son compas* y se encubren todas las cochinadas, le ayudó.

Fresco por la ducha fría que había tomado, caminó entre los pasillos del mall. Vio tiendas y de pronto el aroma a café removió su estómago, recordándole que no había desayunado. Caminó hasta el *Starbucks* en donde ordenó un expreso americano y un alfajor. Sentado en una de las mesas externas disfrutaba de su bebida caliente cuando la vio. Lucía igual a la última vez, en su natal Iowa, cuatro años atrás. Era ella, su antiguo amor y la causante de su escepticismo hacia ese sentimiento y al sexo femenino.

Dejó a un lado su dulce y bebió de un sorbo el resto de su café; corrió hasta alcanzarla y sin que le escuchara le tapó los ojos por la espalda como lo hacía cuando eran novios.

Asustada, pero no de que la tomaran por sorpresa, sino por reconocer esa maniobra, lo nombró.

—¿Antonio?!

—Hola pequeña —le saludó temeroso.

—Que sorpresa, ¿qué haces en Los Ángeles?

—Lo mismo iba preguntarte. ¿Qué hay de tú mamá y tu hermano?

—No los veo desde que me fui —dijo apesadumbrada, bajando el rostro para esconder la vergüenza y las lágrimas de indignación de verse descubierta al no saber nada de su propia familia. En especial, por estar frente al hombre al que más daño le había hecho. Escogió un estilo de vida y una idea de lo que se suponía tendría un felices para siempre al lado de alguien más y que no se llegó a dar.

Limpió su nariz con el dorso de su mano y levantó la vista hasta los ojos oscuros que una vez sintió le escudriñaba el alma.

—No hagas caso a mis cambios de humor. Pero dime, ¿qué ha sido de tu vida?

—Soy modelo.

—¿Modelo? ¿Me estás jodiendo? ¿Y eso cómo pasó?

—Tomemos un café y te cuento la historia.

Caminaron hasta el mismo Starbucks en el que estaba cuando la vio. Era ya casi el mediodía y la temperatura aumentaba. Antonio ordenó un café frío y su acompañante un Green té Lemonade, su favorito. Detalle que él recordó de los gustos de su acompañante. Ocuparon una de las mesas en el exterior y Antonio se decantó en contar todo de su vida, desde que se separaron, con el mayor de los detalles.

Tres horas después de escuchar fascinada, de preguntar hasta decir basta acerca de todo, incluyendo de su madre y su hermano, porque sabía que él sí tendría más noticias de ellos que ella

y, cuando lo hizo, no pudo evitar que las lágrimas brotaban y corriera libres por su rostro.

Poison de Rita Ora se escuchó y Antonio sacó su celular y lo silenció. Odiaba esa canción, pero la escogió para identificar las llamadas de Débora. Dejó el celular sobre la mesa y trató de retomar la conversación.

La luz intermitente les volvió a interrumpir en varias ocasiones después de eso.

—Creo que deberías de contestar. No insistirían tanto a menos que sea algo urgente, ¿no crees?

Se disculpó con su amiga y se alejó apenas unos pasos para atenderle.

—¿Qué quieres?

—Podrías saludar al menos —le reclamó Debbie al otro lado de la línea.

—No estoy para tus estupideces, si no tienes algo importante que decir que se relacione con trabajo, no hay nada de lo que tenga que hablar contigo.

—¿Dónde estás? Sé que no es en tu apartamento. Vengo saliendo de ahí y el amargado de tu portero dijo que no estabas y tampoco me dejó subir. Tienes que firmar de inmediato unos papeles. Logré el contrato con Dolce y si no lo haces de inmediato, se lo ofrecerán a alguien más.

Sin más remedio, pero emocionado por saber que había logrado al fin un buen trabajo, tuvo que revelar su ubicación.

—Estoy en el Starbucks cerca del Sunset, aquí espero. —Colgó la llamada y luego se giró hasta ver a su compañera de mesa y sonrió. Estaba sentada con las manos bajo sus piernas, con una coleta alta y totalmente ajena a lo que ocurría a su alrededor. Movía las piernas para adelante y atrás, como si fuera una infanta. Seguía siendo la misma niña de la que se había enamorado. Igual de linda, pero su corazón no era el mismo. ¿Qué era lo que realmente sentía por esa señorita? ¿Amor? ¿Ternura? ¿Cariño?

Volvió con ella y trató de averiguar qué había sido de la vida de ella. Todas sus preguntas anteriores las eludió y estaba seguro de que algo ocultaba. Físicamente seguía igual, pero su mirada era distinta. La inocencia seguía ahí, oculta, pero en sus ojos había otra verdad.

—Bueno, ahora es tu turno de confesarte ¿qué has hecho? ¿A qué te dedicas? ¿En dónde vives? —Dudó mucho en hacer la siguiente pregunta—. ¿Te casaste? ¿Tienes hijos?

—Trabajar. Haciendo esto y aquello. Vivo muy cerca de aquí, pero ni creas que es un lugar de lujo como el que, imagino, debes tener por casa ahora que eres un “*Top Model*” —encasilló la expresión haciendo comillas con sus dedos.

No quiso contestar más y trató de desviar la atención de ella. Siguió haciendo bromas de la nueva profesión de su antiguo amor. Imitaba gestos y expresiones que sabía hacían los modelos, que provocaban las carcajadas entre ambos, logrando acaparar la atención de los recurrentes.

El rato pasó hasta que la chica distinguió a una rubia engalanada con un traje sastre, maquillaje perfecto y zapatos Jimmy Choo. Su amor por el calzado hizo que los reconociera de inmediato.

Débora, por su parte, al ver a Antonio con esa desconocida, en esa actitud tan desenfadada, sintió cómo el ácido le subió desde el estómago hasta casi alcanzar su boca. Caminó de forma altiva hasta ellos y se presentó.

—Buenas tardes, soy Débora Reynolds, la representante de Antonio y ¿usted es?

El comportamiento de Débora hacia su amiga hizo que a la sangre le hirviera a Antonio, que se levantó y la encaró.

—¿Qué demonios te pasa? ¿Por qué esa actitud? Como lo acabas de decir, solo eres mi

representante, no mi dueña. Déjala en paz. Tu problema es conmigo, con nadie más.

Por el rabo del ojo, notó que su acompañante se levantaba de la mesa y se giró hasta ella.

—Pequeña, no te vayas. Dame solo unos minutos y seguimos en nuestro viaje en el tiempo, explorando recuerdos de nosotros. Por favor, quédate ¿sí? —Tenía sus manos entrelazadas y ante una petición tan conmovedora, sonrojada asintió y se volvió a sentar en su lugar.

Débora sintió que el piso temblaba al escuchar la expresión que usó. Sabía que solo a su exnovia llamaba de esa forma y se dio cuenta de que esa mujercita, sin clase e insignificante, era la mujer que le había roto el corazón años atrás.

Antonio sujetó el codo de Débora e intentó alejarse con ella, pero esta se liberó del agarre masculino y se sentó en la silla que antes ocupaba su cliente y enfrentó a la joven, a Antonio no le quedó más remedio que halar una silla de la mesa de al lado y sentarse en medio de las dos mujeres que con las miradas se destazaban la una a la otra, declarándose la guerra entre ambas.

—Discúlpame, pequeña. Tengo que ver este tema del contrato con mi agente y luego podemos hacer lo que quieras. Todo mi día es tuyo, tenemos que terminar de ponernos al día.

Pasaban los minutos y Débora no le quitaba los ojos de encima. La ex de Antonio, empezaba a ponerse nerviosa.

—Niña, ¿a qué te dedicas? ¿Qué haces por la vida? ¿Eres al menos alguien que sabe cómo ganarse la vida y no ser solo un parásito para la humanidad? Debo admitir que tienes facciones intrigantes, pero el resto de ti es simple, sin nada extraordinario si puede decirse. Claro, no es por ofender, pero, por tu ropa gastada y la bolsa que tienes a tus pies que es de la tienda de segunda mano que hay en este Centro Comercial, podría decir que lo máximo que puedes ser, es a cajera de supermercado.

El comentario molestó a Antonio que palmoteo la mesa y ambas mujeres brincaron asustadas ante el exabrupto. Agarró los papeles que había en la mesa y los tiró en dirección a Débora. Le extendió la mano a su amiga con el afán de sacarla de ahí, pero ella no se la tomó. Estaba inmutada ante la actitud de aquella mujer. Por el intercambio de antes y al ver el comportamiento entre Antonio y esa mujer prepotente, pudo deducir que entre ambos existía algo más que una relación de negocios.

Rechazó la mano extendida alejándola de forma respetuosa. Se levantó de la mesa y se encaminó en dirección a los servicios sanitarios. Necesitaba refrescarse el rostro, de lo contrario, explotaría por la furia contenida que le bullía en su interior, pero que, por educación, al menos de su parte, no hizo una escena como la que se daba en la mesa que dejó atrás.

Se recriminó al ver lo torpe que había sido al dejar olvidada la bolsa que quedó en el suelo, al lado de su silla. De lo contrario, se hubiese escabullido, dejando aquellos dos solos con sus problemas. Ella no tenía cabida ni vela en ese entierro.

Sin más remedio, después de empaparse tantas veces como necesitó el rostro para calmar el fuego de su interior, salió a recoger sus pertenencias y a tan solo unos pasos para llegar a la mesa, notó que se libraba una batalla entre su amigo y la representante, parecía una guerra de animales depredadores que se atacaban con palabras, pero que se notaba que en cualquier instante sacarían las garras para atacarse a la yugular del otro. Tuvo temor de llegar hasta ellos, pero necesitaba la bolsa que dejó.

Se acercó discretamente con la intención de recuperarla y salir huyendo de aquella escena.

—Estúpido, ¿en serio creíste que me voy a echar a morir si te vas?, ¿que lloraré como Magdalena por tu rechazo? Por favor, no eres más que otro que sirvió para quitarme las ganas ¿o

acaso creíste que me convertiría en tu mujer? Tampoco te creas que eres el mejor de los amantes, mejores he tenido a mi haber. No entiendes que eres tú quien me necesita si es que quieres llegar a ser alguien en este medio.

—Suenas muy segura. Hasta podría decirse que te lo crees. Eso, repítelo unas cuantas veces más. En algún momento, terminarás creyéndolo.

—¿Acaso crees que me voy a amilantar ante una mujer tan insignificante como esa escuincla? Ni a los talones me llega. Nunca va a ser más que yo. Con piedras deberías darte al tenerme a tu lado y, aun así, te quedo grande.

—Cállense los dos. —Se escuchó la voz firme y furiosa, pero lo suficientemente queda para no llamar la atención de quienes los veían con estupor—. Señora, por si no se ha dado cuenta, Antonio y yo somos solo dos viejos amigos que se reencontraron y se ponen al día del tiempo que llevan sin verse. No tengo interés alguno en retomar el pasado. El que nos viéramos hoy solo fue una casualidad. No tengo idea de quién es usted y tampoco me interesa. Se nota a leguas los celos infundados, como dijo antes, por alguien tan *insignificante* como yo; y tal vez no tengo tanto dinero como parece que usted sí, con trajes nuevos o zapatos de diseñador; pero soy feliz con lo que tengo y con quien soy. Dígame si usted puede decir lo mismo. Tan digna que se dice ser y no se está percatando de la escena que les está dando a todos los presentes. —Hizo un gesto con el que señaló a la gente que prestaba atención a lo que ocurría—. Yo no sé ustedes, pero lo que a mí respecta, no soy de las que le gusta ser el centro de atención. Voy a aclarar un tema a los dos y con esto contesto tu pregunta de antes Antonio, ¿no estoy casada! pero si tengo una relación con un buen hombre.

Ante el asombro de Débora y Antonio, un joven de muy buen ver, apareció a las espaldas de la chica, quien, con mucha confianza, tomó a la joven de la cintura y la acercó hasta él, depositando un beso en su cuello.

—Mi amor, te he buscado por todas partes. —Le colocó un celular en las manos y siguió hablando—. Siempre lo dejas olvidado en casa. ¿No me vas a presentar con tus amigos?

—Cielo discúlpame, es que perdí la noción del tiempo. Me encontré con Antonio, un amigo del pasado. Perdona, los presento... Antonio, Sebastián; Sebastián, Antonio. No te presento a esta señora porque ni la conozco. Lo único que sé de ella... mejor ni te lo digo. Al menos no ahora.

—Tranquila amor, escuché lo suficiente. La verdad es que no fue nada discreto, pero como las discusiones de amantes no tiene nada que ver con nosotros, creo que lo mejor es que nos retiremos y que ellos se arreglen o desarreglen, ¿te parece? Bueno, Antonio un gusto conocerlo. Espero que algún día podamos reunirnos de nuevo y conocernos mejor. —Le extendió la mano y se despidió.

Antonio comprendió que aquello era lo mejor y al igual que lo hacía la pareja que se retiraba, él también lo haría; pero no solo de ese lugar, también lo haría de aquella ciudad y en especial de aquella mujer que tenía al frente.

Su relación con Débora, si es que a eso se le podía llamar así, estaba viciada. El profesionalismo había quedado atrás y por los papeles que acababa de firmar se veía comprometido a cumplir con la campaña, pero después eso desaparecería. Tenía mucho tiempo de no ver a su familia y un viaje para verlos era la mejor de las opciones.

Tres meses después del escándalo en Starbucks y de terminar su relación profesional con Débora, Antonio despertó con el sol de Iowa calentando su mañana. Logró una excelente comisión con el trabajo realizado con Dolce, con lo que compró muchos regalos para su mamá y hermana, que llevó consigo el día que arribó a su ciudad natal.

Miró al cielo azul, totalmente despejado desde su ventana, sintiendo paz en su ser. Tenía mucho tiempo de no experimentar algo como aquello.

Antes de levantarse de la cama, decidió que ese día visitaría a la familia de su ex. George era su mejor amigo y tenían mucho tiempo sin verse. Les relataría de su encuentro y de lo bien que la vio. Incluso, les contaría que tenía una pareja que, de primera impresión, parecía que la cuidaba y la quería. Bueno, esa fue la sensación que le causó cuando lo conoció.

Débora, en Los Ángeles, estaba a punto de volverse loca. Las cosas se le escapaban de las manos.

En la agencia, Gino explotaba y despotricaba en contra de todos y en especial en contra de Débora. Su mujer se enteró de su infidelidad y estaba dispuesta a descubrir quién era la desvergonzada que se restregaba con su marido.

—¡Lo siento, Débora! No, ¿sabes qué? La verdad no lo siento. Tienes que irte de esta oficina. No voy a perder a mi esposa, a mi familia o mi legado, por un error.

—¿Ahora soy un error? Deberías de agradecer que alguien como yo aceptara salir con un vejestorio como tú. —Lo señaló de pies a cabeza y luego hizo una mueca de burla—. Imagino que la Pfizer ganó a su mayor inversionista en lo que al *viagra* se refiere.

—Estás despechada. No me interesa, sea lo que sea, te vas y que la puerta no te dé por el trasero al salir.

—Favor que me haces al liquidarme con todos mis extremos laborales de ley, ya sabrás de mí y lamentarás esto.

Dio la vuelta y sin decir adiós a quienes, durante los últimos cinco años, fueron sus compañeros de trabajo en Elite, se fue. Esa era la última vez que le verían en ese lugar. Al menos como empleada.

Al llegar a su casa y ver lo temprano que era, no supo que hacer ahí. No acostumbraba a estar en el día en su apartamento. Fue hasta el bar y se sirvió una copa de vino.

No era una hora apta para empezar a tomar y de seguro en dos horas ya estaría ebria, pero necesitaba algo fuerte que le ayudara a ordenar sus ideas. Tomó su laptop y las carpetas que traía de su antiguo trabajo y se sentó en el living. Extendió todo en la mesa de centro y colocó la copa a sus pies. Tomó un block de notas y sin orden alguno escribió sus pensamientos. Luego los numeró y los transcribió en su laptop.

Lo primero que haría sería avisar, a quienes representaba, de su salida de Elite. De inmediato, la imagen de Antonio vino a su mente. Ya habían pasado varias semanas desde la última vez que tuvo noticias de él. Le llamó en varias oportunidades al celular, pero no tuvo respuesta. Su única oportunidad era intentarlo a través del correo electrónico, por lo que, sin darle muchas vueltas al tema, redactó un comunicado general en el que les informaba de su salida de la agencia y de su intención de trabajar a modo *free-lance*, que los invitaba a ser parte de su equipo y que estaría más que feliz de contar con ellos en su cartera de clientes.

Para Antonio, su email debía ser distinto. Lo pensó mucho antes de hacerle un añadido al texto de los demás, después de todo, fue ella quién lo descubrió y le demandaría su lealtad.

Quería decirle que lo extrañaba, lo que era muy cierto. Había sido muy dura con él y merecía una disculpa de su parte, escribió al menos unas cien veces el párrafo en el que se lo decía, pero, cada vez que lo leía, no se sentía satisfecha. Frustrada, se recostó al sillón. Había cambiado de estar sobre él a sentarse en la alfombra. Cerró los ojos y en la oscuridad de su mente una imagen se empezó a materializar. Era Antonio, el día después de la alfombra roja, que le decía: “*vas a*

extrañarme el día que ya no conteste tus llamadas o que al llegar como llegaste ayer de ebria no te abra la puerta o que del todo, ya no me encuentres... ”. Cerró los puños y se apretó las sienes. ¿Cómo pudo haber sido tan estúpida? Él se lo había dicho el mismo día que todo entre ellos terminó; y sumarle a eso, el papelón que había hecho en el Starbucks y la humillación que sintió cuando la niñata los puso en su lugar y para qué, para nada. Entre ellos no existía nada. Ella tenía pareja y su arranque empeoró lo poquito que existía entre ellos. Fue tan vergonzoso.

Decidió que no enviaría el email. Lo buscaría y le hablaría personalmente. Le propondría que siguiera a su lado y ella le garantizaría ser la primera opción del modelo masculino en cada contrato que consiguiera. Era lo único que podía hacer y lo que su dignidad le permitía. No mencionaría el tema de la relación que entre ellos había, si es que en algún momento existió.

Su plan de trabajo sería activar todos los contactos que durante los cinco años que trabajó en Elite, hizo. Tocaría cada puerta y pediría oportunidades para sus clientes hasta en el más pequeño trabajo que se diera. Iría creciendo poco a poco, al lado de sus representados.

Sin pensarlo más, tomó su celular para llamar un Uber. No sería prudente conducir con media botella de vino en su haber. Se subió al auto y se encaminó hasta el edificio donde arrendaba Antonio su apartamento. Al llegar a la recepción, se topó con el mismo hombre al que había insultado la última vez que estuvo allí. Le pidió disculpas y le solicitó que le hiciera el favor de anunciarla.

—Lo siento, señorita Reynolds, pero el señor Antonio está fuera.

—No importa, lo espero.

—No me está comprendiendo señorita, el señor Antonio está fuera de la ciudad y no tengo idea de cuando regresará.

Débora quedó en shock y su mente en blanco. Antonio se había ido de viaje sin haberle avisado, le tomó de sorpresa. En especial, porque él no debía desaparecer, no sin avisarle.

—Vaya, que bien con el señor que se larga sin avisar. —Luego se volvió hacia el encargado de la recepción y le tiró una pregunta—. ¿Qué tal que le saliera un trabajo y el divino ni siquiera está para firmar el contrato?

Por cortesía de no dejarla hablando sola, simplemente alzó sus hombros.

—Discúlpeme, sé que usted no tiene vela en este entierro. —Sacó una tarjeta de su bolso y se la entregó—. ¿Usted me haría el favor de avisarme cuando regrese?

—Si esto no me causa algún problema en mi trabajo ni con el señor Antonio, cuente con ello.

—Muchas gracias y buenas tardes.

Las semanas pasaban y no recibía noticias de Antonio. Ya no era por el hecho de representarlo. Le era extraño que no tuviera supiera nada de él. No contestaba el correo, tampoco el celular.

¿Dónde demonios estás metido?

Parecía loca hablando sola. Se recostó en el sofá tipo *lounge* de su habitación y se puso el almohadón en la cara para ahogar un grito de desesperación. Ninguno de sus otros clientes quiso arriesgarse a cambiar la seguridad de la representación que Elite Models le brindaba, por lo que ella ofrecía y, entendía que era un riesgo, pero creyó que al menos dos de ellos aceptarían.

Ahora no le quedaba más que buscar a Antonio, fuera como fuera. Sabía a ciencia cierta que tampoco había aparecido por su antiguo trabajo. Tenía la esperanza de que, si llegaba a hablarle, haría lo imposible por convencerlo de ser su cliente exclusivo y se dedicaría en cuerpo y alma por sacarlo adelante. Haría de Antonio el próximo James David Gandy o Tyson Beckford de la vieja

escuela combinada con el *New Age* de la pasarela como lo eran Sean O'Pry o Evandro Soldati y qué decir del español John Kortajarena.

Antonio tenía mucho potencial y ella lo supo el día que lo vio lleno de grasa de auto cuando su vehículo se dañó en aquella calle de piedra, en Iowa.

De inmediato, y cómo un rayo, cayó en cuenta de que, si estaba escondiéndose de ella, lo más seguro era que estaría en casa de su madre. Ya antes le había escuchado decir que extrañaba a su familia.

Claro, ahí es dónde debo ir a buscarlo.

Tomó su laptop y reservó el primer vuelo disponible a Iowa. Si debía gastar lo último de sus ahorros, lo haría.

Doce horas después, arribaba al *Des Moines International Airport*, alquiló un auto y se enrumbo al lugar en que lo había encontrado. Durante el camino, pudo admirar el paisaje y debía admitir que era hermoso. Los destellos del sol se filtraban entre las hojas de los árboles que se tornaban en tonos sepia al estar empezando el otoño y caían a un lado de la carretera. Colores que le llevaron a un estado zen el resto de su camino.

A unos cuantos metros, lo divisó. Sin camisa y rociando lo que parecía era el jardín; la piel dorada por el sol brillaba más que nunca. La imagen que proyectaba se le antojó y un cosquilleo se anidó entre sus piernas...

Una silueta femenina saltó desde la grama con impulso hasta quedar colgada de los hombros de Antonio. En un principio, creyó era la niña que había conocido antes, Tania, la hermana, pero al acercarse más, reconoció a la chica. Era la misma a la que había insultado en el mall meses atrás. La exnovia y en ese mismo instante, el cosquilleo desapareció para sentir un hueco en la boca del estómago.

¿Qué hacía allí? ¿No era que tenía novio? ¿Por qué la confianza en la que los estaba viendo?

Sintió enojo, furia y empezó a ver en rojo. Aceleró más, levantando una estela de polvo tras ella y por el tipo de carretera por la que conducía, su auto derrapó perdiendo el control de él.

Antonio escuchó el chirrido de los cauchos de las llantas y se alarmó. Bajó de sus hombros a su amiga y corrió hasta el sitio en donde había quedado el carro.

Al llegar, quedó estático al encontrar a Débora sujetando el volante con todas las fuerzas o eso fue lo que creyó al ver lo blanco en sus nudillos. Estaba pálida y con cara de que estallarían en llanto en cualquier momento. Abrió la puerta del lado del conductor y se sentó a su lado, le habló para que lograra reaccionar. Por más que intentó, no hubo forma que ella contestara a sus preguntas; a la fuerza le abrió las manos logrando que soltara el volante y como pudo, logró sacarla.

En su propio andar, caminaron uno al lado del otro hasta la casa de la madre de Antonio, llegaron a la cocina y le sirvió un vaso con agua. Agradeció que su amiga llegara con unas toallas húmedas que utilizó para limpiarle las manos y el rostro.

El frío y la humedad en su rostro hizo que Débora reaccionara. Parpadeó en varias ocasiones y cuando logró enfocar, reconociendo en dónde se encontraba, tomó su cartera y sacó de ella un espejo, pero sus manos temblaban. Trató disimularlo al tratar de acomodar su cabello. Le arrebató la toalla húmeda a Antonio para limpiar el rastro de polvo y maquillaje. Se levantó de la silla en la que estaba y trató de tomar control de sus actos. Cuando se sintió segura de sí misma, se giró hasta Antonio y cuando iba a hablar, notó la presencia de la chica. La observó de arriba abajo y

aclaró su garganta.

Como buen entendedor, la ex de Antonio dio media vuelta y desapareció de la vista de ambos. Él agradeció el gesto en tanto Débora retorcía la boca.

—Antes que todo... ¿Estás bien? —Débora asintió—. Ahora, ¿puedes explicarme qué haces aquí?

—No contestas el celular ni tampoco el correo electrónico —dijo haciéndose la impasible—. Necesito una respuesta a la propuesta que te hice por email.

—Primero, aquí no hay señal de internet y muy pocas veces entra la señal del celular, verificalo tú misma. —Acto seguido, Débora observó la pantalla y comprobó lo dicho—. Segundo, si ya estás aquí, podrías decirlo con tus propias palabras y no hacerme perder el tiempo con reclamos estúpidos.

—Tienes prisa para ir detrás de esa.

—*Esa* tiene un nombre y eso, no es de tu incumbencia. Vas a hablar sí o no.

—¿Quieres ser mi modelo exclusivo?

—Tuyo o de Elite.

—Mío. Me fui de Elite y ahora soy *free-lance*.

—Mmmm... ¿te fuiste o te fueron?

—Eso no es lo que importa, ¿quieres o no?

—No, no quiero. Prefiero ir a lo seguro y si eso era todo, podemos ir a revisar si tu auto funciona y que no pierdas más tu tiempo conmigo.

—Antonio, fui yo quien te descubrió y ahora me das la espalda. No pensé que fueras tan puñal.

—¿Yo? ¿Puñal? No te equivoques, Débora, tú fuiste quien me dio la espalda, por andar detrás de algo que nunca se te iba a dar. Debiste saberlo desde hace mucho tiempo. Lo noté yo, que no soy el afectado directo, me extraña que no lo hayas visto venir.

—Toño, piénsalo. Han sido muchas las cosas que han pasado, además, esta lo nuestro...

—Un momento, que *nuestro* nunca existió, no te equivoques. Te lo dije antes, me extrañarás el día que ya no esté para abrirte la puerta y adivina qué, ese día es hoy o, mejor dicho, el día que insultaste a mi amiga.

—Ese es el motivo, tu *amiga*. Ella es la culpable de que ahora te sientas tan seguro de rechazarme de todas las maneras por haber.

—No, señora, te equivocaste. Esta decisión la tomé sin más influencia que la tuya. Mis decisiones se basan en las tuyas. Me tuviste, pude ser tuyo, pero me rompiste el corazón y me perdiste. De esta, no hay vuelta atrás.

—Pero...

—No te rebajes, Débora, no te queda. Da la vuelta y olvídate de mí... Yo ya lo hice contigo.

Débora juntó el poco de dignidad que le quedaba, tomó el bolso de la silla en la que estaba y salió.

—¿Por qué no le dijiste que la amas? —le dijo su amiga abrazándolo por el talle y Antonio se giró a ella, correspondiendo su abrazo, puso su barbilla sobre su cabeza y contestó

—Porque debe darse cuenta de que no puede jugar con las personas como lo hizo conmigo. Debe sentir por experiencia propia lo que es un corazón roto, porque estoy seguro de que acaba de

descubrir que también me ama y que me perdió por sus propias acciones.

En el camino al aeropuerto, las lágrimas fueron las compañeras de Débora. Fue una estúpida al darse cuenta de que lo había perdido. Lo tuvo solo para ella y por su juego estúpido de grandeza, creyó que siempre estaría para ella. Lo amaba, pero no sabía qué tanto hasta que sintió por experiencia propia lo que el rechazo dolía.

Nota de la escritora: Pronto por Amazon la historia completa de Antonio y Débora en: New York – Un amor que no debió ser.

Esta no es una canción de adiós

(JM. Kyle)

Fue como fue.

Me robaste el alma me tuviste a tus pies, te amé.

Me equivoqué, creía que era eterno despertarme en tu piel, no sé...

Mi peor error. Alejandra Guzmán

«¡Rayos!», se maldijo una vez más por no haber aprendido a controlar su rostro, en especial sus estúpidos ojos que comenzaban a arder de nuevo.

«Genial. Más lágrimas».

Con la cantidad que había derramado ya debería de estar seca, ¿no?

Las letras que tenía frente a sí se desdibujaron al instante. Tomó un par de pañuelos de papel del paquete en el interior de su bolso, con algo de apremio, para secarlas antes de que empezaran a rodar por sus mejillas y cayeran en el ejemplar de Sentido y Sensibilidad que había estado fingiendo leer por alrededor de veinticinco minutos. De verdad fue una idea especialmente estúpida regresar a donde todo había comenzado; su vena masoquista se lo debía estar pasando de maravilla. Enterró la cara en las páginas luego de haber dado un diminuto sorbo a su *Capuccino*, que para entonces estaba frío y sabía horrible. Se sintió patética, como Bridget Jones antes de sus numerosos intentos de bajar de peso y dejar el tabaco.

«Está bien, esta es la oportunidad de mi vida, ¿verdad?», se dijo para tratar de convencerse no por primera vez. «Yo mejor ya no opino nada», susurró una incorpórea vocecilla en su cabeza. Era su consciencia que, por el matiz de fastidio que insinuaba su voz, dedujo que acababa de tirar la toalla. Había pasado algún tiempo, durante el cual no dejó de pensar en lo que seguía latiendo en su corazón, algo tan vivo como al comienzo pese al dolor que le había reportado. Lo cierto es que no debería creer que tenía el derecho de sentirse mal por ello, después de todo las señales estuvieron allí desde el principio... Aunque no fue lo bastante lista para comprenderlas entonces.

La rústica campanilla sobre la puerta anunció la entrada de alguien más en la cafetería. La crédula que se negaba a morir en ella alzó la cabeza al punto, con el corazón desbocado de pronto al tiempo que se le encogía con una punzada de decepción al ver a la pareja que la insultaba lanzándose interminables sonrisas de adoración entre ellos. Dejó el libro a un lado con un entrecortado suspiro, tras lo cual se llevó la palma de la mano al ojo derecho por instinto..., como si eso sirviera para calmar la sorda palpitación que aparecía en esa zona cuando tenía la sensación de que no le quedaba nada. Entonces el delicado sonido de la campanilla se alzó por encima del susurro de conversaciones, del tintineo de tazas y del tráfico de aquella hora, pero esa vez en la forma de un recuerdo.

«I do stupid things all the time», decía la camiseta del sujeto que atravesó la puerta. Lori por supuesto no le prestó atención de tan concentrada que había estado en su libro. Solía visitar esa cafetería cada día, casi siempre a la misma hora, luego de haber finalizado las clases de violín que impartía de manera particular por la zona. La frase estampada en aquella camiseta lo presagiaba todo, pero ella prefirió ver la parte adorable; al Blaine apenado y caballeroso que no dejaba de disculparse tras haber derramado su café luego de pasar por su lado y, sin querer, empujarle el brazo con que sujetaba la taza.

Muchas más disculpas después, acompañadas de una nueva taza de *Capuccino*, se enteró de que Blaine era el bajista de una reconocida banda que solía tocar en los clubs de moda del *downtown*. Que ella no reconociera el nombre le había causado gracia, y Lori no consiguió pensar en otra cosa que no fuera en los cálidos destellos ambarinos que aquellos ojos rasgados emitían a la suave luz del sol de finales de la tarde, como una especie de droga visual de la cual nadie le advirtió sus efectos.

Una caricia.

Un dulce suspiro le entibió la nuca cuando el apuesto hombre recostado contra su espalda pasó un brazo por encima de su cuerpo para enlazar los dedos con los de ella; eran dedos largos que no dejaban de ser elegantes, aunque fueran un poco ásperos de tantos años tocando el bajo.

—Mira —susurró con una voz que era como el más exquisito chocolate derretido; a la mujer no le costó imaginar cómo fue que el grupo reclutó a Blaine por esa profunda entonación, con un dejo ronco en el fondo, antes que su no menos destacable habilidad con aquel instrumento heredado por su padre—, tu mano cabe perfecta en la mía. —Lori lo miró risueña por encima del hombro—. ¿Sabes qué significa eso?

—No tengo la menor idea, pero estoy curiosa. —Se arrellanó más en el cruce de aquellos brazos fuertes en espera de la respuesta.

—Significa que estamos hechos el uno para el otro —dijo y estrechó el agarre de sus manos. Tuvo que reconocer que era algo lindo de escuchar, sobre todo porque llevaban poco tiempo saliendo; pero el solo hecho de que lo mencionara sin asomo de duda fue más significativo de lo que pudo haber esperado—. Me gustaría que vinieras al estudio a ver uno de nuestros ensayos algún día —añadió variando el tema—, estoy trabajando en la letra para una nueva canción y quisiera escuchar tu opinión.

La canción en cuestión había arrancado emocionadas lágrimas de sus ojos. Primero, porque era bellísima, sonidos hermosos que describían con un gran sentimiento de pureza el momento en que se conocieron, la manera en que él la vio entonces entre armónicos acordes; notas sensuales, profundas e insinuantes, de sus encuentros de un modo que supo que solo ellos dos sabrían reconocer; y segundo, porque nadie jamás había escrito una canción para ella. Se encontró embelesada sin remedio. Sentía que juntos encajaban como la pieza que al otro le faltaba.

Entonces...

—¿Quién era ese? —De tan repentina, la voz a sus espaldas le provocó un tremendo escalofrío de sorpresa.

—¿Blaine? Pero... ¿qué... haces aquí? Me asustaste. —Colocó la palma de la mano sobre su pecho al tiempo que volteaba para verlo. El estuche del bajo sobresalía tras él, que se hallaba de pie junto al letrero de pizarra que anunciaba los *smoothies* del día de una pequeña tienda de

productos orgánicos sobre la acera—. Es Niall, uno de mis colegas de ASO (*Atlanta Symphony Orchestra*), nos encontramos de casualidad. Doy clases al otro lado de esa cuadra —señaló con un breve gesto de su cabeza. Algo que no consiguió definir pasó raudo por el rostro de su novio, sin embargo, le restó importancia—. ¿Y tú? ¿A qué debo la linda sorpresa? —pronunció con entonación acariciadora.

Sonriente, Blaine agitó frente a ella la pequeña caja con un juego de cinco cuerdas de níquel para bajo eléctrico que llevaba en la mano.

—Se me rompió la última esta mañana. Ven. —Se adelantó para tomar el estuche del violín de Lori y sujetarla de la mano. Una vez en su poder, la levantó para depositar un beso en los nudillos—. ¿Qué tal si tú y yo pasamos el resto de la tarde juntos?

—Mmmm, eso suena sensacional. —Se recostó apenas en el pecho masculino con un suspiro—. Pero me temo que no puedo, en una hora debo dar mi última clase y tengo el tiempo justo para llegar.

—Oh, es una pena. Yo en verdad tenía muchas ganas de... —De un tentador susurro debilitó su buen juicio con una breve descripción de lo que le estaba negando a ambos si se iba de todas maneras—. Vamos, ¿qué dices? Puedes llamar para reprogramar la clase.

—Es que yo... no lo sé. Nunca he... —Lori detuvo sus pasos mientras sopesaba esa posibilidad.

—Exactamente. Eres muy responsable con tu trabajo y eso es algo estupendo; que te salgas un poco de la línea de vez en cuando no es nada malo. Vamos, nena. —El largo cabello de Blaine se derramó sobre su hombro cuando se inclinó para besarla; suave y de una tonalidad café ligero a juego con sus ojos. Los labios del hombre resultaban hechizantes. Su lengua se arremolinó con delicadeza dentro de su boca para abrazarse a la suya y le volvió la cabeza al revés junto con el pensamiento.

En esa ocasión Lori cedió. En esa y otras tantas después.

—Lo siento, Lori, de verdad. —Ella abrió muchísimo los ojos, como si no terminara de creer que lo que escuchaba fuera cierto—. Estás... distraída la mayor parte del tiempo. Antes eras de las primeras en llegar a los ensayos y ahora... —El señor Baranski, su director y jefe inmediato para tales efectos, negó con evidente pesar la cabeza—. No contaré contigo para el próximo concierto en el Centennial Olympic Park, pero tienes que seguir asistiendo puntual a los ensayos de todas maneras o de lo contrario quedas fuera. ¿Me di a entender con suficiente claridad? —Los ojos del hombre se suavizaron tras decirlo. No tenía idea de qué tipo de cara puso mientras lo escuchaba, pero él pareció responder a esa expresión—. Eres una mujer de increíble talento. No sé qué puede estar interfiriendo en tu desempeño y tampoco te lo estoy preguntando, solo espero que encuentres la manera de solucionarlo por tu propio bien. Llegar hasta aquí no es nada sencillo. Lo sabes, ¿cierto? —Lori tuvo que ejercer su autodomínio para no bajar la mirada y echarse a llorar en ese preciso instante.

—Lo sé y lo lamento mucho, señor —consiguió responder pese a que sentía que la garganta se le doblaba con un serio y ajustado nudo—. Siento haberlo defraudado; yo... voy a dar mi mejor esfuerzo...

—No necesito de un esfuerzo que no dé resultados, Brandt. —Aunque el director le había indicado una de las esquinas al fondo del escenario para conversar, a relativa distancia del resto

que guardaba sus instrumentos, tuvo la espantosa sensación de que cada mirada aterrizaba sobre ella. Aguardó en silencio, ¿qué podía decir después de eso de todas maneras?

Casi se sintió derrotada, pero era afortunada si lo analizaba con detenimiento. En el peor de los casos ya sería una desempleada más en la ciudad, y a cambio, había recibido una amonestación. Intentó no pensar demasiado, tenía que enfocarse, priorizar ciertos aspectos de su vida en lugar de solo ceder a sus impulsos por Blaine con la facilidad con que lo hacía. Él constituía ese tipo de visión ensañadora que hacía palidecer el entorno. Dentro o fuera del escenario hacía suyas todas las miradas, sin embargo, sus ojos no buscaban otros que no fueran los de ella, siempre. ¿Cómo no sentirse halagada? Lo amaba demasiado, y que él la tratara con semejante devoción, la había deslumbrado al punto de descuidar todo lo demás.

—¿Estás bien, hermosa? Te... noto... un poco... decaída. —Los labios de su chico arrastraron repentinos y húmedos besos en la sensible curva de su cuello, por lo que la tarea de dar mantenimiento a su violín se vio ligeramente interrumpida. Blaine la abrazó por la espalda, estrujándola de manera deliciosa antes de apoyar la barbilla con suavidad sobre su cabeza—. Estás preocupada.

—Yo... No es nada, supongo que estoy algo distraída.

—Hey, tu rostro siempre lo dice todo. —La sujetó por los hombros para que girara su cuerpo y encontrarse de frente—. Sabes que puedes confiar en mí, ¿cierto?

Lori estuvo muy consciente de que la sangre le había subido al rostro y se arremolinaba caliente en sus mejillas, además intentaba no mirarlo de forma directa. Se preguntó qué pensaría Blaine si le respondía con total honestidad. Quería confiar en él con cada parte de su ser, solo que decirle que pasar tanto tiempo juntos estaba afectando su trabajo no se escuchaba bien ni siquiera para sus propios oídos. No se perdonaría jamás lastimarlo.

—Es... —Se mordió el labio inferior cuando Blaine levantó con un par de dedos su rostro—. Yo recibí esta mañana una amonestación verbal de mi jefe, no estoy esforzándome lo suficiente; lo peor del caso es que estoy consciente de que es verdad... —Apuró un rápido aliento y dejó el resto de la frase en el aire.

—Oh, nena. —Los brazos masculinos la encerraron en un fuerte abrazo consolador—. Siento mucho escucharlo. —Una pausa breve—. Ellos no te merecen. Eres una música genial, tal vez..., tal vez deberías dejarlos. —Se detuvo cuando algo súbito brilló en su mente—. Ven a vivir conmigo, Lori.

—¿Qué? —Se le atragantó la respiración en el pecho. ¿En qué momento había sugerido cualquier cosa que sirviera de excusa para desviar la conversación en ese sentido?—. ¿Eso que tiene que ver...?

—Podrás tocar la música que tú quieras, cuando tú quieras. No tendrás que preocuparte porque haya un alquiler que pagar, o porque los vecinos vayan a molestarse por el ruido. Yo me encargo de todo. —La habitación insonorizada, claro. Era cierto que, para Blaine, que venía de una familia con el gusto musical grabado en la sangre, y una nada reprochable cuenta bancaria, aquello podía parecer una decisión sencilla de tomar, pero no era ni de lejos la solución que Lori habría esperado escuchar—. Eres mía, y quiero tenerte cerca. Te pienso cada segundo que marca el reloj.

—Cariño, eso... es... una locura. —Procuró plasmar un intento de humor a su forma de decírselo, pero de inmediato supo que la sonrisilla que sintió formarse en sus labios debió verse terrible.

—Esperaba «hermoso», o «ah, eso es inesperado». —El pecho de Blaine pareció desinflarse.

La atmósfera cambió en un suspiro; el buen humor del hombre se desintegró dejando en su lugar una severa incomodidad. Se apartó de ella, pasándose una mano por el cabello con una exhalación que la mujer percibió como un navajazo en el corazón—. Esa fue una reacción un tanto cruel, ¿no lo crees, Lori?

—Yo lamento que lo tomes de esa forma. No fue mi intención, es solo que... Te amo y el tiempo que pasamos juntos es perfecto, pero creo que este no es el mejor momento para tomar una decisión tan importante. —Deshizo los dos pasos que los separaban, extendidos los dedos para sujetar la mano de su chico. Él se movió antes de que el movimiento se completara, retrocediendo de camino a la puerta.

—Está claro que me equivoqué. Es solo que no hay mucho en mi vida que me haga ser tan determinado, y luego apareciste tú. No debí mencionarlo. —Le lanzó una mirada que era más de resentimiento que de enojo. La impresión de lo que acababa de suceder la dejó de piedra; solo se quedó allí de pie, mirando en cámara lenta cómo la espalda de Blaine desaparecía del otro lado de la puerta.

Hundió el rostro entre sus manos ahuecadas después de un par de minutos, cuando se percató de que seguía con la vista perdida en el vacío que tenía delante, y no supo muy bien si llorar o no.

«¿Pero qué demonios...?».

De pasada vio el borroso resplandor de la hora en su teléfono celular. ¡Dos y diecisiete de la madrugada!

«Por favor, que alguien tenga la delicadeza de matarme», pensó al tiempo que se daba una palmada en la frente.

Si acaso había dormido un par de horas según sus cálculos. Lo que sucedió con Blaine la tarde anterior pesaba demasiado en su pecho como para dejarlo pasar así nada más. Al final cedió al agotamiento después de haber llorado como una imbécil luego de ver que cada una de las llamadas al teléfono de su novio saltaba al buzón de voz. Otro golpe en la puerta le devolvió la lucidez que le faltaba para estar despierta del todo. ¿Quién podría ser a esa hora? Echó un vistazo por la mirilla, o eso estuvo cerca de hacer cuando un par de golpes más sacudieron la madera e hicieron que retrocediera asustada.

—Lori... —La conocida voz del otro lado arrastró las letras de su nombre más de lo necesario—. Ábreme, por favor. Soy un idiota. No. Soy el presidente fundador del club de los idiotas; lo siento... Lori.

Antes de que las cosas se salieran de control y alguno de sus vecinos decidiera llamar a la policía, optó por dejarle entrar. Contuvo un suspiro al momento de verlo atravesar el umbral. Es verdad que estaba como le daba la gana, con su cabellera revuelta en un hermoso desorden sobre la chaqueta que sujetaba por encima de uno de sus hombros, pero no era excusa para actuar de ese modo.

—Hueles a alcohol, mucho alcohol, señor presidente. —También al frío de la noche, pero eso no tenía por qué mencionarlo—. Qué estás tratando de conseguir con esto, ¿eh? —Cruzó los brazos sin molestarse en encender la luz; bastaba con el resplandor que venía de la cocina para darse cuenta de lo ebrio que se encontraba.

—Tenía que venir a disculparme. No estuvo bien que quisiera presionarte. Me porté como un imbécil.

—Oh, entonces déjame ver si estoy entendiendo bien: que vengas a mi casa de madrugada apestando a licor, casi echando abajo la puerta y que apenas puedas mantenerte de pie a mitad de la estancia, ¿es tu forma de disculparte?

—Suena espantoso si lo dices de esa manera. —Una torpe mueca etílica elevó los pómulos del bajista con una sonrisa llena de encanto.

Se dio un manotazo mental por haberlo notado.

—No creo que exista otra manera de decirlo. —Levantó el mentón con evidente enfado antes de continuar—. ¿Cómo llegaste aquí?

—Tuve que llamar un taxi. —Una respuesta instantánea que Lori valoró con ojos entrecerrados. Como no tenía forma de corroborarlo no le quedó más que tener que confiar en su palabra.

Soltó una respiración elocuente previo a llevarse dos dedos al puente de la nariz donde presionó con fuerza.

—El sillón. Puedes acomodarte allí. Te traeré una frazada.

—¿Eso quiere decir que... me perdonas? —Que Blaine no se hubiera movido de donde estaba no era otra cosa que un esfuerzo sobrehumano disfrazado. Moría de ganas de lanzarse sobre ella para envolverla con su cuerpo, de besarla hasta que se quedaran sin aire; no obstante, aunque en su torrente sanguíneo circulara más cerveza que sangre y viera a tres Loris irritadas frente a él, le quedaba todavía un rastro de cautela.

—Eso solo quiere decir que no dormirás en el pasillo como te mereces. —Blaine juró que vio unas cuantas chispas dispararse en su dirección desde la mirada femenina. Alzó ambas manos en gesto de defensa, pero lo único que consiguió fue perder el escaso equilibrio con que contaba y casi se fue de cabeza.

Lori contó hasta diez con el pensamiento y le dio la espalda.

Con un horrendo dolor de cabeza, apartó las frazadas y se lanzó fuera de la cama con aire perezoso. El ensayo. No podía llegar tarde. Entonces, de pronto, se le vinieron encima los recuerdos de lo que sucedió en la madrugada. Reparó en la extraña quietud que flotaba en el aire, o quizá solo fuera cosa suya, eso pensó mientras se dirigía a la estancia esperando ver a Blaine tirado en su sillón. Y fue justo como lo imaginó. Tenía la manta enredada entre las piernas, una extendida que sobresalía por encima del brazo del sillón y la otra doblada; la imagen le causó gracia, por lo que se llevó los dedos a los labios para sostener el deseo de reírse. Pero estos comenzaron a hormigear al fijarse en el definido torso desnudo, en las estilizadas líneas de un abdomen que subía y bajaba con una respiración sosegada; lo que sugería más allá del botón suelto de su pantalón de mezclilla.

Dormido lucía incluso más joven, casi inocente si no lo conociera tan bien. Treinta y cinco años muy bien camuflados en un rostro que aparentaba estar en la veintena. Suspiró. Haberlo visto ebrio no debió impresionarla tanto, después de todo, en la mitología de los rockeros no faltaba el alcohol, aún así Blaine solía diferenciarse de sus compañeros de banda de muchas maneras; tal

vez por ser el mayor entre ellos. Aunque eso no le impidió ser un idiota integral, más con la escenita de antes. Recordó que estaba molesta y dejó de contemplarlo para ir a ducharse.

Una parte de ella se sintió estúpida cuando se miró al espejo. Había decidido sujetarse el cabello con un moño ajustado y vestir más formal que de costumbre, porque en el fondo quería rescatar la imagen de mujer seria y responsable que su esfuerzo le había retribuido antes de sabotearse a sí misma para verse ahora en la cuerda floja. Le sonrió a su gemela del espejo para animarla a enfrentar el día pese a que el maquillaje hizo muy poco para disimular las oscuras sombras bajo sus ojos.

Cruzó la estancia con pasos rápidos y silenciosos, no porque le preocupara despertar a su inesperado visitante nocturno, quería evitar a toda costa tener que enfrentarlo. Ya había consumido bastante energía en ello y la poca que le quedaba quería entregarla al ensayo. Bajar por las gradas era más rápido que esperar por el elevador, además eran solo tres pisos; cuando giraba en el segundo rellano sintió el sólido agarre de una mano alrededor de la muñeca, por instinto aferró con más fuerza el estuche de su violín para utilizarlo como escudo hasta que vio de quién se trataba.

—Lori, ¿estás escapando de mí? —¡Estúpido! ¿Quién demonios luce tan bien recién levantado?—. Tenemos que hablar, concédeme unos minutos... por favor.

—No seas tan presuntuoso. Algunas personas tenemos que trabajar para pagar las cuentas, y no, no tengo nada que hablar contigo. —Aturdido por la respuesta, Blaine relajó la sujeción, instante que ella aprovechó para liberarse y apurar el descenso. Rogó que los tacones de sus zapatos no la traicionaran mientras enfocaba todos sus sentidos en la tarea de no caerse.

Claro está, él no se rindió con tanta facilidad. Lo sentía adherido a la espalda en tanto disimulaba la persecución a través del *lobby* del edificio de apartamentos hasta alcanzar la acera de enfrente, donde tuvo que pestañear varias veces seguidas para adaptarse a la intensa claridad del sol de la mañana. Lo primero que destacó ante sus ojos como el peor de los incordios fue la motocicleta mal estacionada a unos cuantos pasos de la entrada principal, motocicleta que no le era desconocida.

Giró la cabeza con tanta violencia que casi sufrió un latigazo cervical. De tan enfurecida que estaba, quizá ni lo habría notado. Blaine, que estuvo a un par de centímetros de chocar con ella cuando frenó de golpe, ensanchó muchísimo los ojos al comprender que el peligro por el que debía preocuparse en ese preciso instante no tenía nada que ver con lo que pudo pasar con él, ebrio sobre dos ruedas. Era por mucho peor.

—Tú... —Esa única palabra condensó todo el reproche hacia su monumental metida de pata, y Lori apenas comenzaba—. Eres un... Imbécil. Mentiroso.

—Déjame explicarte. Se ve peor de lo que es. —La mano libre de la mujer se cerró en un puño que bien podría cobrar vida propia. Escucharle decir que podía explicar algo que no tenía explicación posible era un golpe directo a su inteligencia.

—No pienso hacer esto, yo... no necesito escucharte. —Oyó su propia voz romperse derrotada—. Me mentiste, y ni siquiera titubeaste un poco. Lo peor es que no parece que te des cuenta de lo irresponsable que fuiste. —Varias situaciones desagradables comenzaron a juntarse en su cerebro. La que más le dolía, y de hecho la menos objetiva de ellas, es que le hubiera pasado algo. Se estremeció de solo imaginarlo.

—Nena —dijo Blaine suplicante—, ya sé que soy una máquina de hacer estupideces. Pero es que te amo demasiado.

—Apesta disculpándote, y en cuanto a lo de la máquina de estupideces, deberías estamparlo en una camiseta también para futuras referencias.

—Por favor, Lori. —Lo desestimó con un gesto de la mano. Por suerte el taxi que había solicitado antes de bajar se detenía junto al bordillo de la acera para ese momento. Así que mientras tragaba el nudo de lágrimas que le apareció en la garganta al mirarlo de reojo una última vez, abría la puerta de su transporte para hundirse en el interior, sintiendo que algo en su interior se hundía también.

—Ves, eso es lo que pasa cuando dejas que un hombre te meta la lengua hasta la garganta a los quince minutos de haberse conocido. No suele ser una práctica saludable, ¿sabes?

—Eso no es verdad, ¿por qué siempre tienes que exagerar las cosas? —Lori lanzó una mirada feroz a su media hermana, mirada que Amber desintegró con una de su propia cosecha—. De acuerdo. —Tuvo que convenir a regañadientes—. Supongo que *sí*, me precipité un poco, pero es que... —Un soplo de aire amargo le salió del alma—. No sé qué pensar. Lo quiero, y sé que él también a mí, es solo que no sabe cómo.

—¿Dejar de ser un cretino? Es músico de una banda de rock alternativo, además es algo que está escrito en el ADN de casi todos los hombres, ¿qué esperabas? —lo pronunció con tal seguridad que el enfado que Lori estuvo sintiendo todo el día por Blaine cambió de objetivo justo en ese instante—. Que haya sido bendecido con una genética deliciosa no lo es todo. Está bien si lo que quieres es divertirse un rato.

—Hoy estás más imposible que nunca. ¿No tienes que ir a hacerle la vida miserable a alguien más?

—Eres tú quien quería un hombro sobre el cual llorar y escupir toda *esa* miseria. Solo intento ayudar. —Sacó una barra de regaliz del bolso y empezó a masticarla con aire ausente. Por experiencia propia estaba enterada de la vena de crueldad que la mujer sentada frente a ella llevaba adherida a cada célula de su organismo. Amber siempre había sido de esa clase de personas dominantes, de personalidad fuerte y aplastante, pero cayó en el error de pensar que quizá ahora que estaba con Wade, y que parecía feliz y enamorada a su manera, podían encontrarse en algún punto intermedio y obtener un poco de su sabiduría de hermana mayor.

—*Mea máxima culpa*. —Soltó una deliberada exhalación. Su noche de copas y charla de chicas acababa de tocar fin, lo cierto es que había sido un día largo, difícil, solo tuvo intención de que terminara diferente de algún modo. Pero tampoco lo había conseguido. ¡Qué fiasco!—. Me voy, lamento haber echado a perder tu noche.

—Oye, no tienes que irte. —Le interceptó el brazo cuando Lori se inclinó para recuperar su bolso y el estuche del violín de debajo de la mesa, cosa que hizo de todas maneras con la otra mano. En todo caso, no estaba sintonizada con el ambiente de «¡Hey, celebremos que es viernes!» que flotaba en el Rí Rá Irish Pub—. Lamento haber sido tan directa, hermanita. Pero él no es ningún señor Darcy o cualquier otro sujeto de esos que encuentras en las novelas de Jane Austen que tanto te gustan; si creíste que te lo iba a dulcificar es porque entonces no me conoces. —«Incluso el señor Darcy fue un cretino en su momento», se dijo. Pero mejor se guardó el pensamiento solo para ella.

—¿Ya acabaste? —Amber la soltó con intencionado dramatismo, y sus manos flotaron a ambos

lados de la cabeza con ese aire de «tú verás» que tanto le recordó a su madre—. Dale mis saludos a Wade —murmuró mientras se alejaba, pasando la faja del bolso sobre su hombro—. Que Dios lo bendiga por tener que soportarte.

—¡Escuché eso! —Alzó su voz la otra mujer sin importar que las miradas de extrañeza de los demás clientes en el lugar convergían en simultáneo sobre ella—. ¿Qué? Es mi chica y acaba de mandarme al diablo. ¡Salud! —les dijo para hacerlos sentir incómodos a propósito y levantó su vaso de Negroni con expresión desafiante.

«Sigue las flechas».

Los fuertes caracteres en negro destacaron contra el amarillo brillante del *post-it* pegado a la altura de sus ojos en la puerta de su apartamento. Fue así que se percató de que había estado tan abstraída que no vio que más de aquellos papelillos formaban un rastro que se extendía por el pasillo hasta la salida que daba a la escalera de incendios. Apuró una acentuada respiración de fastidio; las ganas de poner los ojos en blanco la superaban, aunque en el fondo no pudo evitar emocionarse un poco. «¿Qué se le habrá ocurrido ahora?». Se encontró en un dilema, la rabia que estuvo sintiendo por la imprudencia de Blaine casi se había evaporado del todo, e incluso mientras reflexionaba en ello estaba muy consciente de que, si se dejaba llevar, terminaría cayendo en la fascinación que aquel hombre le provocaba. Debajo del primer *post-it* había otro: «No pongas los ojos en blanco y sube, te estaré esperando».

Alzó una incrédula ceja imaginando que era el rostro de Blaine el que tenía delante. Se preguntó cuánto tiempo llevaría allá arriba..., tal vez debería dejarlo ahí para que aprendiera a ser consecuente con sus acciones. Un breve sonido a sus espaldas le hizo despejarse del breve lapso de introspección, era la puerta de su vecina, la señora Rinaldi, que asomó la mitad de su anciano rostro para dedicarle una sonrisa cargada de emoción a la par de unas cuantas palabras alentadoras, o eso quiso pensar ya que su nivel de italiano todavía estaba en cero.

—*Un uomo così adorabile, è un dono trovare uomini come lui in questi tempi* —pronunció con suavidad. Entre el aturdimiento de no comprender una sola palabra, mas los cuatro Negronis que llevaba dentro y que aún le circulaban por el cerebro, Lori revolvió en su cajón de memorias en busca de una forma de responder a la amabilidad que interpretó en la expresión de la mujer de mayor edad. Ella sabía cómo agradecer en aquel idioma, estaba segura de que lo supo alguna vez...

«¿Cómo era? ¿Cómo era? ¡Ah, sí!».

—*Arigatō*, señora Rinaldi —y en cuanto lo dijo se dio por la frente por idiota. Mejor hubiera dejado cerrada la boca. Demasiado amable, su vecina volvió a sonreírle sacudiendo un poco la cabeza y murmurando algo para sí que tampoco pudo entender al tiempo que desaparecía por la ranura de la puerta.

«Bravo, Brandt. Lo hiciste genial», susurró con sarcasmo una pequeña voz en su cabeza.

Giró a medias de nuevo para enfrentarse al llamativo mensaje que la aguardaba. Torció el gesto, considerándolo por unos cuantos segundos... hasta que llegó a la implacable decisión de no ceder; por lo que a ella respectaba, Blaine podía petrificarse en la azotea. Se lo tenía merecido. Arrebató de un manotazo los papelillos que tenía más cerca para descartarlos en cuanto entrara a su casa. Una vez dentro dejó sus cosas sobre el sillón para dirigirse directo al basurero de la

cocina, donde dejó la mano suspendida sobre el bote con los *post-it* muy bien aferrados dentro del puño.

—Vamos ¡Vamos! —le ordenó a sus dedos—. ¿Es en serio? ¿Esta es toda la fuerza de tu determinación? —Al parecer sí, porque los muy bastardos la ignoraron. Un estridente gruñido rompió desde su garganta con exasperación—. Sé que me voy a arrepentir de esto.

Se reacomodó el abrigo una vez estuvo de vuelta en el pasillo.

A medida que seguía el rastro de flechas, recuperaba los *post-it* para metérselos en el bolsillo; a intervalos, encontraba pequeños mensajes debajo de las flechas: «Lo siento», «Te amo», «Dame otra oportunidad, por favor». Seguro que la mitad de los residentes de esa parte del edificio ya los habría leído para entonces. De no haber estado bajo la distorsionada influencia que solía dejar el alcohol, era muy probable que se hubiera sentido un tanto consternada por el asunto. Llegó a la azotea más pronto de lo que tuvo intención, con los latidos alborotados por la expectación de estar a segundos de verse de nuevo con él que por el apurado ascenso a través de la escalera de incendios.

«Vaya».

Una ligera ráfaga de viento, impregnada con los aromas propios de una ciudad que no dormía, refrescó la tenue capa de sudor nervioso que le enrojecía las mejillas. Admitir que acababa de verse impresionada por el amplio círculo de luces en cadena de varias vueltas sobre el piso, en cuyo interior descansaba una manta para picnic, con lo que parecía ser una cesta para picnic, sería ponérselo demasiado sencillo a Blaine, a quien por cierto no vio de inmediato hasta que lo ubicó de espaldas a ella, más allá del iluminado círculo, apoyado en el barandal con las intermitentes luces de Atlanta haciendo de él una silueta oscura recortada contra el fondo resplandeciente. Era casi medianoche.

Podría dar media vuelta y marcharse antes de que él notara que estuvo allí. Podría. Pero cuando se dio cuenta, sus traidores pies la llevaban en esa dirección.

Blaine volteó un poco la cabeza, como si la hubiera sentido acercarse. Al confirmarlo, giró del todo y Lori pudo ver el delicado ramo de rosas rojas que sostenía entre las manos. Sus rodillas se tambalearon a merced de aquella mirada que se deshacía de alivio al posarse sobre sus ojos.

—Lori..., yo... —Le vio tragar con dificultad—. Ya casi había perdido la esperanza de que vinieras. Me haces muy feliz... Esto, esto es para ti. —Le entregó las flores con algo de torpeza. Era evidente que estaba tan nervioso como ella. Verlo de esa forma hizo que algo tibio se le desbordara por dentro.

—Es muy hermoso, gracias. —Se lo llevó al rostro para aspirar el suave perfume. Aparte de sus rodillas, también le temblaba la garganta; una pequeña lágrima asomó a uno de sus ojos, pero la secó antes de que se notara—. Es... una noche agradable, aunque es la primera vez que me invitan a un picnic nocturno.

—Tenía la esperanza de que así fuera. —Blaine sonrió tímido en tanto se frotaba la nuca con una mano—. Lori, lamento haberte hecho molestar, me porté como un auténtico imbécil.

—Lo hiciste —convino, asegurándose de imprimir una nota severa en el tono de su voz—. Te pusiste en peligro, y a quién sabe cuántas personas más. —Negó con la cabeza—. ¿Cómo se te ocurre subirte ebrio a una motocicleta? —Hizo una pausa concisa para añadir algo que le había estado molestando—. No traías puesto el casco, ¿cierto? —Las manos de Blaine flotaron veloces a su rostro para ocultarlo—. ¡Eres increíble! Y no te atrevas a pensar que es un halago, por todos los cielos.

Por espacio de algunos minutos aguardaron en silencio. Luego el hombre carraspeó incómodo para tratar de romper el hielo.

—Puedo vender la motocicleta si eso te da más tranquilidad.

—No tendrías que hacerlo si te tomaras las cosas más en serio; además, sé que amas esa motocicleta. —Lori profundizó un suspiro, alternando la vista entre el hombre de pie a su lado y las rosas que sujetaba con las manos—. Mira, yo tampoco he sido la mujer más responsable últimamente, incluso estoy en una posición delicada con respecto a mi trabajo. Si vamos a hacer esto, entonces hagámoslo bien.

—¿Eso quiere decir que...?

—Eso quiere decir que me muero de curiosidad por ver qué hay dentro de esa canasta, no vayas tan lejos. —Aludía al hecho de que *no* pensaba mudarse con él si es que le pasó por la cabeza en ese instante, y por el apagado gruñido que le escuchó articular, advirtió que así fue.

—Ouch... Bueno, supongo que me lo merezco. —Cerró la poca distancia que los separaba, esperando no ser rechazado cuando extendió una cautelosa mano para ubicarla en la cintura femenina. Su voz reducida a un susurro cuando se inclinó cerca de su oído—: Entonces, ¿quieres cenar conmigo, mi nena hermosa? —Dio un paso atrás para inclinarse, tomar su mano y depositar un beso en ella.

—Será un placer, señor Laursen. —Muy a su pesar se descubrió encantada. Que Blaine tuviera ese sentido del detalle e hiciera los arreglos para una velada que le pareció fuera de lo ordinario tocó sus fibras más sensibles—. Por cierto, ¿se te ocurrió hacer esto a ti solo?

—Yo... no tuve tiempo para pensar en algo mejor. Te lo compensaré luego —dijo entrelazando los dedos con los de ella—. Tus vecinos fueron muy amables en no retirar las flechas.

—A mí me parece muy romántico. Gracias —repuso con suavidad. Blaine agradeció la respuesta, por lo que se sintió más osado e hizo lo que moría por hacer desde que la vio: besarla con locura.

—Espero que te gusten las hamburguesas —pronunció contra los labios de la mujer, un tanto agitado por la intensidad de un beso que ansiaba prolongar un poco más.

—Amo las hamburguesas. —Lori le mordió el labio, incitándolo a no detenerse.

—Gracias..., de verdad, señor Baranski. Le agradezco que me tomara en cuenta. —Uno de sus compañeros violinistas tuvo un pequeño accidente mientras practicaba atletismo recreativo, así que en tanto se recuperaba de la torcedura que sufrió en la muñeca, ella ocuparía su lugar en el concierto que se llevaría a cabo en el Centennial Olympic Park. Esta oportunidad le dio un gran empujón a su estado de ánimo que en realidad estaba por las nubes gracias a que sentía que la calma regresaba al fin a su vida; su relación con Blaine se afianzaba poco a poco y, pese a los numerosos compromisos que la banda había adquirido en las últimas semanas sumado a sus clases particulares y los ensayos con la ASO, encontraban un punto intermedio solo para ellos.

—Cuento contigo, Brandt. También tus compañeros.

—Lo sé, señor Baranski, y gracias de nuevo. —Apenas podía esperar para contárselo a Blaine, pero quería hacerlo en persona. Se despidió de su jefe tratando de mantener la compostura y no empezar a dar saltitos por el escenario.

—Buenas noticias, ¿eh, Brandt? —le dijo Niall cuando pasó por su lado con una sonrisa de agradable interés.

—Así es. —Se agachó para recoger sus cosas de la silla—. Me convocaron para lo del Centennial, ¿no es genial?

—En verdad lo es, tanto como para ir a celebrarlo. ¿Se te antoja un café, un helado, un batido...? Todavía es temprano —añadió con expresión de disculpa.

—Oh, lo siento, tengo prisa. Pero se me antoja el batido; podemos ir cualquier tarde de estas. ¿Te parece bien?

—Seguro. —Niall le regaló otra sonrisa, que no fue lo brillante de la primera. Aunque en el apuro del momento, Lori no podría haberlo notado.

Se le ocurrió pasarse por el estudio donde la banda se encontraba para ensayar. Si conseguía un taxi pronto llegaría a tiempo de escuchar la nueva canción que Jared, guitarrista y también promotor de The Feast, había escrito para la próxima gira por el estado. No tuvo ningún contratiempo para encontrar transporte. El tibio sol de la media tarde arrancaba vibrantes colores de la franja de arbustos salpicados de flores que observó a su izquierda cuando el taxi se detuvo en la avenida 713 Berkeley. Una repentina brisa barrió la capa de hojas secas que se amontonaba al pie de las gradas del edificio de una planta mientras las apuraba de dos en dos. Encontró a Jared fuera, en el pasillo, que junto a Tadashi (el baterista), fumaba un cigarrillo. Debían haberse tomado un pequeño descanso. Por alguna extraña razón comenzó a toser como un desquiciado al ver que ella se acercaba.

—Heyyy, Lori. Qué sorpresa. —Tadashi apagó lo que quedaba de su cigarrillo y lo arrojó al basurero para saludarla con un beso en la mejilla—. ¿Viniste a escucharnos?

—Ese era el plan. ¿Qué tal los ensayos? —Estiró un poco el cuello para tratar de ver a través de la puerta de cristal en caso de que Blaine asomara.

—Ah, ya sabes, tratamos de encontrar el sonido ideal para esta canción. Puede que el próximo intento sea el que buscamos.

—Les deseo suerte con eso. Ya no quiero interrumpirles el descanso, iré a buscar a Blaine. —Hubo un diminuto intercambio de miradas entre los dos hombres que no le agradó. Percibía una cierta tensión en el aire y esa parte de ella que ignoró al principio el anterior rapto de tos de Jared, punzó con inquietud. Sus ojos se estrecharon con sospecha—. ¿Qué es lo que no me están diciendo?

La respuesta salió caminando por su cuenta a través de la puerta de vidrio al final del pasillo. Una hermosa mujer, que no debía sobrepasar la veintena, caminaba unos cuantos pasos por delante de su novio, que se inclinaba un poco hacia el frente para guiar al pequeño niño que sostenía de la mano sin dejar de sonreírle. Mientras un sinfín de emociones desagradables se amontonaban en su pecho, Lori calculó la edad del pequeño, dos..., tal vez tres años, a su vez la sonrisa de Blaine se le evaporaba del rostro cuando levantó la cabeza y vio que ella lo contemplaba con algo que mezclaba incredulidad y decepción a partes iguales. Deseó jamás haber visto aquello en esa mirada, y su expresión se descompuso del todo al ver que Lori daba media vuelta para salir de allí casi corriendo.

Jared se llevó una mano a la frente, la de Tadashi voló a su nuca casi al mismo tiempo, ambos frotaron con manifiesta incomodidad en tanto trataban de averiguar qué hacer con la mirada. Por

otra parte, la respiración se le atascó a Lori en la garganta. «No puede ser, esto no está pasando». Quiso pensar que había malinterpretado toda la situación, que tal vez su cerebro se apresuró a sacar conclusiones, pero en el fondo sabía que no había tal equivocación. La reacción de los tres hombres fue suficiente para darse cuenta de lo estúpida que había sido desde el principio. Lágrimas le nublaron la vista cuando alcanzó la calle principal; rogó al cielo porque las arcadas que le sacudían el estómago no tomaran forma y que un taxi pasara lo más pronto.

—¡Lori! —«No, Dios mío»—. ¡Aguarda! ¡Lori! ¡Espera, por favor! —Blaine se acercaba a toda prisa. Qué no habría dado por desaparecer allí mismo. Aceleró el paso lo más que pudo, sin embargo, nunca tuvo oportunidad; la mano del hombre la alcanzó a la altura del codo y tiró de ella obligándola a mirarlo—. No es lo que piensas, por favor. Escúchame.

—No me toques —dijo y sacudió el brazo para liberarse. Las palabras no tuvieron la fuerza que había deseado imprimirles. En cambio, su voz se torció y dejó escapar un ahogado suspiro de desilusión—. Ya me humillaste suficiente, ¿qué más quieres de mí?

—Pensaba decírtelo... Pensaba decirte de verdad. —Blaine agachó la cabeza para encerrarla entre los brazos doblados sin dejar de mascullar maldiciones. Cuando levantó el rostro Lori se enfrentó a la más atormentada de las expresiones—. Solo pasó, ella y yo jamás vivimos juntos, apenas nos soportamos por el... por mi hijo.

Escucharlo de sus labios lo volvió más real, más doloroso si es que era posible, e hizo que un sollozo estrangulado se le escapara de los labios sin poder impedirlo.

—¿Y te reservaste ese detalle porque pensaste que nunca iba a enterarme? —Ya no intentó contener las lágrimas que bajaban en un torrente que se le escurría más allá del escote de la blusa—. Debe haber sido muy entretenido para ti, ¿no?

—No lo digas así, pensaba decírtelo. Es solo que necesitaba tiempo, encontrar el momento oportuno porque no quería que me miraras de ese modo. Yo... lo eché a perder. Lori, por favor... —La miró, de una manera tan penetrante que por un desconcertante segundo tuvo la sensación de estar siendo acariciada a un nivel muy físico por descabellado que pudiera parecer—. Te amo casi con desesperación. Si quería tomar las cosas en serio contigo, entonces también necesitaba serlo con esto. Creo que siempre asumí las cosas, a veces tener recursos me hacía olvidar que no podía tenerlo todo, vivía rodeado de espejismos; creo que nunca supe lo que era realmente querer algo hasta que llegaste tú, no eras algo que podía comprar... eres más... Eres invaluable. Y lo que es invaluable debe ser conquistado. Ahora no sé cómo remediarlo.

Era lo más hermoso que le habían dicho, también el peor momento para escucharlo. Se dio cuenta de que nunca había amado a nadie con semejante intensidad, pero eso la había dejado como un nervio expuesto, y el dolor no tardó en llegar.

—Esto está más allá de mí ahora. —Lo único que sentía en la lengua era el amargo sabor del desenlace, por lo que su voz se tornó ronca y dolida—. Creo que es lo mejor, ¿sabes? Quizá solo intentamos forzar algo que estaba destinado a durar muy poco.

—No, no puedes decirlo en serio. —El hombre se acercó para apoderarse de nuevo de su mano, suplicante el gesto que le endurecía el espacio entre las cejas y cargaba de ruego sus ojos—. Lori, por favor. Me equivoqué.

—También yo, Blaine. —Con suavidad desasíó sus dedos del agarre masculino, pensando en que ese día, más bien durante el tiempo que habían compartido, cometieron muchos errores,

aunque decirse *adiós* debería, poco a poco, dejar de parecer uno de ellos después de todo.

—¿Quieres otro café o algo para comer? —sugirió la chica que estuvo atendiendo su mesa, con lo que la neblina de memorias que le envolvía la cabeza retrocedió de golpe para devolverla al presente. Había notado esa y algunas otras caras nuevas en la cafetería, pero en esencia el ambiente seguía siendo el mismo que recordaba.

Había extrañado visitarla cada tarde, porque luego de mudarse al otro lado de la ciudad se le hacía imposible. El cambio que se avecinaba era tal que pasaría un tiempo para asimilarlo por completo. Nueva York se encontraba a una galaxia de distancia, un nuevo comienzo, nuevas oportunidades; por qué, si sonaba tan bien a oídos de los demás, entre ellos sus padres y su hermana, ¿por qué a ella no se lo parecía? ¿Por qué seguía sintiendo que deseaba ser encontrada después de lo que había pasado?

Tal vez, porque un Blaine demasiado inconforme con su decisión de terminar, estuvo tras sus pasos todo lo que pudo antes de tener que alejarse de la ciudad para atender los numerosos compromisos que la banda tenía, entre los que se contaba una gira que según se enteró más adelante se había extendido por varios estados vecinos. Pensó que poner suficiente distancia entre ellos aliviaría su alma rota; seguiría intentándolo hasta que funcionara. Esa audición para la Orquesta Filarmónica de Nueva York le ponía los vellos de punta, pero era solo una posibilidad; con la carta de recomendación que el señor Baranski le había entregado al marcharse podría buscar trabajo en alguna escuela de música si fuera el caso.

—Así está bien, gracias. ¿Podrías traerme la cuenta, por favor?

La chica asintió con amabilidad antes de alejarse. Lori aprovechó para solicitar un taxi en tanto aguardaba. Y la campanilla sobre la puerta volvió a tintinear.

Lori, que había hundido la mano en su bolso para guardar el teléfono y sacar la cartera, levantó apenas la vista como por impulso. Su verde mirada se estrelló de frente contra el hermoso rostro que aparecía por la puerta y la colisión alcanzó niveles críticos cuando el rostro en cuestión se fijó en ella.

«Idiota en rehabilitación», leyó el estampado sobre el pecho de Blaine mientras se acercaba a largos pasos sin apartar sus ojos de los de ella. La atención colectiva se centró en el recién llegado, por lo estúpido de su camiseta o porque era una celebridad local, quién sabe. Casi pudo escucharlo tragar cuando se detuvo frente a su mesa.

—Lo sabía..., sabía que te iba a encontrar en algún momento. —Sin esperar a que ella lo invitara, apartó una silla y se sentó con actitud inamovible.

Pese a lo sorprendente del momento, Lori permitió que la esencia masculina la aturdiere. Era el último regalo que se permitiría, porque lo había extrañado y porque esa sería la última vez que estarían tan cerca el uno del otro.

—Pensé... pensé que estabas de gira.

—Lo estoy, pero tengo que volar hoy mismo de regreso... Mira. Eso no importa —repuso con irreprochable suavidad—. No puedo olvidarte, Lori, no quiero. No voy a hacerlo. He venido aquí cada vez que he encontrado la oportunidad... esperando verte. —El corazón femenino se retorció ante la insostenible ternura de la caricia que Blaine describió a un costado de su rostro. De hecho,

no reparó en qué instante había cerrado los ojos e inclinado la cabeza en busca de atrapar su calor —. Te amo, nena. Tú y yo somos música juntos. Sé que tengo mucho camino que recorrer para ganarme de nuevo tu confianza. ¿Crees que pueda tener otra oportunidad?

Entonces la mujer abrió muchísimo los ojos para ver que una enorme pared de realidad caía en medio de ambos desbaratando el instante.

—Ya no estaré aquí cuando regreses —susurró. Era algo que no estaba preparada para decir, sin embargo, debía encontrar el valor para dar el paso definitivo—. Esto..., nosotros. Es un error. Lo siento, Blaine, pero nuestra canción llegó a su fin. —Y como sabía que su voluntad frente a él podía disiparse de un momento a otro, sacó con toda rapidez un par de billetes para pagar tanto la cuenta como la propina y los dejó sobre la mesa. Con ese mismo impulso se llevó el bolso al hombro y atrapó la manija de una maleta que hasta entonces el hombre no había visto.

—Supongo que si te pregunto no me lo dirás. —Un sentimiento general de estar siendo absorbido por una especie de hoyo negro se abrió en el pecho de Blaine.

—Es mejor así. —Se esforzó porque su voz sonara de modo casual. Evitando hacer contacto visual se abrió paso por entre las mesas hasta la salida, donde se detuvo unos segundos en espera de que Blaine, quien se había adelantado por el otro lado, terminara de abrir la puerta para ella—. Gracias —masculló precipitándose al exterior.

Lo siguiente que supo es que un par de brazos enormes la envolvían por completo. Tan solo el húmedo toque de unos labios incomparables que se engarzaban con los suyos tuvo sentido; y entonces el mundo entero dejó de existir, porque en algún lugar del camino comprendió que su existencia se había acostumbrado al calor de aquel otro cuerpo.

—Esta no es una canción de adiós, Lori. No si puedo evitarlo.

Amor Inmortal

(Castalia Cabott)

**Es algo ilógico ver pasar y correr los siglos y los días.
El pacto de poder y sobrenatural que se llevó mi vida.
Y me hace regresar a ti desde las sombras.**

Amor inmortal. Chayanne.

A MODO DE PRÓLOGO

Wirt – febrero de 2019

Cuando eres joven, cometes errores; los errores se subsanan, se perdonan, se aprende de ellos, forman tu carácter, templan tu espíritu, te hacen un mejor humano. Pero si eres un joven desconsiderado, ambicioso y desleal sin consideración hacia nadie, es probable que toda tu vida sea un error y definitivamente todo pase una vez que mueras.

Mi padre murió rodeado de honores y riqueza. Tal vez no lo sepas, pero mi padre fue un amigo de toda la vida del Rey Arturo y después que asumió como rey se convirtió en su consejero y confidente. Sí, cuando hablo de Arturo me refiero al de la mesa redonda, pero no les hablaré de él, ni de mi padre, aunque mi historia no puede contarse sin ellos. Jamás los he olvidado, ni un solo día de los mil doscientos veintisiete años que han transcurrido desde mi muerte.

Sí, como cualquier mortal, mi vida tuvo un fin, o un comienzo, porque todavía no dilucido si este es mi infierno personal o el comienzo de una larga eternidad que me dejará en ese infierno esperado. Porque sí merezco el infierno.

Se dice que nuestro destino está escrito. Merlín me lo dijo y Merlín jamás se equivocó. Él sabía cuál sería mi destino y no era el que mi padre y Arturo imaginaron. Piensen, ¿qué otro destino podría tener un único y amado hijo, sino el de formar parte de la misma Mesa Redonda? Arturo solía decir que era el único niño que tenía dos padres: un rey y el hombre más probo del reino. Y eso demuestra cuánto me amó.

Apenas cumplí los cinco años Arturo pidió a Gawain y Lancelot que me guiaran hacia ese glorioso destino que solo mi padre y ellos veían: un miembro de la famosa Mesa Redonda, un caballero de Arturo, un hombre valiente, leal, magnánimo y justo, un caballero mítico que la historia y las leyendas recordarían con una sonrisa. Si hubiera vivido lo que he vivido, si hubiera sabido todo lo que sé, nada sería como es. Yo no sería quién soy. Lo cierto es que no tengo a nadie a quién culpar de haber torcido mi propio destino. Yo quería ser... cualquier cosa menos un caballero del reino, solo anhelaba la libertad más absoluta, no quería deberes ni imposiciones, y era joven, muy joven para no notar que la maldad susurraba en mis orejas qué hacer, qué decir, qué pensar...

¿Por qué nadie me dijo que el odio llenaba el corazón de Mordred? Cuánto dolor se habría evitado si lo hubiera sabido. O quizás no. Cuando eres joven crees que puedes llevarte el mundo por delante. Confié en Mordred, fui débil, ignorante, ciego, porque creí en sus palabras, seguí sus consejos y con ellos solo traicioné a los dos hombres que más me amaron en la vida. Y fui tan, pero tan estúpido que jamás pensé que, al hacerlo, los destruiría. En ese momento no me parecía mucho por pagar.

Sé que los libros de historia no lo han registrado, mi nombre jamás apareció siquiera en las miles de leyendas que se fueron tejiendo en más de mil años pero debes creerme cuando te digo que fui el responsable de que la etapa más gloriosa y mágica de la vieja Britaña desapareciera.

Fui el responsable de unir a Ginebra, la amada esposa de Arturo, al caballero Lancelot. Insuflé dudas entre ellos, cree mentiras convincentes, fingí, mentí, oculté, sabiendo que Arturo y Lancelot morirían sin Ginebra. Porque con el tiempo he aprendido que Arturo amaba a Ginebra, pero también a Lancelot, que Ginebra amaba a Lancelot, pero también a Arturo, y que Lancelot, siempre se movió en las espantosas aguas del amor que sentía por Ginebra y su rey. Fui astuto, certero en mis infames comentarios y logré destruir a Arturo, a la Mesa Redonda y a todo un glorioso reino que jamás recuperó esa gloria mítica perdida.

Y tuve mi castigo.

Merlín jamás respondió ninguna de las muchas preguntas que le hice. ¿Cuál es realmente mi castigo? ¿Es esta vida eterna esperando el infierno? ¿O este es ya mi propio infierno? ¿Estoy vivo o estoy muerto? No solo jamás las respondió, tampoco me dijo si tengo alguna posibilidad de redención. Durante muchos siglos estudié el tema ese de la redención. ¿Puede un pecador ser perdonado? ¿Yo puedo ser perdonado? Hace cuatro o cinco décadas, no recuerdo bien, por suerte algunas cosas las olvido, sé que la última vez que nos encontramos, mirándolo a los ojos le pregunté.

—¿Algún día seré perdonado?

Merlín nunca dice nada directamente y esa vez tampoco lo hizo, me miró un largo rato. Recuerdo cómo sonaba mi corazón y me respondió de manera encriptada, como siempre.

—El día que encuentres tu alma y entiendas qué es el amor.

¿Y eso qué significa? Hace muchos siglos qué entendí el amor, recuerdo ese exacto día en que comprendí que no solo había destruido a las personas que más había amado y me habían amado. Ese día me arrepentí. Y no ha habido día que siguiera, donde dejara de hacerlo.

¿De qué amor hablaba Merlín? Durante siglos intenté enamorarme. Sí, conocí a hermosas mujeres, disfruté en enamorarlas, en cortejarlas, en hacerlas felices, en darle todo lo que soñaban y más. Y eso no me cambió. Me enamoré muchas veces, muchas más de las que recuerdo y nunca me sentí diferente. Y también, debo decirlo, tuve sexo, mucho sexo, del romántico, del erótico, del sado... del que imaginen y tampoco me sentí diferente.

Soy inmortal, vivo en un presente que me causa agonía. Y no hay salida. Es algo ilógico ver pasar y correr los siglos y los días y saber que mi cuerpo no muere y mi alma, sigue.

Tal vez, quizás, algún día descubra cuál es realmente mi castigo, si mi muerte llegará o esto que llamo vida es mi propio infierno.

1

Odiaba abrir el refrigerador y encontrarlo vacío, tanto como odiaba ir de compras. Cerró la puerta con un golpe tan fuerte que le garantizó un deceso cercano y prematuro.

Volvió a sentarse frente al televisor con ganas de tirarle la botella de cerveza que no encontró a la inocente pantalla. Tomó el control remoto y recorrió el espinel agotando todos los canales, desde los deportivos hasta los porno y nada llamó su atención. Cómo si algo pudiera hacerlo cuando llevaba los últimos mil doscientos veintisiete años recorriendo un mundo que ya se le hacía demasiado chico y conocido y sin nada interesante que ofrecerle.

Salió hacia el balcón y miró desde su lujoso pent-house la noche estrellada. El invierno estaba casi llegando y ya el aire frío se sentía. Últimamente miraba demasiado el cielo, tal vez podría dedicar su próxima vida a viajar al espacio exterior. ¿Por qué no?

—Anotado —se dijo en voz alta.

Wirt Bown, ahijado del mítico Rey Arturo, cómplice desleal de Mordred, inmortal gracias a Merlín, iría al espacio.

—Quizás ahí esté mi redención.

Reingresó al interior de su sala, apagó el televisor, tomó un abrigo y salió.

Las noches en New York no tenían secretos para él, ni los tuvo en los locos veinte, o en la gran depresión, o los casi, debido a tanta yerba que se fumó, olvidados setenta. Cada ochenta años cambiaba de continente, de oficio, y se dejaba llevar. Su mente estaba llena de historias de miles de años que resistían en su memoria. Se consideraba a sí mismo un prisionero condenado a cadena perpetua y culpable de todos los cargos, La única diferencia de su prisión era vagar por siempre en soledad.

Los ruidos de la calle ya no lo sorprendían, ni aun cuando apenas eran las tres de la mañana, en una fría noche. No era la primera vez que salía en esas horas y ya conocía el movimiento en los alrededores del edificio dónde vivía, y esas tres camionetas de vidrios polarizados no pertenecían al lugar.

—Y sin matrículas —susurró.

¿Un robo? Tenía cerca un banco, pero estaba a tres cuadras. ¿Un ataque terrorista? Apretó sus puños, salió de la amplia vereda y caminó silenciosamente por el medio de la calle. No llevaba armas, no las necesitaba. Había tenido siglos para aprender a defenderse. Sabía que estaba siendo observado, detuvo sus pasos y extendió sus sentidos. A su derecha, un sonido parecido a una explosión seca atrajo su atención. En el lugar, un relámpago lo llevó a protegerse los ojos con una mano. Unos segundos después, la luz mermó para permitirle ver la figura de un joven vestido de negro que lo miraba.

—¡Wirt Bown, al suelo! —advirtió el joven.

Hacía casi nueve siglos que no usaba su nombre real, el que su padre le puso. Sin pensarlo, se lanzó al suelo apenas unos segundos antes que un rayo de luz violeta pasara sobre él. Como un acto reflejo, miró hacia dónde había salido la luz y notó a tres hombres, uno de ellos tenía una extraña arma que lo enfocaba. Sin pensarlo, giró en el asfalto hasta resguardarse y ponerse de pie. El joven que le había gritado se movió a una velocidad que jamás había imaginado hacia los tres hombres. Desde una de las camionetas bajaron tres hombres más para unirse a la desigual lucha.

El joven peleaba como un auténtico ninja, sus contrincantes intentaban detenerlo, pero ni siquiera podían tocarlo.

—¡Impregnen! ¡Impregnen! —gritaba alguien.

El grito obligó a Wirt a unirse a la pelea. De pronto se encontró con golpes, gritos y sangre manchando su ropa. No pasó mucho para que los seis hombres cayeran derrotados al suelo. De la parte de atrás de una de las camionetas asomó otro hombre con un arma sobre su hombro y lanzó una especie de misil, Wirt vio el brillo del disparo al mismo tiempo que captaba cómo el joven disparaba lo que pareció una estrella plateada para encontrarse a medio camino con eso que parecía un misil, aunque mucho más pequeño y lo envió contra el edificio. Ahí golpeó; rompió la pared, dejó un hueco enorme y con él un espeso humo violeta. Con rapidez, el hombre intentó volver a cargar su arma, pero no pudo hacerlo. Cayó sin vida al suelo cuando una segunda estrella encajó en su pecho.

Cuando sintió un toque en su espalda, Wirt giró elevando sus puños, preparado para golpear; el joven frente a él le gritó:

—Tenemos que irnos. ¡Ahora!

El humo se esparcía grueso hacia donde estaban. El joven lo tomó del abrigo y lo obligó a correr.

—¡Vamos, Tenemos que irnos!

—Espera —le ordenó Wirt.

—¡No! Tenemos que irnos, ellos —señaló hacia el humo y los cuerpos— no deben tocarte.

Wirt se sintió empujado y guiado hacia el final de la calle. El joven se detuvo.

—Tenemos que desaparecer de las cámaras. Bajemos.

Corrieron hasta que vieron el ingreso al subterráneo; estaba iluminado. Bajaron las escaleras casi saltando. Wirt estaba sorprendido por el extraño suceso y hacía muchos años que nada ni nadie lo sorprendía. Ya en el último escalón para ingresar al subte, el joven lo empujó hasta que cruzó la puerta abierta de uno de los vagones. Apenas puso un pie en él, la puerta se cerró y el tren arrancó. Adentro había poca gente, el joven caminó hacia el fondo del vagón sin dejar de mirar hacia la entrada por la que habían ingresado. Cuando se dio vuelta para buscar a Wirt, lo encontró sentado mirándolo. El muchacho regresó y se sentó enfrente.

—¿Vas a decirme... —Wirt hacía un esfuerzo por mostrar un tono de voz tranquilo, pero la lucha y la corrida había sido fuerte y hacía mucho tiempo que tener un buen estado físico había dejado de interesarle—... qué fue eso? No. Empecemos por ¿quién eres?

—Soy Harrison.

—¿Harrison...? ¿Eso es nombre o apellido?

—Las dos cosas.

—Las dos cosas... —repitió mirándolo de arriba abajo.

El hombre mediría quizás el metro ochenta, tenía cabello negro cortado al rape y ojos de un verde que no había visto nunca, un verde azulado con pintitas doradas. Ojos raros y extraños. Lucía un entero en tono negro, ajustado al cuerpo, de una tela que tampoco conocía. Ni siquiera parecía agitado, cuando él mismo aún trataba de juntar aire para respirar normalmente.

—¿Eres un militar?

—Lo fui —respondió.

La lógica aclaró su mente. Solo alguien con entrenamiento podía vencer casi a cinco hombres al mismo tiempo.

—¿Un ninja?

—No. Conozco su manera de luchar, la uso, pero no soy un ninja.

—Bien, Harrison, ¿vas a explicarme qué fue todo eso?

El joven levantó la vista. Al parecer leía las estaciones del subte. De pronto se puso de pie.

—Tenemos que bajar —afirmó y se acercó hasta la puerta de salida.

Wirt lo siguió, intrigado por lo que pasaba. La estación en la que habían bajado no se veía tan iluminada. Harrison se detuvo, luego caminó hasta apoyarse en la pared, levantó su mano y de su antebrazo se elevó una pantalla de holograma en tono verde.

El clásico sonido de un auto frenando a gran velocidad obligó al joven a interponerse entre el auto que apareció de la nada y una ráfaga de disparos. El joven empujó con su cuerpo a Wirt al piso para evitar que una salva de balas le diera. La pared pareció ser picada. Antes de tocar el suelo, su salvador ya estaba de pie lanzando estrellas ninjas. El auto derrapó bamboleándose de un lado al otro hasta que chocó con otro auto estacionado, lanzando humo, vapor de agua y las bocinas comenzaron a sonar después del fuerte golpe.

Una vez más, Harrison tomó a Wirt del brazo, lo levantó del suelo y lo arrastró calle abajo. Dos cuadras más allá, se detuvo, miró un auto y dijo:

—Este, sube.

Wirt se quedó de pie, cruzó sus brazos y le sonrió.

—¿Qué te hace pensar que voy a seguirte?

—Acabo de salvarte la vida.

—¿No crees que me iría mucho mejor seguir solo? Mi casa está muy cerca. Aunque pensándolo muy bien me gustaría saber qué pasa, y más precisamente cómo conoces mi nombre.

—Tal vez no creas lo que puedo decirte y no te recomiendo regresar a tu casa. Imagino que pueden estar esperándote.

Wirt frunció el entrecejo. No le gustaba no entender las cosas a su alrededor. En mil doscientos veintisiete años nada lo sorprendía. ¿Acaso había algo que no supiera?

—¿De qué se trata todo esto? Conoces mi nombre, eso sí me sorprendió, hasta yo empezaba a olvidarlo. ¿Qué es esto? Soy un hombre de mente abierta. ¿Y dónde iríamos?

—A un lugar más seguro. Voy a explicarte todo, pero tenemos que salir de aquí.

Wirt se detuvo de inmediato sin descruzar los brazos y lo miró sonriente.

Harrison sabía lo suficiente de él como para saber que si algo definía a Wirt Bown era su absoluta negación para recibir órdenes o indicaciones. Se detuvo también y ensayó la misma postura unida a un tono calmo mientras sus sentidos se mantenían alerta.

—Esos hombres, Wirt Bown si te encuentran, te convertirán en el paciente cero de un virus mortal llamado “Sarmar”.

Wirt lo miró un segundo.

—¿Infectarme? Primero no creo que eso sea posible, jamás me enfermo. Soy... tengo una larga vida.

—Esa es la razón de mi presencia acá: tú no puedes enfermarte, es cierto, y eso te convierte en

el transmisor perfecto. Si esto no se termina en estos momentos, pasarás años y años dejando miles de muertos detrás de ti. Tenemos que irnos. ¡Ahora! Puedes seguirme y conocer toda la historia o regresar a tu departamento. Pero si lo haces, debes saber que en este tiempo no hay cura para el Sarmar. Y que lo que acabo de decirte forma parte de tu futuro.

Wirt grabó dos palabras, *hoy* y *futuro*, mientras observaba a Harrison extender su mano hacia adelante y un haz de luz azul como la tela del hombre araña salió de su antebrazo, para dejar ver la pantalla holográfica que había visto antes en el aire.

—Este servirá —susurró Harrison.

Wirt miró el vehículo estacionado. La noche oscura había comenzado a iluminarse mientras las casas iban despertando debido al ruido del choque y las bocinas que continuaban sonando. Pronto llegaría la policía. Las puertas de la 4X4 ubicada a unos pasos de ellos se abrieron solas.

Harrison se apresuró y se sentó en el lugar del conductor, elevó su mano izquierda, tocó algo en su antebrazo y una luz roja fue dirigida hacia el arranque del vehículo que se encendió de inmediato.

—¡Eh! ¿Qué hacen en mi auto? —gritó un hombre en bata desde el otro lado.

—¡Sube! —ordenó Harrison al ver que la gente salía de sus casas.

¿Qué puede perder alguien que no puede morir y tiene una eternidad por delante? Nada. Wirt estaba extasiado, por fin una aventura real, algo que no sabía, una sorpresa tras otra, sin planes... Se habían necesitado muchos siglos para volver a sentir correr su propia sangre. Sin que Harrison lo viera, dibujó una sonrisa en su rostro y lo siguió adentro del vehículo.

Una pantalla reflejada en el mismo parabrisas delantero del vehículo mostraba, como si fuera un GPS, un camino en color rojo.

Electrónica, anotó Wirt a la pequeña lista que había ido armando desde que salió de su casa: *terroristas, ninjas, ¿humano?, virus, hoy, futuro*.

El viaje se inició en silencio. Cada hombre perdido en sus propios pensamientos.

—¿Por qué alguien me contagiaría un virus?

—Sabe de tu condición inmortal.

—¿Lo sabe? ¿Cómo? No es que aparezca en la guía telefónica. De hecho, ni siquiera yo lo sabía. Ni Merlín me lo dijo. Casi había olvidado mi nombre y de improvviso apareces y lo sabes y ahora me dices que hay alguien que sabe que soy inmortal y me quiere usar como transmisor de un virus mortal. Eso dijiste, ¿no?

—Así es

—Entonces... ¿De quién hablamos? —Wirt se alejó del respaldar del asiento y por casualidad observó un líquido rojo. Al instante comprendió—. ¡Estás herido! —La sangre manaba de su hombro y caía suave y caliente por su vientre. La salva de disparos pasó fugaz por su mente, el muchacho lo había empujado y recibió alguna bala que le estaba destinada.

—Sí. Pero estoy bien.

—No lo dudo, solo que si sigues derramando toda esta sangre acabarás sin nada. Detente. Arrímate a la acera.

—No podemos. Aún no.

—¡Maldita sea, ahora mismo!

Wirt tomó el volante e intentó llevarlo hacia un costado. Forcejearon un momento, pero Wirt

logró pisar. La camioneta hizo un movimiento de riesgo, pudieron sentir el sonido chirriante de las ruedas y terminó estacionada frente a un árbol, sin tocarlo.

Wirt miró la herida y la ropa que llevaba Harrison.

—¿Cómo te sacas esta mierda?

—Wirt, tenemos que irnos. Y estoy bien. Escucha, no soy... un hombre común. Puedo ser herido, pero estar bien, yo...

—No me importa qué clase de hombre seas, estás herido y por mi causa... Creo.

Wirt sopesó una serie de opciones, corrió su abrigo largo y tomó uno de los faldones de su camisa blanca de seda. Arrancó un pedazo.

—Esto va a dolerte —le informó mientras intentaba romper la tela metiendo dos dedos en el agujero lleno de sangre que la bala había dejado. Intentó rasgarla sin éxito.

—Espera —le pidió Harrison. Tomó la costura del hombro, la tocó y la tela se deslizó abriéndose sobre la herida.

—¿Qué demonios es esto? —musitó Wirt y colocó la compresa sobre el hueco de la bala—. ¿Tienes la bala dentro? —preguntó mientras lo enviaba hacia adelante y lo revisaba por detrás hasta encontrar la salida de bala.

—No. Este traje esta realizado con nanotecnología.

Wirt se detuvo y lo miró un segundo.

—No hay nanotecnología que desinfecte o cure. —El rostro de Harrison le dijo lo contrario—. Demonios —maldijo, para luego buscar otro pedazo de su camisa y colocarla como compresa por su espalda.

—Tenemos que ir a un hospital. Has perdido mucha sangre.

—Estoy bien. No es la primera vez que soy herido.

—Imagino que no. ¿Estás seguro de que no necesitas un médico?

—Seguro.

—¿Es por el traje?

—Lo es.

—Bien, yo conduciré —dijo y sin esperar respuesta bajó de la camioneta para rodearla.

Harrison movió su cabeza de un lado a otro, lanzó un resoplido y se movió hacia el lado del acompañante. Cuando Wirt subió, comprendió que no tenía la llave.

—¿Puedes arrancarlo de nuevo?

Harrison enfocó su luz y Wirt puso el automóvil en movimiento.

—Sigue la ruta —señalando la imagen que se reflejaba sobre el vidrio delantero.

Las únicas palabras que se habían repetido cada media hora habían sido:

—¿Estás bien?

—Sí.

Cuatro horas después, el GPS los sacó del asfalto de la ruta para acceder a una huella casi invisible. Wirt no dudó un segundo en que Harrison conocía muy bien el camino desde antes, si no fuera así, no habría seleccionado una camioneta todo terreno. Si no hubiera sido por ella, estarían atascados o aún caminando. Evidentemente, la pantalla era una especie de GPS que no conocía. Mentalmente agregó a su lista *GPS*. ¿Chino, japonés, o coreano?

—Llegamos —anunció Harrison.

2

Cuando la casa apareció ante ellos, estaba perfectamente camuflada con el entorno boscoso. Una cabaña de troncos casi derruida por el tiempo. Wirt bajó de la camioneta y siguió a Harrison que de pronto se puso de espaldas a la cabaña y levantó su brazo y apuntó un haz de luz que iluminó el sendero por el que había llegado. Levantó su mano y el haz de luz se expandió tomó un tono verde para formar una especie de paraguas delante suyo.

—¿Qué es eso?

—Un campo de fuerza. Nos dará tiempo de reaccionar si han logrado seguirnos. —Harrison giró y entró.

Wirt miró el campo. Jamás había visto uno igual. Estaba casi seguro de que eso no existía en la Tierra, él lo sabría.

—¿Campo de fuerza? He visto muchas cosas en mi vida, pero un campo de fuerza fuera de una pantalla de cine, jamás. Sí que tienes muchas cosas que explicarme.

Wirt miró sorprendido cómo la luz verde se disolvía delante suyo y giró para ver a Harrison ingresar a la cabaña. Adentro el lugar era una pocilga. El techo se había caído casi en su totalidad, telas de arañas habían blanqueado el cuarto, el piso era solo un colchón de hojas secas amontonadas, con algunos arbustos creciendo en su interior. Carecía de muebles y habitaciones, solo era un viejo galpón de madera a punto de caerse.

—¡Qué buen refugio! —exclamó Wirt divertido—. Te aconsejo no te muevas y no respires o la tirarás abajo— agregó bajando la voz.

—Esperaremos—respondió Harrison sonriéndole y se dejó caer para sentarse en el suelo.

Wirt lo miró preocupado, Harry se estaba moviendo más lento de lo que lo hacía; lo imitó y se sentó a su lado.

—Estupendo, esperaremos... ¿qué? A propósito, ¿cómo te sientes? Y no me digas bien. ¿Y qué hace tu traje?

—Pues lo estoy. Acelera el proceso de sanación de las células.

—¿Cómo?

Harrison lanzó aire contenido.

—No lo sé. Soy un soldado no un técnico.

—Entiendo. Tenemos a un tipo con traje de superhéroe, que se mueve a una velocidad imposible, que tiene un GPS incorporado al brazo, que crea campos de fuerza de manera mágica...

—No es magia. Se debe a un microchip colocado bajo mi epidermis.

—...Con un microchip bajo su epidermis, que afirma ser soldado y que me salva vaya a saber de qué y que me trae vaya a saber dónde para sentarnos a esperar nadie sabe qué. Es una noche muy interesante, por cierto. —Wirt resopló más fuerte, mostró su impaciencia—. Creo, Harry, que

ya debes contarme qué pasa.

—¿Harry? Nadie me ha llamado así.

—Si tenemos que esperar que al menos sirva para algo. No cambies de tema.

—No lo haré. ¿Por dónde empiezo? —comentó Harrison levantando su brazo sano y tocando su hombro herido.

—Empieza por decirme qué estamos esperando en este lugar olvidado —atacó Wirt de improviso.

—Ayuda. Este es el lugar dónde recibiremos ayuda.

—¿Ayuda para qué?

—Vamos a frenar a Pendragon.

—¿Pendragon? ¿Hablas de Uther Pendragon? ¿Del padre de Arturo? ¿Estás bromeando?

—No de él. Así es el nombre que le han puesto a su organización.

—¿Una organización terrorista? ¿La organización de quién?

—Algo así. No la creó Uther, solo tomaron su nombre. Pendragon es una organización que atenta contra la paz mundial. Tienen un plan para gobernar el mundo y están a punto de lograrlo.

—Nunca he oído hablar de Pendragon, esa organización de la que hablas. Y con respecto a la idea de gobernar el mundo, he sido testigo de muchos que lo han intentado, sin éxito, por cierto. Eso me suena más a película clase B. Y, te advierto, que me he visto todas las películas de superhéroes que se han hecho desde que se inventó el cine. Eso de gobernar el mundo no es algo que interese y pueda ser posible. Con los deshonrosos intentos de Atila y Hitler, a quiénes conocí, por cierto.

—Lo sé. Sé que tuviste mucho que ver con su final. Puede parecer sorprendente, pero la humanidad no aprende. Hay un grupo de humanos que sí creen poder gobernar el mundo. Y para eso te necesitan. Eres una pieza importante en su plan.

—¿A mí? Eso es imposible. He sido muy cuidadoso protegiendo mi existencia. No creo que nadie sepa de ella.

—Los hombres que te atacaron sí sabían de ti.

—¿Me atacaron a mí o solo eran terroristas?

—Esos hombres pertenecen al ejército de Mordred.

—¿Mordred? ¿Hablamos del mismo Mordred que me metió en esto?

—El mismo.

—¿Está vivo?

—Lo está, él fue quien fundó Pendragon, en el año dos mil diecinueve.

—¿Este año?

—Este año. Inocularte un virus mortal es uno de sus primeros planes. Si lo evitamos y cortamos de raíz su accionar, cambiaremos la historia.

—¿La historia? Estás bajo tratamiento psiquiátrico, ¿verdad? Nada de lo que dice tiene sentido.

—Eres un inmortal, sabes que Merlín aún vive, pero ¿dudas de Mordred y su plan? ¿Piensas que sabría tanto de ti si no fuera cierto?

—Siempre pensé que Merlín estaba vivo, lo he cruzado dos veces en mi larga vida. Soy la

prueba de que puede hacer muchas cosas más de las que el mismo Arturo sabía, pero jamás pensé que Mordred pudiera equipararse. ¿Mordred vivo? ¿Acaso Merlín también tuvo que ver con eso?

—Tengo entendido que Mordred era un hechicero de artes negras. No fue Merlín quién le dio inmortalidad, él se la adjudicó a sí mismo. Y sí, Mordred y Merlín aún viven.

—¿Esto significa Mordred sabe que estoy vivo? Él siempre me vio como un imbécil necesario. ¿Por qué sus hombres me atacarían?

—Mordred descubrió que estabas vivo hace muy poco. Por eso, sabiendo de tu existencia, ideó su plan. Esos que vimos eran sus hombres.

—¿Qué quieren? ¿Matarme? ¿Por qué contagiarme? Soy inmune.

—Lo eres, por eso te convierte en el único espécimen humano que puede ser contagiado y no morir. Muy tarde el futuro comprendió que eras el responsable de diezmar a la población de la tierra.

Wirt recordó que antes ya le había hecho una referencia hacia el futuro.

—¡Eiiii, un momento! ¿De qué futuro hablas?

—De tu futuro. Soy un viajero del tiempo.

—¿Qué?

—Vengo del futuro y estoy aquí para derrotar a Mordred antes de que te convierta en el asesino de medio planeta.

3

Harrison. 2119

Lo último que recordaba era que los explosivos caían uno detrás del otro.

—Harrison, levanta tus brazos. ¿Sientes dolor?

¿Dolor? Había vivido con dolor toda mi vida. El dolor era la única certeza de que seguía con vida. Era un soldado, siempre lo había sido. Un niño huérfano que, en cuanto tuvo edad suficiente como para cargar un arma, se incorporó como miembro del regimiento S18.

—No. —Fue mi respuesta.

Pensé que había muerto, esa era la realidad; qué esa granada había acabado con mi vida. Vi mi cuerpo abierto y mis entrañas cayendo al suelo. Pero al parecer ese no era mi destino.

Harrison, 26 años, capitán del S18, dejaría de ser humano para seguir sirviendo como ciborg. ¿Por qué no? Mi historial de batallas y supervivencias era conocido por todos. En estos tiempos brindarte la posibilidad de convertirte en un ciborg es una oportunidad que nadie rechaza. Me pregunto quién habrá pensado en que podría hacerlo.

Estaba cansado de vivir como vivía: misión tras misión, para llegar a un departamento dónde ni siquiera crecían plantas. Una vida dedicada a la guerra, batalla tras batalla. Una vida en soledad, una vida esperando la muerte. Y cuando está decidió acordarse de mí, cerré los ojos, feliz por su llegada. Recuerdo haber pensado: ¿Esto será lo que llaman felicidad?

Nunca lo supe.

Toda una vida esperando morir y desperté.

Varios pares de ojos me observaban. Todos se veían felices y comentaban sobre mi exitoso proceso de asimilación de las nuevas partes de mi cuerpo y el cambio de otras, lo que, al parecer, era inusitado. Nunca habían encontrado un hombre con mis características. No habían pasado ni ocho meses y ya mi nuevo cuerpo estaba listo para regresar a combate, más rápido, más fuerte, menos humano... Eso pensaba. Sería integrado al grupo de elite que conformaban los ciborgs en la lucha contra Mordred. Se decía que ellos luchaban en nombre de una parte de la humanidad que se resistía a desaparecer bajo las ambiciones desmedidas y ególatras de Mordred.

La creación de ciborgs había sido la mejor respuesta a los constantes ataques de Pendragon. Durante mucho tiempo se pensó que, creando súper soldados, los triunfos llegarían. Pero Mordred no es humano, nunca lo fue. Él no juega con cartas éticas y correctas. Sus hordas modificadas avanzan a pasos agigantados. La única manera de vencerlos era crear ciborgs que dupliquen a las hordas de Mordred, pero eso sería actuar contra los más sagrados principios de respeto a la vida. Y Merlín jamás daría ese paso.

Los ciborgs eran construidos a partir de cuerpos de soldados ya sin esperanzas de vida. Y aun así, todos sabían que reunir los requisitos no significaba la creación de uno, porque no todos resistían el proceso. Y alcanzar los números de las hordas creadas por Mordred se hacía imposible.

Cómo soldado, mi destino era morir en batalla, eso quería y no pude lograrlo; antes de hacerlo, los científicos me dieron este cuerpo, que en gran parte es mío, pero también sintético y ensamblado. Soy un ciborg, una forma de vida mejorada destinada a luchar y vencer contra las hordas de Mordred.

O no.

Porque mi destino fue otro.

Un extraño hombre con una larga barba aparecía durante mis pruebas finales. Podía verlo, sentirlo. Siempre estuvo ahí. Primero fue una presencia más, un atento observador. Algo había en ese hombre que atraía la atención de todos. Solo miraba mis pruebas, mis análisis, me miraba entrenar y, sin decir palabras, se iba. El hombre esperaba algo de mí, estaba seguro, muy seguro y me preguntaba el qué.

El día que apareció solo en el pequeño y aséptico cubículo que era mi cuarto en el hospital supe al verlo que por fin tendría mi respuesta. El hombre se sentó en la única silla de mi cuarto y me miró. Yo acababa de llegar de otro de los cientos de estudios que me hacían a diario. El hombre hizo un ademán de invitación y me senté en mi cama, justo frente a él.

—Voy a contarle una historia soldado —Así empezó.

Sonreí mentalmente. Jamás nadie me había contado historias. Las únicas que conocía eran las de los libros que encontraba en la sala del hospital los largos meses que pasé por el proceso de conversión. Y para mi sorpresa, este hombre frente a mí comenzó a narrar una historia conocida: la famosa leyenda del Rey Arturo y los valientes caballeros de la Mesa Redonda. Su historia cambió, fue distinta cuando me habló de Ginebra, Lancelot y el joven y manejable Wirt Bown. Un joven inocente que fue envenenado con mentiras y, debido a ellas, el mundo cambió.

—Pero esa no es la historia que debe importarte —afirmó el anciano—, lo importante es el gran error que cometí. Remediar ese error es parte de tu misión.

No podía entender de qué hablaba. ¿Debía ser yo quién enmendara un error de ese hombre? ¿Y quién era él?

Se lo pregunté. Su respuesta aún me causa escozor:

—Soy Merlín.

Recuerdo que lo miré mucho tiempo.

—¿Merlín? ¿El mismo nombre que el del mago?

—El mismo nombre, la misma persona. Y tengo una misión para ti, Harrison.

—¿Una misión?

—La tienes. Y tiene nombre: Wirt Bown. Necesito que conozcas a Wirt Bown.

4

Es difícil creer que un inmortal vague por esta tierra desde hace miles años, pero creer que los ciborgs existen y que alguien viene del futuro no se queda atrás. Los años vuelven a todos más y más escépticos, pero es difícil dudar de tus propios sentidos.

De la nada, la cabaña donde Wirt y Harrison habían llegado se llenó de luz y donde solo había basura, escombros y yuyo apareció una gran valija de un metal que no reconocí. Harry la abrió y extrajo de ella un arma que tampoco conocía, la probó, la movió como evaluando su peso y la dejó a un costado. Una caja más pequeña ocupó toda su atención, la abrió y levantó su mirada hacia Wirt como si estuviera por decirle algo, la cerró y la apoyó sobre su grueso muslo derecho. La caja quedó ahí pegada. Harry volvió hacia la valija, y tomó una caja redonda, la abrió y cerró afirmando con su cabeza.

Harry volvió a su lugar y se dejó caer en el piso. Tenía en sus manos la caja redonda, sacó de ella un pequeño artefacto que colocó sobre su propia herida. Cerró sus ojos y se durmió.

Wirt se mantuvo quieto un largo rato. Preocupado, se acercó a Harry y puso dos dedos sobre la vena de su cuello.

—¿Respiras? —preguntó en un susurro.

Sí lo hacía. El pequeño artefacto que antes tenía volumen, en ese momento parecía una venda adhesiva, la tocó y la sintió caliente. Miró el arma que Harry llevaba colgada de una cartuchera pegada a su cuerpo y se movió para tomarla. Se sentía ligera y se adaptaba muy bien a su mano. Parecía una pistola, pero carecía del cargador de balas. Nunca había visto algo así.

—Más tecnología —susurró. Se acercó nuevamente a la caja y solo encontró una especie de vidrio transparente del tamaño de un teléfono celular grande. Lo tomó en sus manos, lo dio vueltas de un lado a otro y nada pasó. Solo un grueso vidrio. Lo dejó donde estaba y miró a su inesperado compañero. Respiraba bien. Intentó encontrar sentido a todo lo que había ocurrido en la noche. Si hubiera encontrado una película entretenida en la televisión, estaría Dios sabe dónde y no mirando dormir a un hombre del futuro. ¿Hombre o máquina? Se supone que los ciborgs son más robots que humanos.

—Mordred, Merlín y yo mismo, unidos para destruir el mundo. ¿Cómo llegamos a esto? ¿Viajes en el tiempo? —Después de pensarlo unos segundos agregó como aceptando—. ¿Por qué

no?

¿Acaso no siempre se ha dicho que ya se han hechos viajes en el tiempo? Y pensándolo bien, quizás en el futuro el hombre no solo viajara en el tiempo, también hacia los confines del universo. Si Mordred aún vivía ¿por qué querría convertirlo en el chivo expiatorio de la destrucción de la humanidad? No había pasado un solo día en el que no se arrepintiera de haber sido tan egoísta, malcriado y desleal como para unirse a sus maldades. El hombre más estúpido del reino con el que Mordred logró su mayor objetivo: destruir a Arturo.

Harry abrió sus ojos y Wirt estuvo seguro de que dos segundos después ya sabía dónde estaba. Respiró, lo buscó con la mirada y le sonrió.

Wirt sintió su corazón latir con rapidez, el tono verde de sus ojos se convirtió en un fuerte azul.

—¡Mierda! —exclamó Wirt. Mil doscientos veinte años de vida y era la primera vez que sentía su corazón latir por alguien.

—¿Te sientes bien? —escuchó que le preguntaba.

—Sí, claro que me siento bien. ¿Y tú? —agregó mientras lo veía tocar su hombro.

—Deja de preocuparte por mí. Mi cuerpo puede perfectamente con una bala. —Harry quitó el apósito que cubría su hombro y este simplemente se solidificó adquiriendo la forma de un pequeño plato volador que Harry pegó como una escarapela sobre su pecho.

Wirt se sintió algo desasegado. El tono de su voz era ronco, oscuro... suave y oscuro como terciopelo negro.

¿Me estoy poniendo poético? Sin saber qué decir agregó:

—¿Mareos? ¿Dolor? —insistió.

—Nada. Estoy bien.

Wirt estaba preocupado, pero no por sus heridas sino por lo que sentía. Se quedó en silencio. ¿Qué iba a decirle? ¿Me gusta el sonido de tu voz? Eso sonaría muy... ¿femenino?

Harry miró el comunicador a su lado y sonrió.

—¿Pudiste abrirlo?

—¿Qué cosa? —Siguió su mirada y notó el cuadrado de vidrio—. ¿Esto? —Lo tomó en su mano—. ¿Qué es?

—Un... comunicador. Es un disco con información. Una especie de computadora

—De vidrio.

—No es vidrio. Aunque se le parece. Este comunicador nunca se quedará sin energía.

Harry se movió sin ningún tipo de inconveniente y tomó el comunicador en su mano. Presionó el borde superior y el vidrio se iluminó. Con solo su índice escribió algo y apareció una foto suya.

Wirt no recordaba esa foto en particular. De hecho, jamás nadie lo había fotografiado. Ni siquiera reconocía la ropa que utilizaba. Parecía el titular de un periódico y exponía en letras de molde claras y enormes: “Responsable de pandemia mundial”. Fue impactante. Levantó la vista buscando a Harry que lo miraba con seriedad.

—La enviaron por si yo no sobrevivía.

—¿No sobrevivías? ¿Por qué no ibas a hacerlo?

—Este ha sido el primer viaje en el tiempo.

—¿El primero? ¿Nunca antes se hizo?

—No. Esperaban que mi viaje fuera el primero de muchos, y así fue, el segundo fue la valija que ves ahí. Si algo no salía como lo habían planeado, esperaban que este comunicador llegara a manos de alguien que pudiera encontrar un detalle de lo que pasará de aquí a cien años.

—¿Hablas en serio?

—Sí lo hago. Tenemos mucho de qué hablar. Merlín me envió a buscarte y... protegerte de ahora en adelante, y para evitar todas esas muertes que causarías sin saberlo.

—¿Viniste con algún plan? ¿Cómo sabías donde iba a estar? Soy inmortal, ¿de qué vas a protegerme?

—Tenemos que irnos, ahora. Te lo contaré en la camioneta.

Aturdido aún por el titular, Wirt esperó que acomodara el computador de vidrio dentro de la valija en la que había viajado desde el futuro.

Wirt sonrió al verlo cargar la pistola pegada a su muslo. Había visto demasiadas películas del oeste.

—¿Crees que podrás andar con esa pistola colgada al muslo sin que la policía te detenga?

—Sí. Lo creo —afirmó pasando la mano por la cartuchera para hacerla desaparecer.

—¿Qué?!

—Tiene un sistema de camuflaje. Vamos —pidió Harry y salió de la cabaña.

Wirt lo siguió detrás moviendo la cabeza de un lado a otro. Se suponía que la gente se sorprendería si supiera quién era él y cuántos años tenía. Viajes en el tiempo, trajes que curaban, armas que no se veían... Su vida se había vuelto sumamente entretenida en unas cuantas horas. Miró por la ventanilla y el sol ya estaba alto.

—¿Dónde vamos?

—A un lugar seguro.

—¿Y ese sería...?

—Un hotel. Ya puse el localizador para que nos encontrara un hotel. —Harry salió del sendero de tierra y se detuvo para volver a retomar la ruta.

—Si no me equivoco, la ciudad queda del otro lado.

—No regresaremos a ella. Es demasiado peligroso. Primero buscaremos un lugar para inyectarte el antígeno. Nos aseguraremos de que Pendragon no pueda infectarte.

—¿Vamos a detenerlos?

—Pendragon desde siempre tuvo una conformación de pequeños círculos. Al parecer, solo Mordred sabe qué individuos forman parte de cada célula. Si acabamos con la célula que intentó impregnarte, puede que ya esté en funcionamiento otra que tenga cómo única misión capturarte. Merlín me dijo que nadie sabe qué es lo que deben inyectarte ni las consecuencias de ello. La orden es inyectarte y dejarte.

—¿Por qué no se inyectan entre ellos o eligen a cualquier otra persona para iniciar el contagio?

—El virus mata al instante. El plan de Mordred es contagiarte y al ser inmortal podrás ir desparramando el virus por donde quieras que vayas. Y eso hiciste sin saberlo.

—¿Cómo sabías dónde encontrarme?

—Tú me lo dijiste.

—¿Yo? ¿Nos conocemos en el futuro?

—Así es. Esta fue tu idea, no la de Merlín. Detener el contagio. Pero no se podía hacer hasta que consiguieran el antídoto contra el virus. Y eso se hizo hace poco. Sin importar el resultado de esta misión, ya no habrá más contagio en el futuro. Pero tenía que hacerse. Vamos perdiendo la guerra con Mordred, esta es nuestra última oportunidad.

—¿Qué otra cosa además de inocularme el antígeno tienes que hacer?

—Tenemos.

—¿Tenemos? ¿Te refieres a nosotros dos?

—Así es. En la historia pasaron más de tres décadas para que Merlín comprendiera que tú y él no eran los únicos humanos inmortales. Merlín quiere que... te conviertas en lo que Arturo pensó para ti.

—¿Un caballero?

—No. Su heredero.

—¿Qué? Heredero. Yo no era su heredero Harry. Solo me preparaba para ser uno de sus caballeros. Y fui un desastre.

—Arturo siempre pensó en ti como su heredero. Debemos buscar a Merlín y volver a constituir la Mesa Redonda. Solo que tú estarás sentado en el mismo trono que una vez ocupó Arturo.

—Eso es imposible. Por muchas razones.

—Merlín me dijo que una vez le preguntaste cómo podrías obtener perdón. Esta es la manera. No importa las razones por las cuales te consideres incapaz o inmerecedor de tal honor, esta es la manera. Y lo haremos.

Wirt pasó de mirar a Harry a enfocarse en el camino. Cada minuto que pasaba su vida se hacía más y más entretenida.

—¿Qué clase de hombre soy en ese futuro del que hablas? —soltó, de improviso, Wirt.

—Eres... o serás un gran hombre. El mejor. Hablamos muchas veces, de muchas cosas, de la misión, de lo nos esperaba si no sobrevivía al viaje. Lo que sé de ti, lo sé de tratarte. Llegamos a ser... buenos amigos. Y mucho de lo que fuiste me lo contó Merlín. Me dijo que luchaste en tres guerras, que habías sido médico, antropólogo, profesor, abogado, marinero e incluso que fuiste pescador y minero. Qué has visitado cada lugar en la tierra y que pudiendo ser el hombre más poderoso del planeta jamás pasó por tu cabeza otra cosa que ayudar a quienes lo necesitaban. También me contó que fuiste tú quien supo antes que nadie que eras el responsable de la pandemia. Qué eso te impactó tanto que buscaste sin parar a Merlín hasta encontrarlo. Qué habiendo vivido más de mil años, aún sientes que el hombre es bueno y tiene esperanzas, que odias las guerras y amas la paz. También fuiste quien comenzó a hablar de la posibilidad de utilizar a un ciborg para viajar en el tiempo.

—¿Yo te elegí?

—No. Fue Merlín.

—¿Cómo te convenció?

Harry pensó en qué responderle. ¿Hablarle de soledad? ¿De su hastío por una vida dedicada a la muerte? ¿De la esperanza que significaba hacerlo realidad?

—Merlín me dijo que esta sería mi última misión, que debía viajar al pasado, encontrarte y evitar que Mordred creara su Pendragon. Qué había cometido un grave error contigo pero que esperaba remediarlo... conmigo.

—¿Error? ¿Acaso la memoria de Merlín ha mermado con el paso del tiempo?

—No. Merlín comprendió que no había sido tu culpa. Eras joven e inocente y... desconocías el amor.

—El amor... entonces... ¿lo hice?

—¿Qué cosa?

—Conocer el amor.

Harry dejó traslucir un esbozo de sonrisa.

—Sí Wirt. Lo conociste.

—¿Quién?, ¿cuándo?

—Llegamos —señaló un hotel escondido entre árboles. La camioneta subió por la elevada pendiente hasta llegar a una fuente de agua redonda. Apenas frenó, las puertas de ambos se abrieron para mostrarles a dos sonrientes hombres uniformados con el logo del Hotel Hispania.

—Harrison —le informó Harry al empleado— Nuestro equipaje llegará más tarde.

—Por supuesto señor. Los estábamos esperando.

Mientras uno de los hombres abría una de las puertas dobles del hotel, el otro subía a la camioneta.

—¿Te haces cargo? —preguntó Harry mirando a la recepcionista que los esperaba sonriendo.

Wirt lo miró y recordó que Harry estaba a casi un siglo de su realidad cotidiana. Afirmó con su cabeza.

—No pagues con tarjeta —pidió Harry.

¿Dinero? ¿Llevo dinero encima? Se preguntó.

Caminó hacia la mesa de recepción y completó los datos de identificación. A la hora de pagar sacó su billetera y abonó con ella. Mientras la mujer contaba el dinero Wirt miró de costado a Harry y le sonrió. La mujer les entregó una llave y le indicó el número del cuarto y piso.

Mientras subían por el ascensor Wirt se ubicó frente a Harry, metió las manos en su abrigo y le preguntó.

—¿Sabías que traía dinero?

—Tú me lo dijiste.

—Cierto. Ya nos conocemos. Y dime, ¿Se ve muy diferente del lugar de dónde vienes?

—Mucho.

Wirt sonrió. Por su cabeza pasaron todos los cambios que había visto desde que Merlín lo castigó. Sí, él también estaría sorprendido de no haberlos vivido. El rostro cansado de Harry llamó su atención.

—Ser ciborg no te aleja del cansancio, ¿verdad?

—Creo que no. Pero no creo que sea cansancio. Imagino que el viaje en el tiempo está cobrando su precio.

Cuando el ascensor se abrió, Wirt encabezó la marcha hacia la habitación. Al abrir la puerta encontró que era un departamento completo. No se había dado cuenta que estaba en un *apart-hotel*.

Harry se quedó de pie, mirando el amplio espacio. Wirt lo miró y sonrió.

—Déjame presentarte una vivienda antigua: eso que tienes allí es la cocina, imagino que el sector comedor—describió señalando una mesa redonda con cuatro sillas muy cómodas—, la sala y... su equipo audiovisual e imagino que esas dos puertas llevan a dormitorios. —Caminó hacia una de ellas y la abrió para confirmar—. Sí, así es. ¿Y dónde está el baño? —Ingresó al dormitorio y desde adentro gritó—: Baños privados en los dormitorios.

Al no recibir respuesta se asomó para ver a Harry, iluminando con un haz de luz azul la puerta de entrada.

—¿Crees que saben dónde estamos?

—No, no lo saben. Pero no puedo correr riesgos hasta que te haga inmune.

—El virus. Cierto.

—Y lo haremos ahora.

—¿No quieres descansar antes?

No le contestó. No se sentía bien y prefería no correr riesgos. Estaba seguro de que nadie sabía dónde se encontraban, pero había sobrevivido a tantas batallas porque nunca daba nada por descartado. Abrió el maletín que llegó del futuro. Tomó la caja grande y de ella extrajo una especie de lapicera, la tocó, pasó suavemente la mano por su brazo y el traje se deslizó desapareciendo. Se pinchó el brazo y extrajo sangre. Levantó su cabeza y vio a Wirt mirándolo con atención.

—¿Tu sangre es el antígeno?

—Mi sangre *tiene* un compuesto del antígeno, lo demás está aquí adentro —explicó levantando la lapicera—. Déjame inyectarte —pidió.

Wirt se quitó el abrigo y levantó la manga de su polera. Harry apretó la punta de la lapicera, pero solo sintió un leve aumento de calor. La mirada de Harry fue intensa. De pronto sus ojos se llenaron de lágrimas y comenzaron a correr por su rostro

—¿Qué pasa? —interrogó Wirt preocupado.

¿Podría Wirt dimensionar lo que acababa de ocurrir? ¿Cómo explicarle casi cien años de muertes, de luchas, de una búsqueda desesperada por un antídoto y después, la elaboración de un plan casi suicida, un plan desesperado, sin regreso, porque no habría un retorno al futuro?

—¿Eres consciente de lo que acaba de pasar? —preguntó restañando sus lágrimas.

—Acabas de pincharme con un lápiz.

—No. Acabamos de cambiar el futuro de la humanidad. De toda la humanidad.

5

Sentado mientras Harry se bañaba, Wirt pensaba en sus palabras. Acababan de cambiar el destino de toda la humanidad. Sonaba fuerte. Ya nadie lo usaría como un arma mortal. ¡Grandioso! Sí, lo era y sin embargo otras palabras se repetían una y otra vez en él. “Conociste el amor”. ¿Quién, cómo, cuándo? ¿Quién sería? ¿Cómo era? ¿Qué le había gustado de ella? Había pasado un milenio sin entender por qué las mujeres no le atraían. Lo había pensado: había decidido enamorarse y pasaban las décadas y seguía sin encontrar a una mujer que le gustara lo suficiente. En ese momento advirtió que jamás había hecho un listado de qué le gustaría ver en una mujer. Se hizo hacia atrás en el sofá, subió los pies a la mesa ratonera y cruzó sus manos bajo su nuca.

—¿Qué buscas en una mujer Wirt? —se preguntó. Las respuestas fueron saliendo lentamente:

—Lealtad.

El hombre, castigado por su falta de lealtad, contradictoriamente pedía lealtad en quién depositaría su amor. Eso demostraba cuánto había aprendido de su castigo.

—Inteligencia.

Necesitaría una mujer inteligente, que comprendiera que era un inmortal, que entendiera sus errores y equivocaciones y las graves consecuencia que tuvieron sus actos... Y si ella era del futuro debería comprenderlo más que...

Se sentó de golpe. Si acababan de cambiar el futuro... ¿esa mujer existiría? ¿Había encontrado al amor de su vida y sin comprenderlo y con una inyección acababa de sellar su no existencia? Saltó del sofá y se dirigió directo al cuarto de Harry. Abrió la puerta para encontrarlo, secando su cabellera con una toalla.

Cuando Harry giró para verlo dejó caer sus brazos con la toalla que secaba su pelo. Wirt deslizó su mirada por su cuerpo desnudo. Primero llamó su atención las cicatrices que casi cubrían su cuerpo, armonioso y musculado. Tal vez su cuerpo se curara con rapidez, pero las cicatrices ahí quedaban. Al bajar la mirada notó cómo su miembro se endurecía y elevaba. Buscó sus ojos y se le quedó mirando.

Harry caminó los tres pasos que los separaban y se detuvo casi tocándolo. Sus miradas seguían en contacto. Sin decir una sola palabra Harry apenas movió el dedo índice de su mano derecha y tocó su piel. Un leve roce, tan etéreo como una mariposa posando en una flor.

Wirt sintió como si una bomba nuclear hubiera hecho contacto en su mano. ¿Un simple roce y sentía ese efecto? Sus pantalones se tensaron con su rotunda erección. Fue consciente de que aun cuando Harry no había alejado sus ojos de los suyos ya sabía que le pasaba.

—Harry —susurró.

Harry levantó su mano izquierda y deslizó su dedo suavemente recorriendo su mejilla y la línea de su mandíbula.

Wirt lo miraba sorprendido. Sentía que había dejado de respirar.

—¿Qué...?

¿Cómo contarle todo lo que habían vivido?

—Yo... nosotros... el futuro... —Harry tartamudeó.

No. No había modo en que las palabras sintetizaran lo que significó para ambos conocerse en ese preciso momento.

En el futuro

Un siglo debió pasar para que Merlín y Wirt volvieran a encontrarse. Le había llevado casi noventa años a Merlín comprender que había sido su propia soberbia quién había desatado la pandemia que estaba a punto de acabar con toda la humanidad. Castigó a un muchacho estúpido e inocente por caer en la red de mentiras creados por Mordred y Morgana. Wirt Bown, a quién había maldecido a vagar eternamente sin morir, había sido el primer contagiado y a su vez el causante de esparcir el virus por el resto del planeta. Y jamás lo hubiera sabido si el mismo Mordred no se lo hubiera dicho. Una venganza perfecta en una batalla más. Desde ese momento comenzó su búsqueda de Wirt, cinco años le llevó encontrarlo para descubrir que hacía mucho más tiempo que él mismo, Wirt lo buscaba sospechando que era el paciente cero. El horror de su rostro al saber que era verdad. Él era quién esparcía el virus donde quiera que fuera. Jamás olvidaría ese encuentro. Había mucho por lo cual sentirse culpable. Había sido un maldito soberbio pensando que tenía el poder de decidir sobre quién vivía o moría. Este era su castigo, no el de Wirt, él creó el problema, también tendría que encontrar la solución.

En el presente

Harry elevó apenas su cabeza y buscó los labios de Wirt. Recordó su textura, la suavidad de su boca y posó sus labios cerrados sobre los suyos.

Y recordó su sabor.

Abrió su boca y su lengua se aventuró. Primero, recorriendo sus labios: pulposos y apetecibles. Podía sentir el corazón de Wirt latiendo con fuerza de tan cerca que se encontraban. Su lengua buscó un resquicio para ingresar a su boca sin encontrarlo.

—Déjame entrar —rogó con una voz que ni se parecía a la suya.

Como palabras mágicas Wirt abrió su boca dejó pasar su lengua para aventurarse en su humedad. Harry atrapó entre sus dientes su labio inferior y Wirt dejó escapar un gemido. Harry sonrió. Sus gemidos y la ruidosa manera de expresar su placer lo habían llevado siempre más allá de su coherencia y sentido. Los brazos de Wirt lo rodearon. ¡Cuánto lo había extrañado!

En el futuro

Mientras su cuerpo se adaptaba a los cambios que había sufrido, los días pasaban unos tras otros sin poder diferenciarlos. Su única compañía, además de los médicos que lo atendían, había sido Merlín, y muchas de las largas conversaciones que tenían eran sobre Wirt Bown. Podría decirse que su larga vida no tenía secretos para él. Todo pareció aclararse el día en que Merlín ingresó a su cuarto con un hombre desconocido. Tenía el cabello rubio, largo adelante, casi tapaba

sus ojos y más corto en la nuca. Lo primero que llamó su atención fueron sus ojos, de un azul tan oscuro que parecía un zafiro. Se veían cansados. Al principio pensó que era un médico nuevo. A veces ni los distinguía, ellos siempre iban y venían con sus batas blancas impolutas y este hombre lucía un traje azul eléctrico, casi tan oscuros como sus ojos.

Muchas preguntas y muchas dudas se resolvieron en ese momento.

—Harry, quiero presentarte a alguien que conocerás más de una vez en esta vida. —Fueron las extrañas palabras de Merlín.

Sin entender sus palabras, Harry se enfocó en el hombre que le dispensó una sonrisa vacía, cansada. El extraño levantó su mano y la extendió hacia él.

—Wirt Bown —se presentó.

¿Wirt Bown, el inmortal? ¿El aprendiz de Arturo? ¿El hombre que, sin saber, llevaría muerte al mundo entero?

—¿Y el virus?

—Ya tienes el antígeno corriendo por tu cuerpo Harrison. Por eso no te lo presenté antes. Tenía que esperar a que fueras inmune.

Harrison extendió su mano hacia él y apretó.

—Este es el hombre por el cual fuiste creado —dijo Merlín, atrayendo la mirada de los dos hombres—. Wirt, él es Harry; si todo sale bien, será tu nuevo compañero de vida. —cambió su mirada hacia Harry y agregó—: Harry, Wirt es la razón por la cual viajarás al pasado.

Cuando despertó en el hospital de la que pensó sería su última batalla, descubrió que había sido seleccionado para formar parte del cuerpo de soldados de elite formado por ciborgs. No era lo que esperaba. Solo buscaba luchar y morir. Como ciborg, seguiría siendo exactamente el que era, pero sin fecha de caducidad. La muerte le sería esquiva, casi una lejana utopía. Y no era lo que quería.

Pero Wirt cambió eso. Había sido suya la idea de enviarlo al pasado. Una idea que abrazó con pasión. Sería un viaje de ida, sin retorno, arriesgado e incierto. Viajando hacia el pasado tendría una cita de por vida con Wirt o una muerte esperada.

Lo que no esperó fue enamorarse y mucho menos ser correspondido.

En el presente

“Este es el hombre por el cual fuiste creado”.

El recuerdo de las palabras de Merlín lo despertó. Le costó reconocer el mobiliario, aún no se adaptaba a los tiempos antiguos. El peso sobre su pecho puso una sonrisa en su rostro. Wirt dormía acurrucado sobre su cuerpo. Su cabellera rubia rozaba sus labios. Levantó una de sus manos y corrió un mechón de pelo de su frente con mucho cuidado. El gesto despertó a Wirt que le tomó la mano y besó su dorso mientras se movía para ver su rostro.

—Buenos días —susurró Harry y bajó su cabeza para besarlo—. ¿Te sientes bien? —le preguntó.

—Maravillosamente bien. ¿Y tú?

Harry, antes de responderle, volvió a besarlo. Fue un largo beso. Parecían dueños de todo el tiempo del mundo en un intercambio lento y amoroso.

—¡Cuánto te extrañaba! —susurró Harry.

—¿Eso significa que en el futuro hicimos esto? ¿Fuimos amantes?

—Sí. Lo fuimos, hicimos esto y mucho más. Sí.

—En el futuro... ¿nos amamos?

—Sí. Nos amamos. Al principio fue extraño. Tú y yo siempre pensamos en una mujer como compañera de vida. Y nos enamoramos. Y cuando al fin habíamos dejado de estar solos, decides enviarme al pasado para encontrarte antes que Mordred.

—Acerté. Lo hiciste.

—Lo hicimos. Sabiendo que podría morir sin llegar y que te convertirías en un muerto en vida.

—Nos arriesgamos.

—Mucho. Y solo porque ambos sabemos lo que significa la vida.

—¿Qué pasará con nosotros ahora?

—No lo sé. Y es una sensación extraña no saber qué pasará. Si cambiamos el futuro volvemos a cero. No sé qué puede pasar hoy, ni mañana, solo sé que ahora mi misión es otra.

—¿Cuál?

—Mordred. Debo acabar con él, antes de que encuentre otra manera para imponer su reinado.

—¿Crees que lo encontraremos?

—Sé que lo haremos. Tendremos la mejor ayuda.

—¿Ayuda? ¿De quién? ¿Merlín?

—Exactamente.

—¿Crees que él te creará?

—Probablemente a mí no... ni a ti. Pero sí a sí mismo. —Ante la duda de su rostro, agregó—: Traigo un mensaje del que no podrá dudar. Tenemos la ubicación de Mordred en esta época. No le daremos oportunidad. Y tengo un mensaje para ti también.

Harry se sentó sobre el lecho, estiró su brazo y Merlín apareció a los pies de la cama.

—¿Merlín? —curioso, Wirt adoptó la misma posición en la cama.

—Sí. Soy Merlín, mejor dicho, su holograma, Wirt—respondió el mismo holograma—. Me alegra verte y más me alegra saber que todo ha salido bien. Qué tú y Harrison están juntos por fin.

Wirt miró a Harry.

—¿Me contestó?

—Soy un holograma inteligente —respondió Merlín.

Lucía una barba blanca pero no larga, sino recortada.

—Me pidió que te lo diera si la misión era exitosa —explicó Harry.

Wirt pasó su mirada hacia el holograma.

—Lo siento Merlín, siento mucho lo que ha pasado en todos estos años, yo...

—Deja de disculparte. Tenemos que hablar. Vístete.

Merlín desapareció de delante suyo y Wirt miró a Harry. Éste solo afirmó y ambos se vistieron. Luego se dirigieron hacia la sala. Tomaron asiento y Harry volvió a encender su comunicador.

—¿Por dónde comienzo? —Merlín apareció también como ellos, sentado—. El motivo de mi presencia no es escuchar tus disculpas, sino darte las mías.

—¿Las tuyas? ¿Disculpas de qué?

Solo escucha. Mordred nunca fue tu enemigo, tú fuiste... junto con Arturo, Ginebra y Lancelot, su víctima. Y yo... fui el instrumento que permitió casi... diezmar a la humanidad. Si no hubiera sido tan soberbio, tan... egocéntrico... Durante más de mil años pensé que lo que te había hecho estaba bien, después de todo, te lo merecías. Debieron pasar siglos... Casi desapareció la humanidad entera para darme cuenta de que no soy Dios y que castigar a un muchacho inocente por comportarse como un niño caprichoso, no remedió nada. Lo que hice fue injusto. Darte una vida eterna para vivir en soledad. Por eso me disculpo. Mis actos dieron a Mordred la oportunidad de usar la magia en su propio favor.

—Pero... —interrumpió Wirt.

—Si estás escuchándome, todo lo que la humanidad entera ha vivido, jamás pasará. Tú y Harry están dándole al hombre un nuevo comienzo. Un nuevo inicio. Y me están redimiendo.

—Nos queda Mordred —interrumpió Harry.

—Lo encontraremos. Y tendrán ayuda —afirmó Merlín

—¿Ayuda? ¿Qué tipo de ayuda?

—La mía y la de otros ciborgs que vienen en camino. Harry tú sabes dónde encontrarme. Búscame.

—Lo haré.

—Antes de despedirme quiero que ambos sepan algo. Fue desgarrador para mí enviarte al pasado Harry. Ya había castigado demasiados años a Wirt. Enviarte podría haber significado tu muerte y dejar solo a Wirt, después de encontrar el amor, sería un castigo más terrible que darte la inmortalidad. Pero si todo salía bien... La verdad es que al principio no eras el elegido para el primer viaje en el tiempo.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Convertimos al soldado Harrison en un ciborg, un soldado para seguir luchando en una batalla ya perdida. Nunca imaginé que ambos se conocerían. Ya les había quitado a ambos demasiado. A ti, Wirt, la posibilidad de vivir una vida normal; y a ti, Harry, la muerte que tanto anhelas. Decidí enviarte en el mismo momento en que entendí que ambos se habían enamorado, pese al enorme riesgo que significaba.

»Wirt, Harry es mi ofrenda de perdón.

»Harry, Wirt es tu razón para vivir, aquella que en tu época no tenías.

»No quiero revertir mi hechizo, creo que ambos se merecen vivir el amor que se tienen. Puedo darles a ambos un amor inmortal y también darles una vida normal. Ya han pagado suficiente. Deberán decidir la forma en que, de ahora en adelante, quieren vivir: seguir juntos por la eternidad... o morir. Pero sepan que juntos, sus vidas tendrán sentido. Y que tienen ante sí un futuro vacío para llenar de amor y buenas obras. Decidan lo que decidan estará bien. Los veré pronto. Tendremos mucho de que ocuparnos. Ojalá puedan perdonarme.

Cuando Merlín desapareció ambos quedaron en silencio mirando el vacío.

—¿Nosotros deberemos elegir?

—Podremos —aclaró Wirt, se puso de pie y se sentó en la mesita ratona que dividía los sofás en la sala. Sus rodillas se tocaban—. Si me lo hubiese ofrecido hace una semana, mi respuesta sería ... —Sus ojos se encontraron con la mirada silenciosa de Harry, sintió que él no respiraba—. Muy diferente a la de hoy.

Wirt sintió cuando Harry lanzó el aire contenido y sonrió.

—¿Lo intentamos?

Harry se le acercó y buscó su boca. Lo besó.

—Te amo Wirt Bown. Y desde hace muchísimo tiempo.

A MODO DE EPÍLOGO

Nueva York, 2119

Y elegimos vivir. Elegimos el amor y la vida. Estamos en el año en que todo se inició: 2119. Ubicamos al Merlín real y nos ayudó a encontrar a Mordred. Fueron días difíciles y hermosos. Hermosos porque fueron los días en los que entendí por qué el Wirt del futuro se enamoró de Harry. Es un hombre inteligente, de pocas palabras es cierto, pero con un sentido del humor que me encanta. ¿Dije que era hermoso? Con el paso de los años logré que dejara de cortarse el cabello. Ahora lo lleva a media espalda. Adoro hacer el amor y tomar su largo cabello negro mientras lo monto. Somos absolutamente compatibles y no solo en el sexo, sino hasta en pequeñas cuestiones como, por ejemplo, odiamos a las muchedumbres, huimos de ellas, y amamos ver películas acostados. Nos hemos vuelto adictos a todo lo que signifique que el hombre viaje a otros planetas, Colaboramos con dinero, de hecho, nuestra fundación es pionera en los viajes turísticos al espacio. Nuestra vena aventurera sueña con colonizar otros mundos. Ahora que no nos estamos preocupando por la paz mundial, tenemos el tiempo para lograrlo. Con el paso de los años Harry, Merlín y yo nos convertimos en una especie de protectores de la humanidad. Y si se están preguntando si logramos resucitar a la Mesa Redonda, la respuesta es sí. Cuatro ciborgs llegados del futuro se nos unieron y con ellos conformamos nuestra Mesa Redonda. Gracias a ella nuestro planeta ha cambiado mucho, la humanidad busca el bien común y se trabaja por exterminar las injusticias. Harry dice que es nuestro tiempo. Estoy feliz, viviremos un tiempo en una isla cerca de Hawái y, quién sabe, estamos pensando en cultivar la tierra y criar animales, nunca lo hemos hecho.

—Wirt —llamó Harry.

—Estoy en el escritorio.

—¿Vienes a la cama?

Wirt miró su epílogo, sonrió y cerró su cuaderno.

De sus autoras

Gracias por leer estas historias, si quieres conocer más acerca de las autoras de estos relatos, te invitamos a que las sigas en sus redes sociales:

María Elena Rangel

<https://www.facebook.com/mariaelena2015/>

<https://www.facebook.com/groups/179552019079965/>

Instagram: @nela551

twitter: @Nela55

Hilda Rojas Correa

www.hildarojascorrea.com

Fan Page de Facebook: Hilda Rojas Correa

Instagram: @hildarojascorrea

Twitter: @HildaRojasC

Taygeta Maia

Instagram: taygetamaia

<https://www.facebook.com/Taygeta-Maia-100200711406485/>

Mariela Villegas

Facebook: Mariela Villegas

Página de Facebook: Mariela Villegas R. Escritora

Twitter: @maryvilleri

Instagrams: marielavilleri, novelasmariela y

biologiapasion

Blog: lunasvampiricasmariela@blogspot.mx

Freya Asgard

<https://www.facebook.com/FreyaAsgard/>

<https://www.facebook.com/groups/presionadorasdefreya/>

Marifer Jorquera

<https://www.facebook.com/mariferjorquerap/>

Instagram: mariferjorquerap

Twitter: maria_jorquerap

Cristina Brenes

Facebook: Cristina B Autora

Grupo de Facebook: Huyendo de mi Realidad

<https://www.facebook.com/groups/358237237927416/?ref=share>

Instagram: @vcbb07

Twitter: @cris_t_vivi

Castalia Cabott

<https://castaliacabott.com/2008/07/09/castalia-cabott/>

En face: <https://www.facebook.com/castaliacabott/>

Twitter: Castalia Cabott

JM. Kyle

Facebook: JM Kyle

Página de autora: JM. Kyle

Mi blog JM. Kyle author de blogspot

Instagram: jmkyleautora

Twitter: @KyleJordana